LA DAMA

DE

AMBOTO

Leyenda escrita sobre tradiciones Vascongadas

por

S. MANTELI

ADMINISTRACION

Centro Literario Vascongado

Cuchillería, 63, Vitoria.

BIBLIOTECA

LA DAMA DE AMBOTO

Es propiedad del autor.

Agosto de 1869.

VITORIA—*Imprenta de los* **Hijos de Manteli.**

CENTRO EL SABIO

N-5000/12032

ZRV
3315

LA DAMA

DE

AMBOTO

Leyenda escrita sobre tradiciones Vascongadas

por

S. MANTELI

ADMINISTRACION

Centro Literario Vascongado

Cuchilleria, 63, Vitoria.

PRELIMINAR

De 1861 á 1864, durante su Diputacion general de Alava, el Sr. D. Ramon Ortiz de Zárate lamentóse varias veces conmigo, en el seno de amistosa confianza, de que las tradiciones orales de nuestra querida provincia estuvieran á punto de darse al olvido, por el nuevo espíritu, las nuevas tendencias y distintas necesidades de nuestra época.

Hasta el dia, fácil ha sido á nuestro pueblo conservar sus memorias y transmitirlas á las generaciones, porque su vida entera veíase reducida, con horizonte limitado, á vivir allá, donde vivieron sus padres.

Hoy, colocado en la pendiente de lo desconocido, váse resbalando, impulsado por la fuerza de los acontecimientos, y marcha el primero en

el camino de los adelantos, porque ha sido siempre el primero nuestro pueblo vascongado en seguir por donde le llama el progreso razonado de los siglos.

Pero, por mucho que conserve su especial fisonomía, no puede menos esta de resentirse, con agitacion constante, á la vista de los derroteros que determinan el espacio ilimitado de la inteligencia, dispuesta siempre á penetrar el *mas allá,* cediendo siempre al innato deseo del corazon humano de buscar la perfectibilidad absoluta, que solo podrá encontrarse fuera de sus límites conocidos.

Los vascongados, con su emprendedor aliento, lánzanse á todo género de empresas.

Dentro de su pais y fuera de su pais impulsan la idea de la civilizacion moderna, llevando en su alma el símbolo de la regeneracion social: su DIOS y su LIBERTAD.

En el fondo de su corazon, adonde quiera que á un vascongado le relegue su destino, lleva incólumes grabados estos principios santos.

Y se acuerda de su DIOS, y se acuerda de su PATRIA, y recuerda su FAMILIA.

Mas el tráfago del mundo y la distancia y las mil vicisitudes por que atraviesa borran

casi de su memoria las historias ingenuas, que, al amor del hogar, en las veladas eternas del invierno, escuchara, narradas por sus abuelos, con el encanto que maravilla las tiernas inteligencias de los niños en el albor primero de la razon.

Porque, para retener todos estos recuerdos, necesita el hombre alimentar la memoria con la vista de los parages que aprendió á mirar desde la cuna, con todos los detalles, por insignificantes que parezcan, y necesita fortificar mas y mas despues los sentimientos, no apartándose nunca de la familia, y amarlos, con las dulcísimas esperanzas de poder comunicarlo así á sus hijos.

Por eso la tradicion oral se olvida, porque las exigencias de la sociedad extienden cada vez mas el horizonte, y la vida íntima del hogar pierde tanto en intension, cuanto gana la vida social, dilatándose por el campo de las relaciones humanas.

Estas han sido las principales razones por que se ha emprendido el trabajo que ofrecemos al público.

Pero nunca, por mi parte, lo hubiera intentado, por grande que fuera mi deseo, si circuns-

tancias, agenas á mi voluntad, no me hubiesen puesto en el caso de acometerlo.

El 23 de Setiembre de 1864, en los últimos meses de su Diputacion general, recordando, sin duda, la importancia del asunto en el órden moral para mantener siempre viva la memoria de las tradiciones orales, y fiando en mis méritos muchísimo mas de lo que fuera menester, el Sr. D. Ramon Ortiz de Zárate circuló con profusion por todos los pueblos de la provincia de Alava la comunicacion que, copiada literalmente, dice así:

«Diputacion general de la M. N. y M. L. provincia de Alava.—El ilustrado literato Sr. D. Sotero de Manteli, se propone escribir y publicar una Coleccion de Leyendas, recopilando las tradiciones populares de todos los pueblos de esta provincia de Alava.—La Diputacion general no puede menos de prestar su apoyo á un pensamiento tan laudable, y como para realizarlo sea indispensable contar con el concurso de personas instruidas y amantes del pais, le suplica se tome la molestia de formar y remitirla, á la mayor brevedad posible, noticia de las tradiciones, cuentos ó relatos que se conservan en ese

pueblo sobre hechos ó sucesos acaecidos en el mismo ó su comarca, y principalmente con relacion á sus santuarios, castillos, palacios, montes, cuevas etc. etc.—Convendrá que V. escriba estas relaciones, en la forma sencilla en que se cuentan en las reuniones de familia, se refieren á los niños y mayores y van pasando, así, de generacion en generacion.—En esta provincia existe un rico tesoro de tales tradiciones, por lo que es urgente que sean dadas á luz por medio de la imprenta, para que este pais de costumbres religiosas, patriarcales y sencillas, sea conocido en su parte mas original y pintoresca, que es la referente á las tradiciones, cuentos y leyendas populares.—Contando la Diputacion con la cooperacion ilustrada de V. en este caso, le anticipa las mas espresivas gracias. —Dios guarde á V. muchos años. Vitoria 23 de Setiembre de 1864.—El Diputado general, RAMON ORTIZ DE ZÁRATE.»

Apresuráronse muchos á corresponder á la invitacion, y hasta las últimas horas de la Suprema Magistratura de mi amigo el Señor D. RAMON ORTIZ DE ZÁRATE, terminada en 25 de Noviembre del mismo año, recibí todas las

contestaciones á su circular, á medida que fueron llegando.

Despues de este dia no me fué transmitida ninguna.

Ignoro absolutamente si se recibieron las que faltaban.

Pero, sin duda, la sencillez ingenua de muchos no podia comprender que tuviese importancia lo que se les pedia, y, en lugar de mandarnos cuentos tradicionales, remitian prosáicas noticias, que, si no eran para mí despreciables, no conducian al objeto.

Hubo, á pesar de todo, quienes cumplieron mis deseos, y en esta excepcion contamos al maestro de instruccion primaria de Lanciego, que, envolviéndola en muchos datos estadísticos, me comunicó en pocas palabras la interesante tradicion de EL MONTE DE LAS DONCELLAS.

Esta noticia fué para mí de imponderable aprecio, juzgando que podia entrelazarse fácilmente con otra de mi especial predileccion.

Porque, con mis aficiones, pudiera decirse innatas, á los deliciosos ensueños de las pasadas edades, habia cautivado mi pensamiento, con poder irresistible, un asunto que se narra ferviente en uno de los valles mas pintorescos que

constituyen hoy parte integrante de nuestra querida provincia.

Este asunto, encarnado, por decirlo así, en todas las generaciones de aquel rincon apartado, con fuerza tal que no es posible á nadie contradecirlo sin producir hondo pesar en los habitantes de Aramayona, es la tradicion que conservan allí constante de La Dama de Amboto.

Y adviértase que los fenómenos atmosféricos, que ayudan á sostener esta tradicion, solo se explican con los misterios que la naturaleza exhibe á su antojo, reproduciéndolos á capricho, sin que pueda determinarse satisfactoriamente la causa eficaz que los produce.

La Dama de Amboto me interesaba vivamente.

Muchas veces acosóme el deseo de escribir su leyenda, y siempre sentí desmayar mis fuerzas cuando meditaba en los obstáculos que se ofrecian á la realizacion de la idea.

El asunto, tal como con fé ciega se narra en el valle, pertenece á lo mas puro del mundo fantástico.

La Dama de Amboto, para los habitantes de Aramayona, es la hada benéfica, el genio tutelar que protege aquel rincon apartado.

Para el resto del pais vascongado, cuando una

nube densa cubre la cima de la altísima roca, es porque La Dama de Amboto abandona las mansiones que habita en su eterna pena, y sale, por la permision celeste, á derramar lutos y estragos en todas las comarcas que puedan ser alcanzadas con sus maleficios.

Para un reducido espacio, es el ángel benéfico, que protege las moradas.

Para mas allá..... para donde la tradicion llega aun, pero degenerada, es un espíritu condenado á gemir para siempre, víctima de los remordimientos.

Y alguna causa debió existir para que así encarnara la cariñosa memoria de La Dama de Amboto en el valle de Aramayona, tendido á los pies de la inmensa peña.

Las oscuras noticias de los últimos años de la heroina (1); la antiquísima casa solariega de los *Hurtados* de Mendoza, fundada en Manurga,

(1) La razon de los tiempos (dice el P. Mariana en su libro x, cap. viii de su *Historia general de España]* no se puede fácilmente señalar á cada cual de estas cosas por la diversidad que hay de opiniones: es maravilla en cosas no muy antiguas cuan á tienta paredes andan los escritores, que hace ser muy dificultoso determinar la verdad, tanto que aun no se sabe en qué año murió la reina doña Urraca.

punto vecino al valle donde se refieren los sucesos legendarios que relatamos; la constante noticia que de padres á hijos viene conservándose en esta familia (1), todo parece que conspira á robustecer la tradicion engalanada con el prestigio con que tantas y tantas generaciones han sabido maravillarla.

Necesarios fueron estos motivos para vencer mi desconfianza y arrastrarme hácia el objeto predilecto de mis ensueños; y, así y todo, nunca me hubiera decidido á emprender el trabajo, si no contara entónces con un auxilio, que, poco despues, una prematura muerte lo hizo ilusorio, causando esta pérdida irreparable vacío para la literatura patria.

Confiaba en los sabios consejos del para mí tan querido como inolvidable Sr. D. EUSTAQUIO FERNANDEZ DE NAVARRETE, y decidíme á la obra.

Solo los cuatro capítulos del PRÓLOGO, que

(1) Al venerable octogenario, cabeza de la patriarcal familia de los Hurtados de Mendoza, que hoy reside en Azcoitia, dueño del solar de Manurga en Alava, he oido aseverar que la tradicion constante de su casa es, que descienden de reyes, y que, en sus infantiles años, mil y mil veces habia escuchado esto mismo de boca de su bisabuela.

desenvuelven la tradicion de El Monte de las Doncellas pudo conocer el eruditísimo Fernandez de Navarrete; y, con la habitual benevolencia que tenia para con todos, y especialmente para con el amigo predilecto, no hizo otra cosa que alentarme, reservándose, sin duda, las observaciones y enmiendas para cuando estuviese concluido el trabajo.

Tristemente no pudo ser esto, y si, hasta aquella sazon, causas agenas á mi voluntad habian retardado la obra, las mismas causas despues y mi habitual desconfianza la hicieran acaso para mí imposible, á no sobrevenir nuevas circunstancias que me sacaron del aislamiento á que me veia reducido.

Un jóven de brillantes esperanzas conocia mis pasos; y tanto y tanto acosóme, y tanto instó, que, al fin, concluí el trabajo.

Tal como es, débesele al Sr. D. Ricardo Becerro de Bengoa.

Sin su empeño en que lo terminara, no podria hoy ofrecerlo al público.

Solo me resta decir dos cosas.

La primera, que van engarzados en esta obra algunos de los recuerdos mas gratos de mi vida; quizas los mas queridós secretos que guarda mi

alma, con sus mas dulces memorias (1): adviértolo esto por si alguno lo notase.

La segunda es, por decirlo así, de conciencia literaria.

Los capítulos del Prólogo llevan en el diálogo un lenguage convencional, no sé si acertadamente, con el objeto de dar mas colorido á las escenas que se describen.

Allende la sierra de Toloño, en aquella época ya no se conocia la lengua eúscara, perdida hacia mucho tiempo entre las vicisitudes por que habia pasado el pais; pero, como irrecusable testimonio de que en épocas mas lejanas debió hablarse, quedan los nombres vascongados de muchos términos en ambas Riojas (2).

Tratar de aproximarse á lo que entónces podia ser el romance inculto, hubiera sido un trabajo

(1) Pocos son los que alcanzan ya este secreto, y no puedo menos de recordar aquí al malogrado amigo, señor D. Emilio Escario.

(2) «La lengua ibérica ó vasca fué en tiempos muy remotos la de toda la península Ibérica: es este un hecho incontestable proclamado por vez primera por el jesuita Manuel de Larramendi, en 1645, en el prólogo de su Diccionario trilingüe Casteliano-Vasco-Latino, y recientemente confirmado por los buenos trabajos de Mrs. Guillaume de Humbold y F. de Saulcy.—Aloïs Heiss en la obra *Memorial Numismático Español* de D. Alvaro

tan fatigoso como inútil: por eso, tan solo me he valido en los referidos capítulos del PRÓLOGO de palabras y frases anticuadas que estan al alcance de todos, y si alguna vez pudiese ocurrir duda, el mismo contexto viene pronto á desvanecerla.

Campaner y Fuertes, Tomo II, pág. 164. Barcelona. Imprenta de Celestino Verdaguer 1868.»—Hacemos esta cita solo para dar mayor fuerza á nuestro aserto, sin que signifique que admitimos en absoluto tan respetabilísimas opiniones.

PRÓLOGO

EL MONTE DE LAS DONCELLAS

I.

Triste era el cuadro que ofrecia la sierra de Tullonio al declinar la tarde de uno de los últimos dias de enero en el año de gracia 1110.

Triste y sombrío.

El silencio y la calma reinaban en aquella soledad inmensa.

El silencio, con todo el medroso encanto de su misterio; con el vago rumor que producen sus alas cuando recorre la soledad y recoge los ecos del hondo valle y cóncavos peñascos, para despues lanzarlos callado por el espacio.

La calma, precursora de la tormenta; los breves instantes de reposo en que duermen los elementos ántes de emprender una vez mas la

lucha que sostienen constante, hasta que el dedo de Dios los sepulte para siempre, en el abismo de la eternidad.

Triste y sombrío era el cuadro.

Densas nubes plomizas cubrian todo el horizonte, rompiéndose en informes masas inmobles, cuyos negros contornos se destacaban con fuerza á la dudosa luz del crepúsculo.

Y los desnudos árboles de aquel inmenso bosque, y las gigantes rocas desnudas que descollaban en aquella salvaje naturaleza, con aquel silencio, con aquella soledad, aquel cielo tempestuoso y aquella dudosa luz, recibian mil y mil formas pavorosas, que cambiaban á cada instante, á medida que la claridad decrecia, presentando mas vacilantes sus contornos.

Todo reposaba en aquella salvaje naturaleza.

Dormia la tierra el sueño misterioso del invierno despojada de sus galas.

Reposaba el aura glacial, como si temiera, agitándose, dar impulso á la tormenta, dormida en el espacio, y cuyos sordos gemidos prolongaba medrosa de un modo indeciso, desde la contrapuesta sierra de Occa hasta

apagarse en los oscuros senos de las mas empinadas rocas de Cantabria.

Dormia el cielo, y dormia la tierra.

Solo se agitaba en aquella soledad el mundo de los fantasmas, animado por el estridente graznido del cuervo, que buscaba tambien su reposo en las quebraduras de las peñas presintiendo la tempestad.

Y la tempestad se cernia ya en los aires, y las nubes rodaban por las montañas de Cantabria, las mas empinadas de la sierra, y el aura glacial se agitaba con poder invisible hasta convertirse en torbellino, y el gemido del trueno se hacia cada vez mas prolongado, hasta el punto de llenar con su voz, ronco y potente, todos los senos de las rocas y las ondulaciones de los valles.

Y á los temidos ecos de las montañas de Cantabria, mezclados al furioso torbellino, respondia el Ebro con los mugidos de sus ondas, irritadas al estrellar sus corrientes en los obstáculos que le oponian los estribos de la sierra con sus proyecciones, como si esta quisiera defender los dominios de que ambi-

cioso intentara señorearse, socabando la base del gigante y derribando las encinas seculares que le servian de límite.

Un punto determinado habia, sobre todo, donde el Ebro redoblaba su furia.

Bajo la mas elevada roca de Cantabria, allí era donde hervian y se estrellaban sus ondas caudales, confundiendo sus bramidos con la voz de la tempestad.

Allí, no era solo la naturaleza quien se oponia á su marcha impetuosa.

En su agitacion constante, habia invadido los dominios de la selva, y bullia entre ruinas seculares, defensa en otro tiempo de las centurias romanas que guardaban la puente de Cantibre, entónces abandonada, y combatida tambien por sus ondas.

Aquella triste tarde moria sin crepúsculo apénas en aquellas soledades, lanzada de improviso por la tempestad en los abismos del pasado.

Moria sin crepúsculo apénas; pero en los breves momentos de agonía, acompañábanla los afanes de dos romeros, que, rendidos á la

fatiga, suspiraban por su ya extinguida luz.

Sorprendidos por las sombras de la noche, casi sin aliento, se apoyaban en el agrietado muro de la cabeza de la puente.

Temerario era su ánimo, si trataban de pasar á la parte de la sierra, y temerario era tambien seguir contra la corriente la ribera derecha del Ebro, en una noche de enero fria y tempestuosa, cuando tenian todavía largo y penoso camino para encontrar un asilo.

Pasada la puente, no á mucha distancia, se hallaba en la selva el término de Quirpan, miserable aldegüela compuesta de pobres viviendas habitadas por pastores.

Pero la puente de Cantibre era ya entónces un monumento ruinoso, atestiguando la antigua grandeza de un pueblo gigante que habia desaparecido, despues de luchar, siglo tras siglo, con los cántabros de las montañas por arrancarles su libertad indomable.

Los atrevidos arcos se veian desprendidos en su clave, y los muros de contension descarnados y casi sin apoyo.

Y, despues de salvar los peligros que ofrecia el acceso de la puente, todavía quedaban los mas insuperables para ganar la orilla izquierda, saltando sobre ruinas, entre las cuales bullian impetuosas las aguas.

Los infelices romeros seguian adunados al muro, cual si fueran las sombras de algunos de sus antiguos señores, evocadas por el tiempo para que presenciasen su obra de destruccion.

—Es preciso continuar— dijo uno de ellos con acento de conviccion, aunque anheloso, pero que dejaba traslucir la sumision y el respeto, mas bien que el imperio.

—¡No puedo mas!.... las fuerzas me abandonan!...—exclamó el otro romero, con una voz dulce, como el recuerdo de una madre, dolorida, como la primera queja de amor.

Un relámpago surcó las nubes con brillo intenso, y el retumbo del trueno recorrió el espacio.

Aquellas dos sombras se iluminaron.

Largas clámides de sayal con capuchos envolvian sus contornos.

Por un breve instante, pudiérase haber visto el mal cubierto rostro de un venerable anciano, poblado de blanca barba, y el dulcísimo de una muger jóven, bañado de la mas terrible angustia.

Un grito de terror habia partido desde el fondo de su alma.

—¡Hija!... que Dios nos ayude!... Imposibles no conoce su gracia.

Y la fé ciega acompañó á estas palabras del anciano.

—¡Oh, Dios!....—murmuró aquella muger angustiada.

Era una invocacion.

O, tal vez, el grito ahogado de una conciencia manchada por el remordimiento.

El fuego del relámpago y la voz del trueno se sucedian de contino, y una fuerte cellisca iba tendiendo por la tierra su manto de nieve, como si quisiera envolverla en el sudario.

El anciano, sereno como la santa resignacion, dulcemente grave, como la virtud probada en el infortunio, dijo con voz amorosa:

—Valor, hija mia.

Y tomando una mano de aquella á quien tan tiernamente llamaba, despues de esperar breves instantes á que la luz del relámpago alumbrase para emprender de nuevo el camino, comenzó á guiar rodeando el muro ruinoso.

Ambos á dos se apoyaban en sendos báculos, y con fatiga treparon á la cabeza de la puente.

Sus clámides se cubrian de nieve, así como los capuchos, que abrigaban sus cabezas, defendiendo sus rostros de la ventisca.

Fatigosamente treparon, y en la lobreguez mas densa, interrumpida á cada instante por el brillo deslumbrador del relámpago, azotados por la cellisca, y sintiendo sobre sus cabezas el temido aliento del trueno y bajo sus plantas el bramido de las ondas, cruzaban la puente de Cantibre, horadada en cien partes.

El anciano guiaba sin perturbarse, y la muger seguia sus pasos estremecida.

Llegaron, por fin, al término opuesto; pero todavía no alcanzaban la anhelada orilla.

Para conseguirla, tenian que descender por

la desmoronada fábrica, y, saltando sobre ruinas, salvar las corrientes turbulentas que habian invadido la ribera.

Un paso en vago, un momento de vértigo, y la muerte los recibia en sus brazos.

El amoroso anciano, en su solícito afan, reconocia con el extremo del báculo los sitios donde habian de poner la planta, y estrechaba la mano de aquella infeliz muger, cuya respiracion fatigosa ahogaban los bramidos de las ondas y la voz de la tempestad.

Un nuevo relámpago, vivo, intenso, seguido de un trueno horrísono, que hizo estremecer los senos de las montañas, acabó con las últimas fuerzas de la romera, embargadas por el espanto.

El romero, imperturbable, la recibia en sus brazos al pie del muro, librándola de las hirvientes aguas, que se abrian con furor estrecho paso entre escombros y ruinas.

Y, súbito, como el relámpago que iluminaba, por breve instante, para luego sumir en las tinieblas aquel cuadro de angustia; impetuoso, como el huracan, que le empujaba

á la orilla, con milagroso acierto, salvando las corrientes, ganaba la ribera con su preciosa carga.

—¡Gracias, Dios mio!...—esclamó con toda la efusion de su alma, sosteniendo con su brazo izquierdo á la infeliz que seguia en el deliquio, y guareciéndola amoroso, mientras su diestra sacaba del jubon un pomo, que le aplicaba á los labios, infiltrando algunas gotas del cordial que contenia.

—¡Hija mia!...—la llamaba con ternura, despues de observar algunos instantes, y percibiendo ya la débil respiracion de su aliento.

Un profundo suspiro dilató, por fin, su pecho, haciéndola aspirar ávida, y comunicando nueva vida al cuerpo desfallecido.

—¡Hija mia!...—decia el anciano:—Dios nos protege: estamos á la parte de la sierra.

—¡Oh, qué horrible noche!... ¿Dónde guarecernos?...—preguntaba aquella muger con debilitado acento.

—Valor!... un esfuerzo mas!... No lejos se hallan viviendas de pastores que nos amparen:

estamos en seguro, y mañana, con el favor de Dios, subiremos á Urizarra.

—¡Ay!... me siento morir!...

Aquellos momentos eran terribles para el romero.

No se le ocultaban los peligros de que se veia rodeado.

En una noche crudísima de invierno; al pie de una sierra inmensa; en una selva enmarañada; con riesgo inminente de encontrar alguna manada de lobos hambrientos, que, á favor de las tinieblas, abandonaban sus guaridas para satisfacer su voracidad; inseguro del camino; con una débil muger, á quien amparar.... todo conspiraba para postrar su ánimo.

Tenia que tomar pronto una resolucion, ántes que el frio entumeciera su cuerpo; porque, llegado este caso, y con la copiosa nieve que se desprendia de las nubes, la muerte de entrambos era segura.

Breves instantes bastaron para decidirse y reanimar su espíritu.

Cogió en sus brazos á la romera, casi des-

fallecida, y se internó en el bosque con direccion á la sierra.

Pero llegó un momento en que su voluntad indomable hubo de rendirse á la fatiga, despues de agotar los últimos esfuerzos, y cayó exánime.

La nieve empezaba á cubrir aquellos cuerpos inertes, cuando se oyeron ladridos á lo lejos, que fueron acercándose, y luego, se percibió un amortiguado fulgor.

A poco rato, dos mastines les lamian los rostros, y dos pastores, vestidos de pieles, levantaban á los romeros.

Dios, sin duda, les enviaba su providencia.

II.

Mucho ántes que declinara aquella tarde, los pastores de Quirpan y sus mastines siguieron á las piaras, que, dispersas á largas distancias, se habian encaminado á sus apriscos, presintiendo la nieve con instinto admirable.

Muerto ya el dia, el bramido del viento y la potente voz del trueno arrullaban el reposo de pastores y ganados, guarecidos en sus chozas.

Solo en una de aquellas pobres viviendas aisladas velaban.

Franqueada su puerta, se hallaba un aposento espacioso de forma irregular, en cuyo centro ardian hazinadas algunas teas, que, alumbrando con una claridad dudosa, templa-

ban la atmósfera, renovada incesantemente por los resquicios de su entrada y de sus mal cerradas paredes, fabricadas con tierra y leños entrelazados.

Al amor de la lumbre, y sentados en su torno en poyos de piedra, veíanse cuatro hombres y una muger entrada en la senectud, que vestia una túnica de lana ceñida á la cintura.

El trage de aquellos se componia de unas calzas de cuero que cubrian hasta la mitad de la pierna, pellico y abarcas; y su atezado rostro y lo curtido de la piel demostraban las penalidades de su ejercicio.

La anciana hilaba una estopa, miéntras que los pastores saboreaban en silencio sendos tasajos de tocino, acompañados con talo de centeno y vino de San Vicente, que escanciaban de una odre pequeña.

Concluida la cena, el de mas autoridad, que frisaba en los cincuenta años, dijo, pasándose una tras otra las manos por su negra y erizada barba:

—¡Por los cuernos de Satanas, que tarda el Mochuelo!

—Ennego, non mientes al ángel malo, y mas cuando su poder anda suelto esta noche—observó la anciana santiguándose.

Y los cuatro pastores siguieron su ejemplo.

—Es que tarda—replicó Ennego.

—Vendrá: non te impacientes, que el Mochuelo es acucioso.

—Sí; vendrá, como non caezca entre lobos, ó en poder de una hechicera.

—Non, Ennego; non sucederá hoy eso que tú temes: la Santa Madre de Jesus le acorrerá en el peligro: lleva un piadoso amuleto.

—Bueno para los hechizos; ¿y para los lobos, Obeca?

—Bueno para librarle de todo mal.

—Mejor que non fuera tan tarde á Lagoarda por las haciendas.

—Y la nieve cerrará en toda la noche los caminos, que en muchos dias non se podrán andar; y mañana non tendríamos lo preciso; y tus dos hijas, que agora duermen en el apartamiento soñando con los sayos nuevos que han de llevar en la oblada de las Candelas para presentarse al plebano, non los goza-

rian, y se moririan de pena sin causar envidia á las otras doncellas.

Estas razones fueron de gran peso para Ennego, que, medio convencido, solo añadió:

—Empero, fuera mas temprano.

—Non pudo ser —respondió Obeca:—la hora era de vísperas cuando llegó el Mochuelo, siguiendo á sus ganados, que fueron los primeros en descender de la sierra: estónces comprendí que el temporal de nieve se avecinaba, y le mandé á Lagoarda con la acémila y dos mastines.

—¿Llevaba su cayado y su cochillo?

—Llevaba: por ende non te cures mas de eso, Ennego; cá, previendo que se gastaria la primera tea de la noche ántes que su vuelta, díle un amuleto, para que llevase consigo, que el santo varon Domingo me diera con mucha estima cuando se hospedó aquí buscando brazos para fabricar la puente y abrir la calzada de los romeros.

—Estónces el santo Domingo, que goza la gloria, le librará del diablo y de las hechiceras con su amuleto, como me libró á mí en la

mesnada del conde don Lope el dia de San Urban, cuando entramos en Toledo con el rey Alfonso.

—Y su cayado y su cochillo y los mastines le guardarán de lobos, como á tí te guardó tu lanza de los sarracenos—observó otro de los pastores, igual en edad á Ennego y unido á él por los lazos del parentesco.

Los otros dos, adolescentes aun, hijos de Ennego y nietos de Obeca, guardaban silencio; pero dispuestos á prestar toda su atencion á sucesos que su padre y su tio iban sin duda á referir por la centésima vez, revistiendo su imaginacion sencilla aquellas narraciones con todo el maravilloso encanto que envolvia la idea de un mundo para ellos completamente desconocido.

—¡Por las barbas de Júdas, que eran otros los tiempos de antaño!—exclamó Ennego:—estónces el buen Jesus y la Santa María su madre favorescian la causa de los cristianos, que vencian en Toledo y en Valencia y en todas partes donde los moros se ponian por delante de sus haces. Agora todos son daña-

mientos: muere Rui Diaz, y se pierde Valencia; y mueren el infante don Sancho y su tio don García, y se pierde la batalla de Uclés, que la ganan los sarracenos. ¡Non la ganara el moro, si nuestro rey estuviera sin el agravamento de los años, ni este pesar le hiciera perder su vida!

—Ansí Dios me perdone, si non paresce que viene el acabamiento de los sieglos.

—Tienes razon, Abulanca—continuó Ennego:—en mal hora el rey Alfonso casó á su hija la infanta con el extrangero, para que despues de su muerte entrase con falsía sus mesnadas en nuestros presidios y aprisionase á su propia muger, empós de quitarnos el nombre de nuestro reino por la aborrencia que le tenia, para llamarnos con otro nuevo.

—Yo siempre diré reino de Nájera y non Rioja—dijo Abulanca.

—¡Ay, hijos!—exclamó Obeca:—bien se vé que se vos alcanza poco del mudamiento de las cosas que pasan en el mundo. Cuando yo era menina, oia á nuestros padres quejarse de que el extrangero entrase por nuestras tierras,

y que las nombrase reino de Nájera y non Cantabria, como se llamaban enántes, y todo lo ál: ¿y sabeis quién era estónces el extrangero que conqueria nuestras tierras? Pues era non otro que el buen rey Alfonso, cuando mataron al de Navarra sus hermanos en el risco de Peñalen, y quisieron el de Aragon y Castilla repartirse sus pueblos. Catad por ende si dan vuelta las cosas en el mundo con los años.

—Mucho sabes, Obeca—replicó Ennego—y mucho se te alcanza de las cosas que fueron; mas confiesa que nunca se conjuntaron tantas lacerias en los tiempos, para punir á los hombres, como agora se conjuntan. Muere el rey, y deja por heredamiento el reino á la infanta, casada con el de Aragon, que non se lleva á bien con ella, y aprisiona á su muger, y llena con sus lanzas y caballeros todo nuestro rèino. Miéntras tanto, los nuestros de alta guisa se revuelven y querellan, y se apoderan del hijo de doña Urraca, y quieren, acorridos con su nombre, hacer el gobernamiento y sus logros; y á los enemigos de Dios dejan reposar y apa-

rejarse para ganar todo lo que tenian perdido. Aosadas, que Abulanca tiene razon en decir que viene el acabamiento de los sieglos, y si non, díganlo las losas de la eglesia de Leon, que ploraron la muerte del rey, y las maravillas que se vieron en los cielos.

—Yo non sé cuándo vendrá la fin del mundo: solo sé que nunca faltarán maleficios nin cobdicia por el mandar.

A la sazon que esto decia Obeca, un trueno horrísono retumbó en los senos de las rocas, é hizo estremecer las bardas, que servian de techumbre á la pobre vivienda, sostenidas por leños perpendiculares colocados á irregulares distancias.

Todos hicieron la señal de la cruz.

La anciana invocó á Jesus y á su Santísima Madre, y los dos adolescentes quedaron mudos de espanto.

—¿Odiste, Ennego?—preguntó á este Abulanca.

—¿Qué?

—Vagan por la selva los espíritus: udí sus lamentos.

—Bueno será que recudamos los dos, Abulanca.

—¿Dó vamos?

—Camino de Lagoarda; á topar al Mochuelo, por si fallesce.

Y se puso en pie, descolgando de uno de los leños que servian de postes á la techumbre su montera de pieles, su cayado y su cuchillo, y una bocina de cuerno.

Abulanca siguió su ejemplo.

Despues, Ennego se dirigió á uno de los ángulos del aposento, medio velado por las sombras, por donde se comunicaba el departamento de los ganados, y dió dos voces, á las que respondieron con su presencia dos fuertes y corpulentos mastines.

Ennego y Abulanca tomaron cada cual su tea de las que ardian hacinadas, y aquellos dos hombres atletas salieron á la selva.

Apénas en ella, los dos mastines levantaron sus cabezas venteando hácia un punto determinado, al cual se encaminaron ladrando, seguidos de ambos pastores.

Transcurrido un largo espacio, Ennego y

Abulanca y el Mochuelo volvian á entrar en su pobre vivienda, con asombro de Obeca y de sus nietos, conduciendo á los romeros desfallecidos.

III.

—Grado á Dios que llegamos—dijo Ennego, que tenia en sus brazos á la infeliz desfallecida.

—¡Acórrame la Santa Vírgen Madre! —exclamó Obeca:—¿qué es esto, Ennego?

—Esto es, que Dios nuestro Senior ha nos aportado á dó estos pobres romeros habian gran menester de acorrimiento, cá fenescian. Obeca, adoba el brebajo con las yerbas que te son conoscidas para proveer á su ayuda.

Obeca, mas diligente de lo que al parecer la permitieran sus años, tomó una vasija, que llenó de agua mezclada con vino; hizo en ella una infusion de cordiales y la puso al fuego, mientras que los pastores solícitos calentaban

pieles, las tendian en el suelo y envolvian en ellas á los romeros.

—Ennego—dijo Abulanca sin levantar mano de sus piadosos afanes—¿será esto que han se nos aparescido las ánimas del santo varon Domingo y de la santa Casilda, hija del rey moro Almenon de Toledo, la que habitó la sierra vecina? Fuera bueno que avisáramos al plebano.

—Agora non, Abulanca: cuando venga el albor le llamarémos; cá figúrome que estos pobres romeros, que se hallan en necesidad tan extrema, y nosotros habrémos menester de sus consejos. ¿Has los acatado? Cá mas bien se me antoja que son alongados fugitivos, que romeros.

—¿Qué dices, Ennego?

—Digo, que vide bajo el manto de la romera un brial costoso, y que el romero viste calzas y jubon que solo llevan los honorables: pára mientes dó los hemos topado, y verás que non era el camino de la calzada: pasar debieron la puente, y esto por curarse de algun peligro.

—Non pudo ser eso,—replicó Abulanca.

—Non lo dubdes: trovámoslos casi deyuso de la puente, y me causa maravilla que la ganaran. Non digo yo que sean aparescidos Domingo y Casilda; empero sí que la Santa Madre de Jesus los acorre.

En aquel momento un sudor frío empezó á bañar la marmórea frente del anciano, y poco despues la de la jóven, dejando sentir entrambos su respiracion anhelosa.

Entónces Obeca les administró la infusion aromática, y breves instantes bastaron para que recobrasen los sentidos con toda su luzidez, si bien sus cuerpos se hallaban fatigosamente postrados.

—Gracias, mis hijos—profirió el anciano al ver la piadosa solicitud de los pastores y Obeca: —premio hallarán en el cielo vuestras obras, y tambien hallaránlo en la tierra merescido.

La dulce magestad que bañaba aquel rostro venerable les infundia un silencio respetuoso, que solo Ennego fué osado á interrumpir para llevar una tranquilidad completa á su espíritu.

—Senior—le dijo—cualquiera que sea vues-

tra coita, temprarla: convusco estamos nosotros, y nada vos acaescerá siniestro.

El anciano fijó en aquel que con tanto acatamiento le dirigia la palabra una mirada profunda, que despues recorrió todo cuanto le rodeaba, y clavándola en un objeto pendiente de uno de los postes que se hallaban á su alcance, respondió con dulzura y con una seguridad, que causó no poca sorpresa á Ennego, é hizo subir de punto la admiracion de los demas circunstantes:

—Lo sé, Ennego.

—¡Qué! ¿conoscéisme vos?

—Sí, Ennego; há luengos años. Sabidor era yo que de las tierras de Alava habias bajado con la madre de tu muger y con tus hijos á esta parte de lá sierra; y hoy, buscábate, cá tenia menester de tí, y miraculosamente tú has nos salvado.

—¡Maraviloso esto es! ¿Dó habéisme vos conoscido? ¿Unde venis?

—Húbete conoscido el dia que tu lanza conquirió nombradía, ganando aquella enseña.

Y el anciano, hablando así, señalaba con su

diestra un estandarte musulman, ganado por Ennego en el cerco de Toledo hacia veinticinco años, y que servia de trofeo en su pobre vivienda.

—Estónces ¿quién sois vos? — replicó Ennego con cierto respetuoso atrevimiento, mezclado con un tanto de orgullo, presintiendo que se hallaba en presencia de un testigo de sus antiguas hazañas.

—Un pobre romero, que necesita de tu acorrimiento. Ennego, habráse ya consumido la primera tea de la noche, y los tuyos menester han del reposo.

—Non vos cureis por eso: esta vegada todos velar pueden: en muchos albores non saldrán los ganados de sus apriscos, cá la nieve cerrará los senderos.

—Mándales á reposar, Ennego.

Este, subyugado por la voluntad de aquel varon venerable, ayudado de Abulanca, el Mochuelo y sus dos hijos, cerró con abundancia de pieles, aseguradas en los postes mas cercanos, el sitio que ocupaban los romeros junto al hogar; y, aislándose con ellos,

mandó á los demas que se entregaran al descanso, despues de haber alimentado la lumbre y de haberse dirigido Obeca al compartimiento de sus nietas.

Entónces, el anciano se incorporó en su lecho, dispuesto sin duda para hacer de Ennego su confidente, cuando un gemido se escapó del pecho de la jóven.

Aquella muger, cuyo porvenir misterioso la esperaba tranquilo en los brazos de la penitencia, no reconocia mas sujecion que la de sus propias pasiones.

Su dulce mirar incentivo reflejaba toda la ternura de su alma, abstraida en los sueños de felicidad; y, sin embargo, era severa é imperiosa cuando las contrariedades de la vida la arrancaban á sus ilusiones, y revelaba una voluntad inquebrantable, dispuesta á estrellarse mil y mil veces en los obstáculos, ántes que ceder y renunciar á sus vehementes deseos.

De corazon ardientemente apasionado, ávida de emociones tiernas, buscaba con afan la dicha, sin comprender que se alejaba mas y

mas de su anhelado objeto, á medida que conculcaba sus mas santos deberes, y que la felicidad en la tierra no es otra cosa que la esperanza inefable de delicias que vislumbra la mente cuando se ampara de la fé, purificándose amorosa en el fuego divino de la caridad cristiana.

Aquella muger, condenada todavía á dias amargos de prueba, tocaba uno de esos momentos supremos, en que las castas esposas ahogan el grito de su dolor con inmensa alegría, al sentir desprenderse de sus entrañas el hijo de sus amores para recibirlo en sus brazos.

Pero ¡ay! aquel momento supremo llegaba para la infeliz con todo lo acerbo del dolor, y la gloria de la madre la mataba el remordimiento.

Su dormida conciencia habia despertado al grito de las penalidades, haciéndola sentir toda su miseria; y aquel noble anciano, que, con la solicitud de un padre amoroso y sufriendo tantas fatigas y corriendo tantos peligros, salvaba su honra, su dignidad y

su vida, era entónces su mayor tormento.

Porque, en su orgullo insensato, hasta aquellas horas de angustia, todos los desmanes de su vida los habia arrojado con impúdico desprecio al rostro de los que intentaran contenerla en los límites del deber, y aquel noble anciano habia recibido sus mayores ultrages.

Y, sin embargo, le tenia á su lado, prodigándola como en sus mas tiernos años cariñosos cuidados, y alentándola en sus dolores, despues de haberla salvado de inminentes peligros; y amparada en una miserable vivienda y en los momentos en que nada podia ocultarle, era todo su apoyo, cuando la vergüenza, amortiguando el brillo de sus ojos, no la permitia sostener la dulcísima mirada del anciano que reflejaba toda la nobleza de su alma.

Aquella infeliz, condenada al vilipendio de las generaciones que ignoraron el término penitente de su borrascosa vida, miéntras en apartado olvido habia de ser bendecida su memoria; aquella infeliz, con el tráfago del

mundo, debia olvidar aun los presentes dolores, hasta que inexorable el tiempo arrancara de sus ojos la venda con que los cubrian las pasiones, para dejarla leer en el amargo libro del desengaño; y entónces, la dulce memoria de la hija amada, aquella dulcísima memoria para la madre, unida á los tristes recuerdos de tantas pasadas amarguras, habia de ser la voz misteriosa que la atragera á la penitencia.

El noble anciano, amante y compasivo, ahorró á su protegida una confesion vergonzosa, pidiendo á Ennego que llamara á Obeca, y retirándose con este á otro compartimiento.

Consumióse la segunda tea, y durante este intervalo los quejidos de la jóven se confundieron con el bramido del vendaval, que impulsando la nieve en torvellino hacia estremecer las bardas de la techumbre de aquel miserable asilo.

Despues, á la luz de la tercera y última tea de aquella tempestuosa noche, Obeca recibia en sus brazos á la hija del dolor, que se desprendia de las entrañas de la madre.

Las mas amargas tribulaciones y el misterio mas impenetrable acompañaron los sucesos de aquella noche.

Al siguiente dia, cuando los demas se admiraban sin comprender nada de lo que pasaba en su torno, Ennego permanecia encerrado en una profunda reserva.

IV.

La nieve habia caido con abundancia en toda la sierra de Tullonio, y las miserables viviendas del término de Quirpan se veian casi sepultadas, y cerrados completamente sus tortuosos senderos.

Y pasó un septenario y otro septenario, y los pastores seguian adobando el menage encerrados en sus chozas, espiadas por manadas de lobos hambrientos, y los romeros seguian amparados por Ennego, y, merced á las solicitudes de Obeca y sus nietas, la jóven habia convalecido.

Ennego continuaba en su reserva, que la familia respetaba, admirando sus diligentes

cuidados por los romeros y la veneracion con que se les acercaba para prevenir á todo lo necesario.

Aquellos dias se habian deslizado monótonos, sin que turbara su reposo el mas leve incidente.

Llegó el primer dia del tercer septenario, y la mayor parte de sus horas corrieron tranquilas para la familia de Ennego, ocupada en sus habituales tareas.

Pero al caer la tarde, un suceso inesperado vino á interrumpir el sosiego, calmando las inquietudes de los unos, y aumentando la admiracion de los otros hasta llegar al asombro, afirmándose en la idea maravillosa que tenian concebida de los romeros.

Obeca y sus nietas acompañaban á la jóven en su compartimiento: Ennego platicaba con el anciano junto al hogar, mientras que el resto de la familia abrevaba el numeroso ganado encerrado en sus apriscos.

Uno de los mastines, que salvaran á los romeros la noche tempestuosa en que cruzaron la puente de Cantibre, guiando á los pastores

al parage dó estaban desfallecidos, reposaba á la sazon tendido á los pies del anciano.

Nada, al parecer, ocurria en su torno que pudiese turbar la tranquilidad que gozaban, cuando el inteligente animal alzó la cabeza y fijó toda su atencion hácia la entrada: despues, observó breves momentos, y levantóse, y fué á la puerta pausado, y, venteando por su resquicio, tornó á colocarse frente de Ennego con incesantes ladridos.

—Sin dubda, lobos son que se avecinan—dijo el anciano.

—Senior, non—replicó Ennego:—antójasenme que Soberbioso salir quiere, y de lobos non se cura, cuando todo al amparo se halla.

—¿Noticias serán acaso?

—Presto serémos sabidores.

Soberbioso entre tanto redoblaba sus ladridos, y recorria sin tregua la distancia intermedia del hogar y la puerta.

Ennego se disponia á franquearla, cuando dos fuertes golpes resonaron en ella.

Al abrirla, un hombre, que revelaba la raza del pueblo maldito en su blanco rostro

aguileño, poblado de negra barba, apareció en primer término con marcial continente, acompañado de un hermoso mastin, que, sin miramiento, se lanzó en la vivienda, y buscando al anciano y á la jóven, se deshizo en caricias al encontrarlos.

En segundo término veíanse armados de sendas lanzas, y cubiertos de hierro hasta una docena de caballeros en briosos corceles, aguardando en silencio las órdenes de su adalid, que, apoyado en su maza, y sujetando del diestro á su caballo, se dirigió á Ennego con respeto y cortesanía.

En el espacio de quince dias habia recorrido aquel sabio judío, recien convertido á la verdadera luz de Jesucristo, penosas distancias.

Desde el centro de Aragon, escudado con el hábito del romero, habia cruzado sin obstáculos las fronteras de este reino, Navarra y Castilla, subiendo por la sierra de Tullonio hasta Urizarra, primer presidio de Alava, que limitaba sus tierras, confiado á los servidores del conde don Gome.

Buscaba á los romeros, y, no encontrándolos

allí, se dedicó con ahinco, ayudado del fiel mastin que le servia de guia, á descubrir el parage donde se amparaban.

Ya no le quedaba duda del punto á dó debia dirigirse; pero estando ocupados todos los castillos fronteros por las lanzas del rey de Aragon, y teniendo que avecinarse al de Lagoarda, tomó en Urizarra doce caballeros de la guardia del conde, para que le ayudasen en la empresa, llevada milagrosamente á feliz término.

Aquella noche los pastores de Quirpan vieron, con asombro, ocupadas sus chozas por los caballeros; y al siguiente dia, muy temprano, presenciaron con mayor asombro su partida en direccion á la sierra, escoltando con acatamiento á los que Ennego con tanta solicitud habia hospedado.

Corrieron los dias; pasaron las semanas, y hasta tres meses y medio se contaron, despues que los romeros abandonaran la pobre vivienda de Ennego, y, durante este tiempo, las horas se deslizaron tranquilas en el término de Quirpan.

Los pastores recordaban la aparicion misteriosa del anciano y de la jóven en una noche de tempestad, y los acontecimientos que la sucedieron; y con estas memorias habian ya colocado á los romeros en el mundo de la fantasía, revistiéndoles de un poder sobrehumano.

Era una hermosa mañana del último domingo de mayo.

El árido invierno habia fecundado el seno de aquella rica naturaleza, que ostentaba por dó quiera, exuberante de vida, sus preciosas galas.

Resplandeciente el sol, todo lo engalanaba con mil y mil caprichosos festones, que formaba con sus cambiantes, ora en los bosques, ora en las ondulaciones de las rocas y de los valles, ora, tambien, con las ténues gasas que flotaban en el espacio.

El murmurio de las cascadas, que se mezclaba con los trinos de las aves, y el suave aliento de la brisa embalsamada con los perfumes de las flores; la luz rutilante, el azul del cielo y la engalanada tierra; todo en

armonía, completaba tan admirable y acabado cuadro.

El rey de Aragon habia retirado ya sus mesnadas de los presidios de Rioja, guardados á la sazon por las lanzas de Castilla.

Empezaba á correr la hora de tercia de aquella mañana deliciosa.

La mayor parte de los pastores de Quirpan hallábanse congregados delante de la humilde iglesia dedicada á San Juan Bautista, escuchando las cristianas amonestaciones que les dirigia su plebano, cuando se les presentó una lucida escuadra de caballeros mandada por el alcaide de Lagoarda, que, preguntando por Ennego el de Adurzaha, puso en sus manos un pergamino rollado y con un grueso sello de plomo.

Era una donacion de la reina de Castilla á favor de las hijas de Ennego, en la cual se las otorgaba el dominio de una gran parte de monte en aquel mismo término de Quirpan.

Desde entónces, aquel término se conoció con el nombre de EL MONTE DE LAS DONCELLAS.

LA DAMA

DE

AMBOTO

I.

Corria el año de gracia 1124.

En una deliciosa tarde, á principios de junio, dos hombres cruzaban el término de Legutiano, confin por la parte norte de las tierras de Alava con el Señorío de Vizcaya, y se internaban en los montes bravos de Albertia.

Calzas, jubon sin mangas y caperuza, todo de lana burda, y abarcas, constituian su trage.

El uno era de edad provecta: el otro era jóven.

Aunque vestian el trage de la plebe, en ambos á dos flotaban por sus hombros y espaldas largas y ensortijadas melenas, señal

inequívoca de que pertenecian al infanzonado eúscaro, donde no se conocia la tonsa marca del siervo.

Ambos á dos, tambien, llevaban en la diestra sendas *maquillas,* suspendidas horizontales, que, siguiendo la oscilacion de sus brazos, parecian medir los apresurados y descomunales pasos que daban en su camino.

Desde los montes bravos de Albertia pasaron á los de Albina, y, con su direccion por la cañada, ya no quedaba duda de que se dirigian á *Ibarra;* es decir, al *valle* de Aramayona, cuyas montañas terminantes dejaban para tomar su descenso.

Los dos hablaban el antiguo idioma eúscaro.

Largo rato hacia que caminaban en silencio por las tortuosas veredas de los bosques, cuando el de mas edad dijo á su compañero:

—Estamos ya en *Mariaca.*

Y á los pocos pasos, al doblar la senda que llevaban, entrando en otra que mas directa encaminaba al valle, divisaron, entre la verde fronda, una pobre ermita consagrada á la Santa Madre de Jesus.

Acercáronse á ella con religioso temor, y puestos de hinojos y descubriendo sus cabezas delante de la sagrada imágen de María, recitaron la salutacion angélica.

Despues de cumplir con esta piadosa costumbre, siguieron diligentes su camino, alejándose de aquel sitio con miedo, nacido de la observacion que hizo el mas jóven, diciendo:

—La noche se avecina.

Y con efecto, los últimos rayos del sol iluminaban las crestas de Albinagoya, sumiendo ya en las sombras las de Aranguio y Amboto, que destacaban con fuerza las siluetas en la parte de poniente.

La abubilla con su desapacible canto, volando de rama en rama, buscaba donde posarse, miéntras que el murciélago y el mochuelo abandonaban sus albergues para emprender sus escursiones nocturnas.

Aquellos dos hombres se acercaron con temor religioso á la desierta ermita de Mariaca, y se alejaban con miedo, porque era ya la hora del crepúsculo vespertino, y nin-

gun habitante del valle de Aramayona osaba llegarse á aquellos sitios, durante el imperio de las sombras, sin que sintiera en su corazon el yelo del espanto.

Entrada la noche, *sorguiña* era la palabra que estaba en los labios de todos; y todos se encerraban medrosos en sus viviendas.

Porque *sorguiña* era el fantasma, era la maga, la hechicera, que, cuando la noche tendia su negro manto, sumiendo en las tinieblas el valle, lo cruzaba en toda su extension, desde las peñas de Amboto hasta la pobre ermita de Mariaca.

Los dos eúscaros aceleraban su paso á medida que avanzaban las sombras; y próximos al fondo del valle, donde tenian sus viviendas, en vez de seguir la senda que llevaban, y que mas directa los encaminaba al fin de su viage, tomaron por la derecha otra mas tortuosa, que dirigia por las inmediaciones del término conocido desde aquella época con el nombre de *Berajuan;* evitando así el acercarse á *Zalgogaray*.

Ambos puntos se determinaban prominen-

tes á una y otra parte de la estrecha garganta de Ibarra.

El uno frente al otro, parecia que el dedo de Dios los habia colocado allí, en soledad y en misterio, por inescrutables designios.

El término de Berajuan lo constituia un espacioso castillo con almenas, flanqueado por infinitas torres y defendido por un ancho foso, que recibia las vertientes de las montañas vecinas.

Su fábrica contaba ya alguna centuria; mientras que en Zalgogaray, una modesta torre, de ámbito exiguo, sin mas defensa que su ferrada puerta y sus muros, revelaba en su exterior la construccion moderna.

De Zalgogaray corrian entre los habitantes del valle los mas extraños rumores.

Diez años hacia que del reino de Nájera habia llegado un hombre provecto, de larga barba, y vestido de pieles.

Y disponiendo de todos los recursos necesarios, hizo levantar aquella torre.

Poco despues de esto, llegó otro hombre, tambien provecto, y de larga barba, pero

que no vestia como el primero, sino hopa y birrete.

El primero desapareció luego.

El segundo se instaló en la torre recien levantada.

Conocia este todas las virtudes de las yerbas y de las plantas, con las que hacia prodigios y curaba todo género de males: sabia determinar el curso de los astros: leia constantemente voluminosos pergaminos: en fin, era un sabio, á quien no se le ocultaba ninguno de los misterios de las ciencias mas recónditas.

Era un sabio, y era bueno, porque socorria todas las necesidades y acudia á todas las miserias: y, sin embargo, todos le miraban con supersticioso respeto, y ninguno con amor, cuando en los años que llevaba de habitante en el valle, lo tenia tan merecido.

Y acontecia esto, porque su vida era impenetrable.

Solo se percibian sus beneficios, pero nadie sabia de los medios de que disponia para practicarlos.

Ademas, muchas noches, en lo alto de la torre, se veia una llama cerúlea, que, por espacio de algunas horas, lucia de un modo capaz de llevar el estremecimiento del espanto á el alma mas bien templada.

Y coincidia, tambien, con la venida de hombre tan extraordinario al valle, la aparicion constante de una hechicera, que por las noches salia de una de las cuevas de Amboto, cruzaba las laderas del poniente de Ibarra, y, deteniéndose en la torre de Zalgogaray, seguia su peregrinacion hasta Mariaca.

El hombre misterioso de la torre no la habitaba solo: habia traido en su compañía una anciana y una niña hermosa, que, creciendo en gracia, era á la sazon, que contaba quince años, un portento de belleza.

La niña no era conocida por los habitantes del valle.

Solo podian hablar estos de su donaire gentil, que cautivaba todas las almas, si, acompañada de aquel hombre singular, la veian acudir á las horas eclesiásticas, rebozada de pies á cabeza en su manto.

Cuando mas, podian haberla comparado al tímido cervatillo por la gracia de sus movimientos y por la dulcísima mirada de sus negros ojos rasgados, que alguna que otra vez dejaba percibir el mal guardado rebozo.

Nada, absolutamente nada podia añadir á esto el curioso mas impertinente.

La niña, como aquel á cuyo amparo vivia, era un misterio para todos; pero con una diferencia, sin embargo.

El uno inspiraba respeto supersticioso, casi miedo, á pesar de sus beneficios.

La otra, sin saberlo, era mas que miradas lo que atraia con su gentileza; porque ganaba los corazones: todos le amaban.

II.

Aquella deliciosa tarde habia desaparecido. Las horas fugitivas la sepultaron en las regiones de occidente, envuelta en gasas de púrpura y topacio, y la noche apacible se habia apoderado del dominio de la naturaleza, que dormia en reposo.

Millares de estrellas lucian en el firmamento, formando el brillante séquito de la luna, que revestia con su luz amortiguada de fantásticas formas las rocas desnudas de Amboto, sumiendo en las sombras los repliegues de las montañas de Aranguio y Albinagoya, y plateando la superficie de los bosques.

Hacia largo rato que los habitantes todos del valle de Aramayona se habian retirado á sus viviendas.

Por dulce que fuera para ellos el respirar un ambiente embalsamado con deliciosos perfumes, podia mas el espanto que se apoderaba de sus corazones al divisar el fantasma, que durante la noche cruzaba los bosques y laderas, y ninguno era bastante atrevido para arrostrar el encuentro de la maga.

Solo en Zalgogaray habia un sér, que, abstraido, contemplaba tan admirable cuadro; y enagenado con tanta maravilla, confundia, por decirlo así, su espíritu con el de la creacion entera.

Y este sér, débil por su naturaleza, fuerte por la comprension de su inteligencia, vigorada por las sábias lecciones del hombre extraordinario que le servia de maestro, era una niña, que, sobreponiéndose al general espanto, permanecia fuera de la torre, abismada en la contemplacion mas profunda.

Un cerco de espino rodeaba á Zalgogaray por sus cuatro costados, dejando reducido

intermedio, donde los dueños de la torre cultivaban multitud de arbustos y plantas, á la sazon florescentes.

Reclinada en un césped, cubierto de madreselvas entrelazadas, la niña permanecia absorta, embargada por el misterio y la calma de la noche.

Una blanca túnica, ceñida muellemente á su cintura esbelta, se plegaba sobre sus formas de un modo tan leve, que el céfiro suave agitaba su fimbria, despues de dormir breves momentos voluptuoso en los negros y rizados cabellos que caian abundantes sobre su espalda, y en los cálices de las flores, abiertos al rocío.

Aquel doble concierto de la vida y el reposo, animado por el aliento divino, embriagaba su alma con celestiales delicias; y su mirada, siguiendo á su pensamiento, se perdia en la inmensidad del espacio, cuando una voz suplicante la sacó de su arrobamiento, pronunciando su nombre.

—¡Elvira!....—exclamó un gallardo jóven, que apénas contaba veinte años, con el acento

tiernamente apasionado del que por primera vez en su vida pronunciaba en su presencia el nombre de la amada de su corazon.

Aquel acento vibró tan dulce en el pecho de la niña, que la arrancó á su éxtasis, haciéndola reparar en el mancebo, que, protegido por las sombras, habia llegado silencioso hasta su presencia sin ser advertido.

La niña, tranquila con su inocencia, no se turbó.

Y su mirada, que poco hacia vagaba indefinible por el firmamento, se fijó en el jóven de una manera profunda.

—¿Qué quieres, Hernan?—le preguntó candorosa, despues de un momento de tregua.

El jóven emudeció.

Delante de aquella criatura, cuya sola memoria embargaba todas las potencias de su alma, pudo pronunciar su nombre, miéntras la contempló absorta; pero desde el momento en que sus negros y rasgados ojos posaron en él su mirada inefable, un sentimiento de veneracion, que rayaba en la idolatria, se apoderó con estremecimiento de todo su sér.

—¿No me respondes, Hernan?—repitió dulcemente la jóven.—¿Por qué has venido?—añadió con insinuante tono de queja, que, á pesar de su ternura, punzó el corazon del mancebo, y desató su lengua para responder:

—He venido, Elvira, porque mi alma te adora, y necesita para vivir tu amor, como estas flores que te rodean necesitan para vivir el rocío que humedece sus cálices, el aura que las acaricia y el sol que con su lumbre les da sus colores y sus aromas. Todo esto eres para mí, Elvira.

La niña llevó sobre su pecho una de sus blancas y torneadas manos, como si quisiera contener los latidos de su corazon; miéntras que con la otra se comprimia la frente, intentando sin duda, en su sencilla inocencia, calmar los pensamientos amorosos que bullian en su cerebro enardecido.

Su rostro hechicero tomó una expresion de embriagadora felicidad, y su boca, entreabierta ligeramente, aspiraba con afan la húmeda brisa, porque necesitaba apagar el fuego que devoraba su alma.

Ambos á dos permanecieron por breves instantes silenciosos.

El gallardo mancebo habia reconcentrado todas las facultades de su alma en los ojos, que, con raudales de ternura, imploraban amor.

La niña acababa de triunfar de sus pasiones, despues de una lucha tan breve como violenta, y tomando una actitud dulcemente tranquila, dijo:

—No quiero mentir, Hernan; porque la mentira es hija del pecado, que Dios aborrece. Yo te amo: siento una fuerza tiernamente irresistible que me arrastra hácia tí. Yo no sé cómo amais vosotros los hombres. Mi amor es dulce, como la brisa que Dios nos envia en el silencio de la noche y murmura su nombre: tranquilo, como la paz del alma que se comunica de un modo misterioso con su Creador. Como tú, ántes de acercarte á mí, aprendiste mi nombre, yo aprendí el tuyo; hace mucho tiempo que lo sabia, y mis ojos te distinguian entre todos los mancebos del valle. Pocos momentos há, Hernan; cuando tú llegaste por

primera vez á mi presencia silencioso, mi pensamiento, volando por regiones desconocidas, confundia tu memoria con todo lo mas sublime que existe bajo el amparo de Dios.

—¡Elvira!....—exclamó el jóven, ébrio de felicidad.

Pero la niña, conteniendo aquel transporte, tendió hácia él apacible su diestra, y le interrumpió, diciendo:

—Hernan, no he concluido. Sabes ya cuánto te amo; pero no sabes aun que tu amor me causa miedo, porque veo que tu amor no es dulce, tranquilo, como el mio; y yo no sé qué secreto instinto me dice que te aleje, cuando toda mi gloria seria amarte por toda una eternidad.

—¡Eso no puede ser, Elvira!..... alejarme de tí!.... imposible!..... imposible!.... Yo diré á tu padre cuánto te amo, y tú serás mi prometida.

—¡Imposible!—exclamó á su vez la niña con una expresion de dolor, que hizo estremecer al mancebo.

—¿Imposible dices, Elvira?

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo no puedo revelarte misterios que no me pertenecen, y que no sé si he llegado á penetrar. Hernan, mi porvenir es negro, insondable, como el abismo. Ese hombre bueno, á quien no se le ocultan los arcanos de la ciencia, no es mi padre, ni puede disponer de mí. Yo le venero, le amo; porque sus solicitudes y cuidados han conquistado mi respeto y mi amor.

—¿Amas á ese hombre?—la interrogó el mancebo, reconcentrando su odio en el fondo de su corazon, impulsado por los celos.

—Sí, amo á ese hombre, como amo á Hernan.

—¡Oh!....

—No seas insensato, Hernan, profanando mis santos amores con torpes pensamientos—añadió aquella prodigiosa niña, que de una manera instintiva adivinaba la aberracion del mancebo.

Y luego, insinuante, dijo todavía.

—Estas madreselvas ciñen su tallo amorosas, agradecidas al aliento que las comunica

su vida: por él reciben los besos del aura y los rayos del sol, que son su existencia: sin el tallo, las madreselvas, ántes de recibir las caricias del céfiro y la lumbre vivificante, se verian sepultadas. ¿Comprendes ahora, Hernan, por qué la pobre Elvira consagra su respetuoso cariño á ese hombre extraordinario? Sin su apoyo, la brisa no hubiera acariciado mi frente; el sol no me hubiera alumbrado con sus rayos benéficos, y mi pensamiento no hubiera podido tender sus alas por el espacio para llevar tu memoria á la mansion de las delicias.

—Perdóname, Elvira, y ten compasion de mí. Dices bien: soy un insensato; pero yo necesito tu amor, porque tu amor es toda mi esperanza, y la esperanza es la vida.

—La esperanza es Dios, Hernan. Confiemos en su misericordia con todo nuestro corazon.

La niña pronunció estas palabras con un acento solemne, que llevó la calma al pecho del mancebo y tranquilizó su espíritu, dejándole gozar de una paz celestial, para él hasta entónces completamente desconocida.

Era el primer momento en que aquellas dos almas se comprendian, reflejándose la una en la otra de un modo misterioso, con el santo amor á que Dios las habia predestinado.

El mancebo interrumpió los breves instantes de silencio que se siguieron, diciendo:

—Yo no sé qué poder tienen sobre mí tus palabras, Elvira: ellas tranquilizan mi alma y la infunden un aliento para mí desconocido. Creo en tu amor, porque es imposible que nadie en el mundo te ame como yo te amo, y tú debes amar lo mismo á tu Hernan.

—¡Oh, si, Hernan!.... ¡Te amo con todo mi corazon!....—exclamó la niña, llevando las manos sobre su pecho.—¡Te amo, y te amaré toda la vida!.... mi amor para tí es inextinguible!

Y luego, levantándose del césped, y con acento que revelaba la fuerza que sufria su voluntad, dijo, despidiendo al mancebo:

—A Dios, Hernan.

—¿Tan pronto me apartas de tu lado?

—Sí, Hernan, bien á pesar mio.

—¿Cuándo volveré á verte?

—No lo sé.

—¡Oh, por piedad!.... exclamó el mancebo con el dolor mas profundo.

La niña le tendió sus manos conmovida, y el jóven se apoderó de ellas y las besó delirante con labios de fuego.

En aquel momento una sombra se deslizó de entre los espinos en direccion á la otra parte de la cañada, y un rugido ahogado se oyó en la garganta del valle.

Hácia el lado opuesto en que se ocultaba la sombra, y en una eminencia que dominaba de cerca la pequeña planicie de Zalgogaray, una blanca figura, cuyas formas presentaba la luna de un modo vago con su luz amortiguada, permanecia inmóvil.

La niña se habia amparado en la torre.

Pasó un largo rato y, ya, solo se dejaban oir los débiles suspiros de la brisa que silenciosos recorrian el valle.

El mancebo aun permanecia estático, contemplando el parage por donde la niña habia desaparecido, sin reparar en la cerúlea llama que iluminaba lo alto de Zalgogaray, cuando

la blanca figura se deslizó silenciosa por delante de sus ojos; y, mirándole angustiada, penetró en la torre.

El mancebo, á pesar del talisman poderoso que lo retenia en aquel sitio, tembló de espanto.

El fantasma habíasele aparecido, y habíale visto apoderarse de la morada que guarecia la prenda del corazon.

III.

ZALGOGARAY tenia su única entrada en la parte de mediodia, junto al ángulo de oriente.

Una plancha de hierro cerraba la pequeña puerta de semicírculo, comunicada con la espiral, que servia de acceso á los suelos de la torre.

Construida esta para determinado objeto, contaba con tres pavimentos, distribuidos en proporciones distintas, sin atender al órden ni á las necesidades de la época.

El primero estaba deshabitado por sus dueños; en el segundo moraba la niña, y el tercero lo ocupaba exclusivamente el hombre misterioso que la servia de amparo y aleccio-

naba su espíritu, ayudando al desarrollo de su precoz inteligencia.

El hombre de la torre dejaba á la niña en una libertad prudente, confiado en su índole apacible y en el respeto supersticioso que infundian entrambos á los habitantes del valle.

Aquella noche se entregaba con abandono, segun costumbre, á sus experimentos científicos, sin sospechar que hubiese alguno bastante atrevido para acercarse á Zalgogaray á turbar su reposo.

Concentrado en el mundo tranquilo de la especulativa, ignoraba que á sus pies el mar de las pasiones agitaba conturbado sus olas, para arrebatarle el sosiego de que hacia tanto tiempo venia disfrutando.

Elvira, al separarse de Hernan, subió á su compartimiento, y se encerró en su estancia.

La pobre niña, en el silencio de su retiro, sola con su corazon, no sabia darse á sí propia cuenta de sus emociones.

En su entrevista con Hernan, la idea del deber alzóse ante sus ojos severa, como habia

sabido hacérsela comprender su maestro, y, fuerte con su conciencia, supo contener al mancebo, manifestando su corazon la verdad candorosa que brotaba de sus labios con el encanto indecible de la inocencia.

La niña no habia mentido.

Hacia mucho tiempo que sus ojos distinguian á Hernan entre todos los mancebos del valle.

Un secreto instinto, una misteriosa fuerza impulsiva la obligaba incesante á fijar en Hernan todos sus pensamientos.

Todas las delicias que pudiera haber soñado su alma se cifraban en vivir junto á Hernan por toda una eternidad; y, sin embargo, la única vez que este se habia acercado á hablarla, á decirla su amor, su esperanza, los sueños de ventura; ella, que habia oido al mancebo con dicha inefable, le alejaba de su lado, quizas para siempre.

Todos estos encontrados pensamientos bullian en su cerebro enardecido, alimentando el fuego de la fiebre que circulaba por sus venas.

Reclinada en un taburete forrado de seda de Almería, permanecia medio velada por las recamadas colgaduras que en el centro de la estancia cubrian su lecho.

¡Pobre niña!....

¡Cuánto desaliento revelaba su actitud inmoble!

¡Cuánto dolor pudiera adivinarse en su mirada, vagando lánguida por todos los objetos que la rodeaban!....

Angustiosos eran para ella aquellos momentos en que nada la sonreia en los albores de la juventud.

Hija del misterio, sin duda habia penetrado alguno de los arcanos que guardaba su porvenir, y cedia resignada, cuando ni por un solo instante conseguia reanimarla el aliento divino de la esperanza.

¡La esperanza!....

Ese bálsamo, que cicatriza todas las heridas de un corazon llagado, no podia consolar en aquella ocasion el de la pobre Elvira, ni alentarlo en sus dolores; porque el hombre que la servia de amparo, con el prestigio del amor,

del saber y del respeto, habia alcanzado hacia ya tiempo, que la niña renunciara á su voluntad, aguardando resignada.

¡Pobre niña!....

Nada mas sabia sino que un poder desconocido influia en su suerte, y que ese poder la alejaba del mundo, la sujetaba á su voluntad poderosa y disponia de su porvenir.

Largo rato hacia que la niña absorta dejaba correr el tiempo, cuando giró la puerta de su compartimiento sobre sus goznes, impulsada por una mano trémula, y se presentó una muger octogenaria, vestida de estameña, y cubierta de blancas tocas, señal de duelo, que jamas abandonara en el transcurso de luengos años.

—Hija mia — la dijo la anciana acercándose; —las horas de la noche avanzan, y tus cansadas fuerzas menester han del reposo. ¿Por qué no has llamado ya á tu Obeca, pidiéndola el desnudar para recogerte en el lecho? Por ventura ¿te aflige alguna pena? Dime, vida de mi alma; ¿has oido acaso al *coblakari* en el silencio de las sombras, y sus cantos

han sido lúgubres como el graznido de la graja, y tristes como el lamento de la tórtola? ¿Qué pesar desconocido te aqueja?

La niña, por toda respuesta, fijó su mirada en Obeca de una manera lánguida y penosa, y de sus ojos humedecidos brotaron lágrimas, que rodaron por sus megillas.

Luego, como si un pensamiento penoso se hubiera apoderado de su razon, atormentándola con siniestras imágenes, y revelando en la contraccion de sus músculos y en la expresion indefinible de su mirada el esfuerzo angustioso del alma, dijo:

—¡Ay, Obeca! ¡Nunca mas la vida de tu vida soñará dichosa! ¡Ya mas el ángel de la noche no cernerá sobre mi frente sus plateadas alas, llevándome enagenada al mundo de las delicias! ¡Jamas mis manos, estremecidas por el placer que conturba el alma, empezarán á hilar la *meztidura* el dia de mis bodas!...

—¡Qué dices!—exclamó la anciana, abrazando á la niña con transportamiento doloroso.

—Tú has sido hoy presa de algun maleficio. ¿La mia menina; el alma de mi alma, pre-

sintiendo angustias en la aurora de la vida que solo alcanzan al corazon herido por el pecado? No; nunca, jamas será eso. Tú sonreirás; tú vivirás dichosa, y tus hijos y tus nietos se perpetuarán en muchas generaciones.

Estas palabras proféticas, apénas llegaron al corazon de Elvira, que, enagenado al dolor, no comprendia la causa misteriosa que alimentaba su pena.

Era esta tan intensa, y absorbia de tal manera á la niña, que, en aquellos instantes solo vivia para el dolor y por el dolor, sin saberse dar á sí propia cuenta de la causa que lo producia.

—No; nunca mas sonreiré dichosa—decia abstraida, desprendiéndose de los brazos de la anciana, y como si respondiera á sus propios pensamientos.

—¿Por qué?

—Mi vida es un misterio que nunca podré penetrar. Mi corazon todavía no ha sentido el dulcísimo fuego que una madre le comunica con su aliento, besando la boca de su hija

amada. Algunas noches..... muchas, he soñado con estas delicias; y siempre llegaba este gozo inefable cuando la pesada mano del sueño cerraba mis párpados. ¡Soñaba!.... pero, al fin, era dichosa.... ¡Qué importaba lo demas!... Soñaba delicias; y luego, cuando los primeros rayos del sol bañaban mi frente, dispertaba con pena, y..... esperaba..... esperaba con alegría á que las horas sepultaran el dia en el ocaso; porque las sombras con su misterio embriagaban mi alma de ventura.

—Y seguirás soñando, hoy como ayer, esa ventura; y mañana, como otras muchas veces has soñado. Y ¡quién sabe!... Esos sueños pudieran ser.....

—No; ya mas no soñaré con esos encantos. Oye bien, Obeca, y perdóname lo que voy á decirte..... Perdóname, por haber tenido mi secreto guardado tanto tiempo en el fondo de mi alma. ¡Has sido tú siempre para mí amorosa!.... Pero era yo tan feliz con mis sueños, que los velaba hasta de aquellos á quienes lo debo todo. Perdonadme los dos..... tú y ese hombre para mí venerable.

—Habla, hija mia, habla. ¿Por qué has callado hasta hoy?

—Porque hasta hoy el dolor se confundia con el placer, convirtiéndose en una melancolía inesplicable. Sufria y gozaba, Obeca. Mi corazon, ávido de ternura, sufria con su aislamiento, porque anhelaba las caricias de una madre que nunca he conocido, y estos anhelos le atormentaban, creando en su derredor el vacío. Gozaba en mi soledad, porque el alma, huyendo de las penas, soñaba delicias, y no parecia sino que el pensamiento rompia los lazos que lo sujetan á la tierra, y se transportaba á las regiones celestiales. Yo no sabré decirlo cómo; pero en estos sueños, en que mi alma se perdia en la inmensidad, se confundia la imágen de un gallardo mancebo..... imágen que tal vez adivinó mi fantasía..... ¡que acaso vieron mis ojos, sin saberlo mi razon, en el mundo de la realidad!

—¿Has reparado, por ventura, en algun mancebo del valle?

—Sí.

—¿Y qué mal hay en ello, si la gentileza del cuerpo revela su hidalguía? Porque será hidalgo, ¿no es verdad?

—¡Oh! sí: es apuesto como ningun otro, y mi corazon adivina su linaje esclarecido.

—Entónces.....

La niña movió tristemente la cabeza, é interrumpiendo á Obeca, continuó:

—Nunca se acercó á mí: solo le habia visto de lejos..... y supe su nombre. Mas hoy, al morir la tarde, cuando la luna empezaba á platear las rocas y las selvas, despues que el último suspiro de la campana del valle se apagaba en los senos de las montañas con la última plegaria, he salido á la puerta de la torre. Mucho tiempo habia, sin duda, que soñaba, porque la luna resplandecia con todo su brillo, cuando he dispertado á una voz dulcísima, que pronunciaba mi nombre..... Era Hernan, que venia á decirme todo su amor y todas sus esperanzas..... Yo le escuchaba; y, despues de decirle tambien todo mi amor, se alejaba de mi lado, quizas para siempre.....

—¡Oh, no!

—Sí, Obeca: para siempre..... me lo dice el corazon. Se alejaba de mí con pena, cuando he reparado en la maga bienhechora, que muchas veces he visto velando mi sueño. Y la maga lloraba, sin duda, mi desdicha, porque sus manos enjugaban las lágrimas que rodaban por sus megillas..... Luego, no sé por qué, con terror instintivo he mirado hácia el valle, y allí, una sombra negra, informe, se revolvia con furia, y lanzaba un rugido frenético, que solo puede salir del pecho de un condenado á las penas eternas.

En aquel momento la niña se interrumpió estremecida convulsivamente, y la anciana permaneció muda de asombro.

Desde el pie mismo de la torre, tan temida por todos, se alzaba una voz varonil, fresca y vibrante, entonando una endecha, impregnada de ese acento monótono, dulcemente melancólico, que los hijos de las montañas comunican á sus cantos primitivos.

La audacia del *coblakari* no conocia límites.

Acercarse á la torre visitada por la hechicera, en el silencio de la noche, era

provocar á todo el poder de los espíritus temidos.

Honda debia ser su pena; poderosa la fuerza que le arrastraba á aquellos sitios, cuando lanzaba sus quejas al viento, sin temor de ser aniquilado.

Y lanzaba sus quejas con todo el sentimiento de la pasion, que acompaña al canto eúscaro.

Hé aquí un pálido remedo:

¡Ay, madre, la mi madre,
que nunca he conocido!
¿Por qué no me respondes?
Ven, la mi madre, que te llama tu hijo.
Ansia sufro de muerte;
amor es mi martirio
por un ángel que adoro.....
y el ángel ¡ay! tambien adora á tu hijo.
Y, ciegas las estrellas,
me apartan del bien mio.....
¡Ay madre! si tú puedes,
tuerce de las estrellas el mal sino.
¡Ay, la mi madre! ¡Madre
que yo no he conocido!....
si vieras cómo rompe
la pena el corazon que diste al hijo!....

La trova del cantor temerario cesó, interrumpida por un quejido lastimero, acompañado de un bramido feroz, que repitieron muchas veces los ecos de las montañas.

Elvira, al escuchar el lamento, precipitóse fuera de la torre.

Junto á la ferrada puerta, Hernan yacia tendido sin dar señales de vida.

Nubláronse los ojos de la niña; sus pasos vacilaron, y cayó desvanecida.

Momentos despues, el hombre misterioso de Zalgogaray levantaba en sus brazos á Hernan, sin saber que Elvira habia desaparecido.

IV.

En los dias que van relatándose, del año de gracia 1124, el castillo de *Berajuan* todavía no llevaba este nombre, y solo era conocido con el de *Turrion*.

Y lo llamaban asi los sencillos habitantes del valle de Aramayona, porque para ellos su fábrica era un portento del arte.

Habia transcurrido poco mas de una centuria desde que un guerrero de la Franconia, forrado de hierro, hubo atravesado la Galia con su caballo, su lanza y su maza, y unídose á las mesnadas de los Señores de Vizcaya y Alava para ganar su espada en la trabajosa obra de la reconquista de España, estimulado

por las espirituales gracias que concedian los Vicarios de San Pedro á los que tomaban parte en la santa empresa, y por la esperanza de logro con que brindaban los encuentros y batallas.

Y fué tan venturoso el guerrero, que quiso su buena estrella que tropezase con la mesnada del valle de Aramayona.

Y se distinguió tanto en una y otra y repetidas empresas, que, ademas del rico botin, se ganó la estima de sus hermanos en armas.

Y le aclamaron su adalid, y ciñó espada, y le dieron solar donde pudiera levantar una torre.

El guerrero de la Franconia hizo levantar su torre, y eligió muger de entre las hijas del valle.

Todos aplaudieron su eleccion, menos las doncellas, que, considerándose con títulos para merecerla, se creyeron postergadas por el guerrero.

Pero estas disimularon cautamente su despecho; porque todos, como va dicho, celebraban el suceso.

Y el guerrero vivió feliz, querido y reverenciado de todos.

Y salia á la puerta de su torre; y allí, bajo el roble secular, oia las demandas, y dirimia las contiendas, y todos respetaban sus juicios.

Y en los dias consagrados al descanso, se reunia toda la comarca en la pradería de la torre, y platicaba sosegado el guerrero con los ancianos del valle, miéntras los mancebos danzaban con las doncellas al compas del silbato y tamborino, y los *coblákaris* improvisaban sus cantos en honor de los hechos de armas que habian llevado á cabo sus mesnadas.

El guerrero de la Franconia vivió feliz, y alcanzó largos dias de ventura, rodeado de respetos y cariño, y murió en vejez muy avanzada, llorado por todos los habitantes del valle.

Mas, como todas las dichas de este mundo tienen su dejo amargo, el guerrero de la Franconia hubo tambien de catarlo, en medio de sus complacencias, especialmente en el último tercio de su vida.

Dios, en sus inescrutables designios, habia querido, sin duda, probar la virtud del guerrero, y fué llevándole para sí, primero uno á uno, á todos sus hijos, y, por último, á su muger, que era la panacea para todas las miserias del valle.

El guerrero, en santa resignacion, sufrió estos dolores; pero quiso templarlos, valiéndose de los humanos medios, que, casi siempre, son fallidos y solo sirven para aumentar las que la ciega razon considera desdichas.

Para esto, hacia cerca de cincuenta años en lo que va de esta historia, y diez ántes de morir el guerrero venturoso, que hizo venir desde la Franconia á un niño, su deudo, huérfano y sin amparo, en la esperanza de formar con él una nueva familia, que le sirviera de báculo en la vejez.

Este niño se llamaba Ivan, como aquel que lo prohijara, y fué conocido con el nombre de Ivan Ivando.

Ivan Ivando era avieso; y, á medida que adelantaba en años, iba tambien creciendo en perversa malicia.

Y el guerrero, presintiendo esta nueva desventura, hizo que Ivan Ivando, ya adolescente, tomase parte en las empresas de armas, esperando que las fatigas y los peligros despertarian su valor, y ahogarian en su corazon el gérmen de los malos instintos.

Afortunadamente para el guerrero, durmióse en el seno de Dios, ántes que conociese toda la protervia de su ahijado, que heredó las armas y la torre, los caballos, los perros, los halcones, los siervos y los tesoros; en fin, todo, menos los respetos y el amor que el guerrero se habia ganado con sus virtudes.

Los habitantes del valle despreciaron tanto al ahijado, á pesar de sus riquezas, como habian venerado al que supo conquistarlas con su esfuerzo, aumentarlas con sus cuidados y conservarlas haciendo beneficios inmensos.

Dolió mucho á Ivan Ivando la falta de los respetos, sin parar miéntes en que carecia de las virtudes necesarias para merecerlos.

Pero quiso conseguirlos, y pensó la manera.

Ivan Ivando juzgó mal.

Pensó que si se le iba de las manos el poderío que alcanzara en su vida el guerrero, podria rescatarlo con voluntad indomable, haciendo sentir toda la fuerza de su brazo y la tirana opresion del magnate.

Para esto, llamó de Estivalez á un judío alarife, que añadiese á su torre nuevos y espaciosos cuarteles, y encerrase todo en círculo de fuerte defensa, con fosos, escarpas, empalizadas, puentes y muros, formando un castillo al uso de los germánicos, y modificando, segun estos, la construccion al capricho del alarife.

Y todo se hizo como deseara Ivan Ivando, que no conocia idea alguna de lo que era la patria, y solo queria defender su propio dominio de todos y contra todos.

Y allí se encerró con todo cuanto poseia, y con sus siervos, y con las mancebas que tenia para sus ocios.

Porque Ivan Ivando era descreido, y todos le aborrecian por su depravacion, y nunca pudo encontrar doncella en el valle que quisiera unirse á él por la santidad de la iglesia.

A pesar de todo su poderío y de toda su fuerza, Ivan Ivando se vió aislado en su castillo, y nadie reparaba en él, si no era para maldecirle.

Y no concurrian á su pradera los habitantes del valle á oir sus juicios, ni á pasar en dulce solaz los dias consagrados al reposo, como acontecia en tiempo del guerrero.

Ni tenia hueco que ocupar en la mesnada, ni menos era su adalid; y, solo con sus siervos, salia á hurtadas foragido para satisfacer sus malos designios.

Esto siempre acaecia en la oscuridad de la noche; y siempre volvia tambien, como ladron que era, envuelto en el misterio de las sombras.

Y no hacia sus algaradas contra los moros, que ya no eran fronteros, y sí contra los judíos, y aun contra los cristianos, donde podia sorprenderlos sin defensa.

Y así seguia viviendo Ivan Ivando habia luengos años en lo que va de esta historia, odiado y maldecido por todos los habitantes del valle.

V.

La primera tea de la noche estaba para terminar, y en el castillo de Turrion aun velaban todos sus siervos.

Cierto que la noche convidaba á la vigilia mas bien que al descanso, especialmente en el castillo, de cuyas almenas podia alcanzarse el cuadro portentoso que ofrecia la naturaleza.

Pero tambien es verdad, que entre todos sus habitantes no habia un solo corazon capaz de sentir las emociones que comunican estas maravillas; porque, hundidos todos en el inmundo cieno de las pasiones, estaban corrompidos.

Plateaba la luna de un modo uniforme y suave la próxima montaña de Aranguio con su inmenso bosque.

Corrian á muy corta distancia el limitado horizonte los descarnados picos de Amboto, que, iluminados tambien, parecian flotar en el espacio, cubierta su basa por tenues nubecillas formando mil caprichosos festones.

Y, por fin, las agrestes selvas de Albina hacian duro contraste, determinando sus cumbres, miéntras las sinuosidades de su cordillera se perdian en la oscuridad mas tenebrosa.

Luego, allá, en el fondo, innumerables reflejos de mil y mil cristalizaciones se confundian con las fantásticas formas de la bruma, que se desprendia de las cascadas precipitándose en el valle.

Aquel cuadro era un portento.

Parecia que la naturaleza se habia lanzado con abandono en los brazos del reposo, y que, en su profundo sueño, descubria inadvertida todos sus misteriosos encantos.

Del lóbrego seno de las tinieblas partia

débil rumor, que las auras negligentes llevaban en sus alas.

Suave, como la brisa que lo acariciaba, diríase que era el melancólico quejido del amante, llorando sus perdidas delicias, y que las hadas benéficas salian piadosas del seno de las ondas para adormecer la queja con sus alhagos; porque despues, solo se escuchaban suspiros, que al fin se apagaban.

Y todo volvia al silencio, y las hadas, abandonando el valle, se elevaban al espacio con sus transparentes gasas y fimbrias brillantes, y la luna trasmontaba, y solo quedaba el misterio, acompañado del pálido fulgor de las estrellas, para hacerlo con su claridad dudosa mas impenetrable.

Ninguna de estas maravillas veian los habitantes del castillo.

Miéntras en algunos de sus departimientos alumbraban las antorchas la crápula y la orgía, permanecian abandonadas sus murallas; y solo en uno de los cubos que defendian la poterna se hallaba un hombre de armas con su ballesta, junto á las enormes cadenas

que servian para el uso de la puente y el rastrillo.

Solo este hombre velaba la entrada; mas no era el único en el muro.

Allá, á la parte de occidente, en una de las almenas, hallábase tambien un guerrero con marcadas señales de impaciencia y sobresalto.

Cubierta su cabeza con un capacete de hierro, vestia coleto de ante, con menuda malla de acero sobrepuesta, y calzas atacadas, guarnidas de agudos acicates.

Los tibios rayos de la luna, ya próxima al ocaso, solo permitian determinar su gigante forma.

A juzgar por las cortadas frases que se escapaban de sus labios, se conocia que esperaba, y que abrigaba el temor de que sus esperanzas fuesen defraudadas por algun imprevisto acaecimiento.

—Confúndame el infierno, si el demonio no toma parte en lo que miran mis ojos y escuchan mis oidos—murmuraba, observando hácia el frente, con poco seguro y entrecortado acento.

Y frente de sí, como á dos tiros de ballesta, y dominándole, salvando la cañada, tenia á Zalgogaray, que, por los rayos refractos de la luna, parecia á mucho mas corta distancia.

Despues de algunos momentos de atencion y silencio, continuó:

—Sin duda, que en esa torre habitan los espíritus, y ese hombre ó es el mismo Satanas, ó le tiene vendida su ánima.

Otra vez se interrumpió, y otra vez siguió declarando sus propios pensamientos, despues de consultar con una mirada á las estrellas:

—La noche ya declina, y será inútil que aguarde. Extraño es lo que hoy acontece. Nunca ha me dicho ESPERA, y ha desaparecido, sino PARTAMOS, y hemos cabalgado..... No sé por qué me inquieta hoy mas que otras veces lo que pasa en esa torre maldecida. Lo cierto es que me inquieta, y que temo nos alcance algo á nosotros.

Sobrábale razon al guerrero de la almena para impacientarse.

Contra toda costumbre, al empezar aquella noche, habíanle puesto de observacion en

aquel sitio determinado, esperando una señal.

Llevaba observando las dos primeras teas, y el aviso no llegaba.

Y esperando, tuvo ocasion de reparar en Zalgogaray acaecimientos, que no dejaron de llamar su atencion, algun tanto preocupada.

Porque en Zalgogaray, en aquel sitio tan temido por todos en el silencio de la noche, vió objetos que no pudo determinar, y le parecieron espíritus que tomaban cuerpo; que se movian y se agitaban en torno de la torre.

Despues oyó un rugido infernal, que salia de lo profundo de la barranca, y al mismo tiempo vió agitarse hácia aquella parte una sombra negra, informe, como si fuese la sombra de un condenado, lanzada por el infierno.

Y mas allá, vió á la hechicera, que lentamente bajaba, bajaba de la montaña, hasta que, al fin, desapareció en la torre.

Y luego, cuando parecia que todo habia vuelto al silencio y al reposo, oyó el canto de un *coblakari* sin duda, que en breve recibió del demonio su castigo, ahogando sus acentos.

Y de nuevo se agitaron las sombras, y sucedió otra vez el reposo.

Y cuando parecia que nada podia interrumpir la calma, allá, lejos, muy lejos, hácia Mariaca, sonó una bocina con inflexiones que le hicieron estremecer, despertando un recuerdo penoso.

Y una vez mas y otra vez sonó la bocina; y sus acentos se acercaban, y los ecos del valle los repetian ya con claridad en todas partes.

Y, al trasmontar la luna, la torre de Zalgogaray se iluminó con lumbre rogiza, y las sombras se agitaron otra vez en su torno.

Y, despues de todo esto, la hechicera, con una antorcha en la mano, salió de Zalgogaray.

Y no siguió primero hácia Mariaca, como solia, sino que se dirigió á las peñas de Amboto.

Todo esto vió el guerrero, que, falto de paciencia, y no sin sobresalto, se cansaba de esperar en la almena.

Ya no le quedaba duda de que era inútil permanecer allí mas tiempo, y abandonó la muralla.

Mas, al bajar la escarpa, agregó otra observacion á las muchas que habia alcanzado aquella noche.

Esta vez fué en el castillo donde fijó sus miradas, exclamando:

—¡Rayos y truenos me aniquilen! ¡Bien digo yo que han de alcanzar á nosotros los maleficios de esa torre, que confunda el infierno!....

El motivo que hacia vomitar al guerrero tales imprecaciones, estaba en lo mas alto de un torreon aislado, que se alzaba en medio de aquel agregado de cuerpos, mas ó menos unidos, pero guardados todos por una serie no interrumpida de formidables defensas, que servian de guarida á quien, no conociendo otra ley que su voluntad y su antojo, se habia rodeado de satélites humildes, sin nocion alguna de los fueros de la justicia.

Y el motivo era un pequeño ajimez iluminado.

Porque aquel pequeño ajimez pertenecia á un reducido compartimiento que nadie habitaba.

Por esto, y por otras causas conocidas del guerrero, pudo este abrigar el temor de que la torre de Zalgogaray ejercia para los del castillo fatal influjo, y que habia metido dentro de las murallas los espíritus.

Pero el guerrero era de ánimo feroz, templado en los peligros de temerarias empresas, y si bien no se hallaba con todo el valor necesario para luchar con poderes desconocidos, tampoco podia resolverse á respetarlos, sin probar mas de cerca la fuerza que alcanzaban y el misterio que envolvian sus tenebrosos conjuros.

El guerrero bajó la escarpa.

Siguió hácia su derecha toda la línea hasta llegar á la bóveda que formaba la poterna.

En ambos lados del muro habia dos arcos rebajados que daban entrada á dos cavernas.

La una estaba oscura, solitaria.

En la otra, alumbrada por una tea medio consumida, fija en el suelo, se veian hasta una docena de ballesteros, sumidos en el sueño mas profundo.

El guerrero asomó á la entrada de esta

caverna, y, despues de observar un momento el cuadro que ofrecia, fijando toda su atencion en uno de los durmientes mas próximos á la entrada, y, como si quisiera determinarlo con un gesto significativo, murmuró:

—Ahí está..... y no sabe nada.

Pasó un momento, reflexionando sin duda, y volvió á murmurar:

—Mi razon desatina, y no da con la causa.

Y despues de breves instantes, resolviendo sus dudas, dijo:

—Todo lo veré.

Y cruzó el patio de armas contiguo.

Luego una galería cubierta.

Y, por último, subió tres escalones de piedra, y desapareció por una puerta de medio punto, que, comunicándose con un laberinto de corredores y pasadizos, dirigia á los principales departimientos del castillo.

VI.

La galería cubierta que cruzara el guerrero servia de límite por uno de sus costados á un patio espacioso, donde solian cabalgar las lanzas que Ivan Ivando mantenia á su costa; ó, dicho de otro modo, á costa de los actos vandálicos que ejercia en las tierras mas ó menos comarcanas al valle.

La galería pudiera muy bien compararse á un claustro de las primitivas basílicas.

No lejos de la puerta que se hallaba en su fondo, y en uno de los corredores mas capaces, tenia la entrada el departimiento que mejor caracterizara el castillo de Turrion.

Era este departimiento un cuadrilongo in-

menso, de suelo apisonado, dividido en toda su extension por gruesos postes de roble, encajados en fuertes basas de piedra, para sostener á descomunal elevacion las enormes vigas, de roble tambien, que cruzaban la techumbre.

Dábanle luz, solo por un lado, pequeños ajimeces, abiertos á largas distancias en el último tercio de su altura, sin defensa contra los vientos y malos temporales.

Reparando en las paredes, se encontraba el mas abigarrado desórden.

Todos sus lienzos se veian cubiertos con pieles de osos, lobos, ciervos y mil alimañas, mezcladas confusamente con lanzas y ballestas, estoques y puñales, lorigas, cascos, broqueles y otros muchos objetos, cuyo uso es ya completamente desconocido.

Corrian el cuadrilongo escaños de roble, solo interrumpidos al pie del departimiento por el hueco que ocupaba la entrada, y allá, en el testero, por un lugar preeminente.

Delante de los escaños habia largas mesas, simétricamente colocadas.

En el lugar preeminente, un sillon forrado con cuero de Córdoba, detras de una mesa de regulares dimensiones.

Este era el sitio destinado para el señor del castillo, decorado, á manera de pabellon, con algunos estandartes.

En el centro levantaba como dos palmos del suelo un espacioso cuadro enlosado, donde ardia constantemente leña en abundancia, y donde constantemente se preparaban viandas para todos los habitantes del castillo, que no fueran los siervos, quienes tenian separados cuarteles.

A la sazon, en medio de este gran fogar solo se veia un monton de leña casi apagado, y, en dos de sus extremos, dos teas medio consumidas, pero que ardian, encajadas en los resquicios de las piedras.

Para terminar el bosquejo que ofrecia tan singular compartimiento en la última tea de la noche, que, por su fatal influjo, debiera recordar el ulterior destino de Turrion, podian añadirse unas cuantas odres arrimadas al pie de un poste, algunas jarras esparcidas por las

mesas entre restos de manjares abandonados, varios hombres de armas dormidos acá y acullá, y tres de estos, que ocupaban en vela el ángulo izquierdo del testero, esperando sin duda, y que entretenian el fastidio con pláticas sabrosas, mezcladas con sabrosos tragos del vino de Rioja.

Y eran sabrosas sus pláticas, porque murmuraban, y la murmuracion es el manjar mas deleitable para aquellos que, en cualquiera línea, se contemplan inferiores á los demas, siempre por desaguisados debidos á su mala fortuna, y nunca á su depravacion y malicia.

—Si no pensais otra cosa mejor, yo creo que es inútil que esperemos ya—dijo uno de los tres conmensales, de larga barba entrecana, pómulos prominentes, nariz un tanto aplastada y mirada torva, incapaz de revelar un sentimiento siquiera de compasion ó ternura.

—Yo esperaria, Millan, solo por ver si nuestros barruntos se aclaran—respondió uno de los otros dos, con tan feroz catadura como el primero.

—¡Por Barrabas, que tiene razon don Lope! —exclamó el tercero, que no iba en zaga á sus camaradas en aspecto, con tono balbuciente, que así pudiera ser socarrona zumba, como por abuso del nectar que tan á menudo paladeaban.

—Y yo digo al don bellaco, que si hasta ahora no soy don Lope, es porque comparto las empresas con follones y belitres.

—Como vos, don Lope.

—Como tú, malandrin que eres.

Y ambos á dos empuñaron sus dagas para arremeterse.

—¡Ira de Dios!—prorumpió Millan, levantándose y colocándose entre los contendientes con ademan amenazador.—Guarda esa daga, Lope; y tú, Marcelo, ata la lengua y acorta los tragos, que siempre serán tu pérdida. Ahora necesitamos unidos trabajar por nuestra cuenta y no reñir.

—Sea—dijo Lope, guardando su daga.

—Amen—añadió Marcelo, imitándole.

—Bien dices tú—continuó Millan, dirigiéndose á Lope.—Es preciso que sepamos la ver-

dad, y que de una vez para siempre acabemos con el imbécil Ivan Ivando; y que no estemos sujetos mas á los caprichos del presuntuoso Yago, que piensa muy necio heredarlo todo.

—Eso es lo que yo deseo—contestó Lope;—acabar de una vez con Ivan Ivando, y no recibir mas órdenes de Yago.

—Vosotros creeis que con mi aficion al vino no sirvo para maldita la cosa, y nunca habeis de confesar que, sin yo decirlo, jamas hubiérais sospechado la insensatez de Ivan Ivando, que nos hace perder tantas ocasiones de recoger botin y de alcanzar nuestros logros.

—Yo no negaré tu trascienda—contestó Lope.

—Sin tu perspicaz malicia—añadió Millan—no habríamos reparado sus torpezas. Desde que fuimos recudidos hace seis años por el auxilio que dieron nuestras lanzas al sitio trabajoso y toma de Zaragoza por el rey de Aragon Alfonso, nada provechoso hemos logrado, si no es alguna encelada contra cristianos pacíficos ó judíos tragineros; y aunque

nada de esto turba mi conciencia, quisiera mejor habérmelas con moros fronterizos, tropezando en sus algaradas, que con pazguatos que nunca recompensan lo bastante.

—Os digo que esa torre maldita lo tiene hechizado, y que las órdenes que Yago nos ha dado, al empezar la primera tea de esta noche, para que aguardásemos prevenidos de todas armas, no tienen otro motivo que los hechizos, cuando nosotros esperábamos, despues de tanta holganza, alguna descomunal empresa.

Yago, que no era otro sino el guerrero que habia pasado las dos primeras teas de la noche observando en una de las almenas que daban frente á Zalgogaray, se presentó á la sazon en la entrada del compartimiento.

Cruzólo en toda su extension, y se acercó á la mesa del ángulo izquierdo del testero, donde se concertaban los tres interlocutores.

Yago media una talla gigante, y su porte no carecia de nobleza.

De rostro aguileño, negra barba, pardos y hundidos ojos y pronunciadas facciones, re-

cibian estas un tono de dureza irresistible, comunicado por su fija y penetrante mirada, que la hacian en extremo severa las arqueadas cejas negras y largas pestañas que á menudo la entrevelaban.

Yago, despues de fijar una mirada intensa en los tres hombres de armas, les dijo con tono muy acentuado:

—Esperábais, murmurando.

—Sí—contestó Lope.

—Y hemos esperado hoy para siempre.

—No te comprendo, Millan.

—O no quieres comprenderme.

—Sea así como tú dices.

Y hubo un momento de silencio.

Pero Marcelo, á quien el vino le hacia aquella noche mas comunicativo y franco que lo de costumbre, lo interrumpió, dirigiéndose á Yago:

—La verdad es que estamos ya cansados de perder tantas ocasiones en que pudiéramos conseguir nuestro negocio, poniendo las manos en buena masa; que no queremos recibir mas órdenes de quien así se olvida de nuestra

medra, como si todo nos sobrara, y que mañana, sin esperar mas, levantamos nuestro homenage á Ivan Ivando.

—Todavía esperareis — replicó Yago, con acento de conviccion y firmeza.

—¡Por las tripas del demonio! — exclamó Millan, montando en ira — que Marcelo dice bien, y no esperarémos mas para separarnos de nuestro pleito.

—Cálmate, Millan, y hablemos en razon, sin que otros se aperciban; que no es tiempo este de venir á las manos.

A pesar de las murmuraciones y de las quejas que Millan, Lope y Marcelo tuvieran contra Yago, era tal el prestigio que ejercia sobre ellos, como sobre todos los que le rodeaban, que no pudieron menos de disponerse á oirle casi con sumision, al ver la actitud dominante y la seguridad con que desafiaba su disposicion agresiva.

—Como espero yo, esperareis vosotros— continuó Yago. — Tambien yo estoy cansado de ver el mal camino que desde hace algun tiempo lleva Ivan Ivando, y pronto dejaré su

castillo, ántes que el poder del infierno lo destruya.

Los tres permanecieron mudos de asombro, y reconcentraron toda su atencion para oir á Yago, que siguió:

—Bien recordareis la última cabalgada que hicimos hace poco mas de tres años en las tierras de Rioja, al abrigo de las discordias que mantenian entónces los reyes de Aragon y Castilla. Nunca olvidaré la noche que, al pie de la sierra, dando vista á Lagoarda, sorprendimos unas pobres viviendas que dejamos destruidas, despues de cometer desaguisados horribles.

—Yo lo creo que tienes motivo para recordarla, Yago—observó Lope.

—Mas de lo que os podeis figurar. Aquella noche acaba de levantarse del abismo de lo pasado con todos sus recuerdos amargos, repitiendo las maldiciones que el genio de la venganza lanzó contra nosotros.

—¡Qué dices!—exclamaron los tres, como impulsados por un sacudimiento eléctrico.

—Nunca quise deciros lo que vais á saber

ahora. Cuando los almogáraves acudieron á la defensa de sus míseros asilos, y cuando en la confusion de las tinieblas caí con mi caballo, miéntras vosotros os encomendábais á la huida, ví á un adalid de aquellos guerreros feroces llegar junto al sitio donde me habia arrastrado para ocultarme. La rabia y la desesperacion de aquel hombre fueron terribles, y llegaron á su colmo cuando, en medio del desastre, tropezó con los cadáveres de dos mancebas, que por su estado revelaban los atropellos que se habian cometido. En el mismo parage advirtió una adarga abandonada, que examinó á la rojiza luz del incendio. Era la de Ivan Ivando, y la reconoció sin duda con el poder que le daban los espíritus, porque prorumpió en maldiciones, y juró saciar su venganza.

—Todavía no encuentro motivo para tanta inquietud—observó Lope.—Han corrido mas de tres años desde entónces, y al adalid que tú dices se lo habrá tragado ya el infierno.

—El terrible adalid de aquella noche mal-

dita acaba de llegar á la torre de Zalgogaray, que Dios aniquile.

—¿Cómo sabes tú eso?

—He conocido su bocina.

—No puede ser.

—Juro que sí, por todo el poder del demonio. Fueron para mí horrorosos momentos de angustia los que pasé aquella noche, con todos los accidentes que sobrevinieron, para que puedan borrarse jamas de la memoria. La misma bocina que oí entónces llamando á los almogáraves, he oido hace poco llamando en Zalgogaray.

—¿Y tú crees que ese hombre pueda destruirnos?

—Creo que ese hombre cumplirá su juramento y alcanzará su venganza.

—Nunca te he visto con ánimo tan decaido, Yago; y para no pensar en un imposible creyendo que te falta el valor, temo que haya trastornado tu razon algun maleficio.

—Sabes, Millan, que sé arrostrar á la muerte y afrontar los peligros.

—Lo sé bien, y por eso me confunden tus temores.

—Mis temores los causan sucesos extraordinarios que no acierto á esplicarme, y que tampoco sabreis esplicar vosotros.

—Veamos.

—Aquella noche ví al terrible adalid de los almogáraves lanzarse en medio del incendio de una de las viviendas, invocando á todo el poder de las regiones infernales para saciar su venganza; y los mismos espíritus á quienes llamaba acudieron en su auxilio y le revelaron los medios de conseguirla.

—Si fuera así—observó Marcelo—tiempo ha tenido de sobra para encontrarnos, sabiendo nuestra manida.

—¿Y quién te dice que hace tiempo no estan alcanzándonos sus conjuros? Poco despues de estos sucesos, Ivan Ivando abandonó las empresas, y todas las noches le he visto arrastrarse hácia Zalgogaray, como si un poder desconocido le obligara á marchar á su ruina. Y por si todo esto no fuera bastante para abrigar temores de que intervengan los espíritus, esta noche han ocurrido sucesos que no dejan lugar á la duda.

Todos tres reconcentraron mas y mas su atencion.

Yago continuó:

—Antes de empezar la primera tea, Ivan Ivando ha ordenado que aguardarais vosotros aquí prevenidos para el aviso, miéntras yo observaba en una de las almenas de poniente, esperando la señal de su bocina. Dominando á Zalgogaray, he visto en lo último de la torre la lumbre rojiza; en su torno se han agitado las sombras; la hechicera la ha visitado; en el fondo de la barranca se han oido rugidos feroces, y, al terminar la segunda tea, se ha dejado sentir á lo lejos la infernal bocina del adalid almogárave, que ha venido acercándose hasta llegar á la torre, lanzando hácia esta parte su último sonido, como si nos anunciara el término de su venganza.

—La verdad es, Yago—dijo Millan—que todo lo que tú vas refiriendo es extraordinario, y que nosotros habíamos observado tambien el mal camino que Ivan Ivando está siguiendo desde hace mucho tiempo, arrastrado en sus pensamientos por esa torre maldecida.

—Pues no he concluido aun.

—¿Todavía ocurre alguna otra cosa?

—Al terminar la segunda tea, despues de la venida del almogárave á Zalgogaray, y cuando estaba ya convencido de que la señal de Ivan Ivando no llegaria, he abandonado la almena; y, al bajar la escarpa, se ha ofrecido á mi vista iluminado el último ajimez de nuestra torre. Vosotros sabeis que esa parte del castillo nadie la habita desde que murió en ella el guerrero que con su valor supo fundarla.

—Dime, Yago, ¿andará Cuzcuz en el negocio? Porque ya sabes que en mas de una ocasion ese podenco ha prestado á Ivan Ivando ciertos servicios.

—Confieso que he tenido la misma sospecha; pero por esta vez ambos á dos nos hemos equivocado, Marcelo. He llegado hasta la poterna, y Cuzcuz dormia en profundo sueño, como los demas ballesteros. Despues he sabido que aquel puesto no lo habia dejado en toda la noche.

—Pues si no ha sido ese, habrá sido otro

quien haya puesto manos en el asunto.

—Es que en el asunto no ha podido andar ese ni nadie.

—¡Cómo! —dijeron los tres admirándose.

—Como lo ois.

—Esplícate.

—Tengo la certidumbre de que la puerta de hierro de la torre, que ha permanecido cerrada tantos años, no se ha abierto tampoco esta noche; y puedo tambien aseguraros, que la torre no tiene otra subida si no es la que comunica con la puerta.

—Es verdad.

—¿Y de qué manera te esplicas el suceso?

—Yo no acierto á esplicarlo.

—Yo tampoco.

—Ni yo.

—Amigos —dijo Marcelo —puesto que el diablo se nos entra en el castillo por los aires, soy de parecer que alcemos nuestra parte, y que lo dejemos en plena posesion de su dominio. Yo creo que Ivan Ivando, una vez asociado con el infierno, para nada necesita los tesoros que guarda.

—Debemos esperar aun, y salvar, si podemos, á Ivan Ivando. Advertidos, como nos hallamos, no veo en ello gran peligro.

Millan y Lope, contra el parecer de Marcelo, que desde luego queria poner á saco el castillo, convinieron con Yago en que esperarian hasta averiguar, si era posible, el misterio de la torre, y las intenciones del almogárave que habia llegado aquella noche á Zalgogaray; y que, en vista de los sucesos, obrarian, siempre de acuerdo, asintiendo, por fin, á todo Marcelo, no con mucho contentamiento.

Despues que acordaron sus planes, dijo Yago:

—Ahora separémosnos.

—Trabajando cada uno por su lado—acentuó Marcelo.

—Convenido—respondió Yago.

—Conformes—añadieron los otros.

Y los cuatro salieron del compartimiento en paz y en gracia del demonio.

VII.

Yago no se hallaba en disposicion de entregarse al descanso.

Preocupado su ánimo con los sucesos de aquella noche, que estaba para terminar, habíanse despertado en su imaginacion penosos recuerdos.

Yago era, si decirse puede así, una encarnacion de su época; esto es, el hombre que, en la contínua necesidad de la agresion y de la defensa, solo reconocia el derecho del mas fuerte.

Para Yago todos los respetos humanos callaban, cuando no tenian poder bastante para hacerse acatar.

Su voluntad era de hierro; incapaz de rendirse á los trabajos ni á los peligros, si se trataba de repeler una agresion ó de combatirla.

Pero esta voluntad poderosa se veia reducida á la impotencia mas absoluta desde el momento en que, deslumbrada la razon, no le prestaba su ayuda.

Porque la razon, entónces, se perdia en el mundo de los fenómenos con la misma facilidad que se extravía ahora en el de la especulativa, orgullosa con poder explicar las causas que en otro tiempo no pudo conocer.

Entónces la razon, dormida en los brazos de la fé, exageraba sus creencias, llevándolas hasta el fanatismo, miéntras que hoy las desprecia y abandona, cuando no las conculca y olvida.

Con esto se comprenderá lo que resta decir.

Yago tenia miedo.

Tenia miedo á los espíritus, evocados por el genio de la venganza; y su conciencia, aprovechando aquellos momentos, levantaba la voz para acusarle.

En tal situacion, Yago se perdió en un verdadero laberinto de corredores y patios; y, al llegar á una galería determinada, paróse delante de una puerta de roble, guarnida de chapas de hierro, y observó algunos instantes aplicando su oido á la cerradura.

—Todo cuanto sucede esta noche es incomprensible—dijo para sí.—Ivan Ivando no está en su cámara, y tampoco ha salido del castillo. ¡Oh! yo averiguaré esto, aunque me trague el infierno.

Yago no estaba muy seguro de su propósito, por la sencilla razon que habia de habérselas con los diablos y sus conjuros.

Sin embargo, abandonó aquel sitio, resuelto á ir hasta donde pudiera en sus pesquisas.

Empezaba ya la hora de prima.

Miéntras que Yago y sus conmensales trataban de averiguar, cada uno por su lado, la causa de aquellos sucesos, bueno será penetrar en la cámara de Ivan Ivando.

Era esta un cuadrilongo de espaciosas dimensiones, y un friso de nogal corria sus

lienzos, adornados con vestes, armas, bocinas y banderas.

Su menage lo constituia una cama disforme en uno de los ángulos, algunos escaños, unas cuantas sillas forradas con cuero de Córdoba y una gran mesa, llena de varios objetos.

La luz recibia por elevados ajimeces.

El compartimiento, á la sazon, estaba desierto, y la puerta tenia encajado en sus anillos un enorme cerrojo.

Poco rato despues que observara Yago por la parte de afuera, y que se hubo ausentado de aquellos parages, un ruido leve dejóse oir hácia el ángulo que ocupaba la cama.

Una puerta secreta, perfectamente disimulada á la altura del friso, se abria, girando sobre sus goznes.

En aquella entrada, primero asomó un hombre la cabeza, cubierta con un capacete de hierro; despues apoyó sus manos en el borde inferior del marco, y la salvó de una manera rápida y violenta, sin que le embarazaran ni la menuda malla de acero sobre-

puesta al coleto de ante, ni las calzas atacadas que vestia.

Quien así entraba de esta manera furtiva en la cámara del señor del castillo, era su propio dueño, único entre todos sus habitantes que conocia aquel paso secreto, hundido en las entrañas de las rocas para comunicarse con el fondo del valle.

Ivan Ivando no desmentia su orígen.

Su estatura era elevada.

Contaba mas de media centuria, y, sin embargo, la vida de merodeos y de empresas, á que contínuamente se dedicara, habia conservado su cuerpo robusto, y latia su corazon á impulso de las pasiones con la misma vehemencia que en los años de la primera juventud.

Su barba rubia estaba salpicada de canas de una manera aun poco perceptible.

Sus pequeños ojos garzos tenian algo de la traidora mirada de las aves de rapiña.

Contemplando en conjunto todas sus facciones de una regularidad perfecta, se experimentaba esa repulsion instintiva que

muchas veces se hace sentir, sin que pueda explicarse la causa que la produce.

Ivan Ivando cerró cuidadosamente la puerta secreta, y, con descomunales pasos, agitóse recorriendo la estancia.

Su razon parecia perturbada, y su mirada, vagando de un modo indefinible, buscaba á veces en el espacio un punto imaginario, como si necesitase un objeto para esclarecer sus ideas y resolver las dudas que conturbaban su alma.

—Sí—murmuró en uno de aquellos momentos de extravío;—al fin, la tengo en mi poder..... soy su dueño..... y ese hombre maldito no podrá ya arrebatármela.... no; aunque disponga de todos los espíritus.

Por algun tiempo solo se oyeron sus pisadas.

Luego, como si acabara de resolverse, desechando todas las dudas y los temores, dijo:

—Sí, sí; esto es: si él puede mas que otros hombres con su ciencia maldita, yo compraré mis placeres al infierno.

Y se dejó caer en una silla de brazos que

habia junto á la mesa, experimentando un sacudimiento nervioso, que lo llevó al estado de postracion mas deplorable, sobreviniendo, al cabo, un sueño letárgico.

Corrió así toda la hora de prima, y aun la de tercia habia rato que comenzara, cuando Ivan Ivando fué dispertado con los golpes repetidos que sonaban á la puerta de su cámara.

Ivan Ivando, despues de los primeros momentos de sopor, registró en su torno con una mirada; llamó en auxilio á todos sus últimos recuerdos, y luego, tratando de simular en su semblante la calma de que no gozaba su espíritu, abandonó la silla de brazos, se dirigió á la entrada, y franqueóla, descorriendo el enorme cerrojo de hierro.

Yago entró.

Ivan Ivando volvió á encajar el cerrojo en sus anillos, y fué á sentarse en la misma silla que acababa de abandonar.

Yago quedó en pie, frente al señor del castillo, observándole con expresion extraña, en la que tomaban parte el desprecio

y la compasion, la duda y el amor propio ofendido.

—¿Qué quieres, Yago?

—¿Tú me lo preguntas?

—Sí.

—¡Rara pregunta!

—¿Por qué?

—Tan singular, que no acierto con la respuesta.

—¡Cómo!

—¿Qué he de responder, si ya no te acuerdas de aquello que me ordenaste anoche al empezar la primera tea?

Yago no se equivocaba.

Ivan Ivando, fuertemente preocupado, tenia olvidadas, si no se las hubieran recordado, las prescripciones que él mismo hiciera, á pesar de relacionarse con los sucesos que habian sobrevenido aquella noche.

Ivan Ivando disimuló, y nadie hubiera podido apercibirse de un breve instante de turbacion ántes de contestar:

—Te dige que aguardarais, creyendo preparado un acometimiento. Despues lo medité;

ví que el suceso seria deplorable, y dormí en vez de cabalgar.

—Sin acordarte de que otros estaban preparados, y de que yo velaba en la almena.

—Es verdad; habreis de perdonarme este olvido.

Yago comprendió la reserva de Ivan Ivando, y su deseo de no pasar adelante; pero, resuelto como estaba á provocar una explicacion categórica, añadió:

—¿Sabes, Ivan Ivando, que no me pesa el haber pasado la noche en la almena?

—La noche convidaba á la vigilia con su calma.

—Y á prepararse para los sucesos que pudieran sobrevenir en nuestro daño.

—¿Qué dices, Yago?

—Digo, que en la torre vecina se halla el genio maldito que ha jurado acabar con nosotros.

—Imposible, Yago, imposible; ni él ni nadie lo sabe.

—Te equivocas; lo sabe todo.

Si Yago no hubiera estado tan impresiona-

do con sus temores á los poderes malignos, para los cuales no servia la fuerza de su brazo ni el brío de su corazon, no le fuera difícil comprender que Ivan Ivando se extraviaba en su respuesta.

Pero dominados entrambos, cada uno á su modo, por los sentimientos que rebosaban en su pecho, Yago continuó:

—El genio de la venganza ha llegado esta noche á Zalgogaray, y concluirá por destruir tu castillo.

—Pues bien, Yago; ha llegado tarde, y no le temo, porque su poder se estrellará en nuestras almenas.

—Ivan Ivando; yo no sé qué confianza loca venda tús ojos, no dejándote ver el peligro que nos amenaza. Hace mucho tiempo que abrigaba temores de que los espíritus ejercian sobre tí sus maleficios, y ahora no me queda duda alguna de que estas hechizado.

—¡Hechizado! —exclamó Ivan Ivando con asombro.

—Sí, hechizado; porque de otra manera no pueden explicarse tus acciones. Tú mismo no

sabes lo que pasa por tí. Tú mismo no comprendes por qué te apartas de Yago, de tu leal amigo, del que en todas ocasiones, en los peligros mas inminentes has visto siempre á tu lado, dispuesto siempre á sacrificarlo todo por tí. Tú recelas, desconfias, y cuando esto sucede, es porque tu alma ciega se ha entregado al infierno.

—No, Yago, no; yo no quiero separarme de vosotros.

—Hace mucho tiempo que te apartaron de nosotros tus torpezas.

—No, y mil veces no; yo no quiero apartarme.

—¿Y qué sirve que tú no quieras, si los espíritus te arrastran?

—No, no me arrastrarán.

—Díme, ¿por qué anoche diste aquellas órdenes como nunca las has dado? ¿Por qué, si las diste, no se llevaron á término? Díme, si puedes, ¿por qué mientes escusas, diciendo que anoche dormias, cuando al acabar la última tea todavía no te hallabas en tu cámara? ¿Puedes responderme á todo esto? ¿Sabes tú

mismo lo que anoche ha pasado en tu castillo y en la torre vecina? Dílo.

Ivan Ivando no pudo ya ocultar su confusion, ni el desórden de sus ideas, cuando intentó responder á las preguntas de Yago, que le observaba severo, con su dura mirada fija y tenaz, imposible de resistir.

En aquel momento, aquellos dos hombres simbolizaban el uno á la conciencia, levantando su voz impasible; el otro á la culpa, perdiéndose en el tenebroso abismo de las pasiones.

Ivan Ivando, por fin, habló:

—Yago; yo no sé qué es lo que tú quieres decirme; yo no sé qué clase de peligros nos amenaza, ni qué sucesos han ocurrido anoche en el castillo y^a^ en la torre vecina. Nada sé; y, sin embargo, no puedo ocultarte que me aterran tus pronósticos, y que en estos instantes siento en mi corazon el frio del espanto; porque veo que tú temes, y tú jamas has temido al poder de los hombres.

—No, nunca he temido al poder de los hombres; pero temo al de los espíritus.

—¿Y crees tú que el de los espíritus puede alcanzarnos?

—Sí; porque un hombre feroz hace tiempo que pactó con los espíritus para vengarse de nosotros.

—¿Cuándo?

—¿Te acuerdas de aquella noche que en Cantabria, al pie de la sierra, asaltamos aquellas viviendas de pastores?

—Sí.

—Recuerda cuando caí derrumbado con mi caballo, huyendo vosotros, sin advertirlo, al aproximarse los almogáraves.

—Recuerdo.

—Entónces perdiste tu adarga.

—Es verdad.

—Pues bien; un hombre terrible, el adalid de los almogáraves, la encontró en medio del incendio, junto á los cadáveres de dos mugeres, brutalmente mutilados, como si hubiera quedado allí, á su lado, para denunciar al bandido que habia atropellado por todo.

—¿Y qué importa eso?

—Aquel hombre era el padre de las man-

cebas: en medio de las llamas invocó al infierno para que le ayudase en su venganza, y el infierno le respondió, porque con la adarga en la mano pronunció tu nombre, lanzando un rugido que repitieron los senos de las rocas.

—¿Quién pudo enseñarle mi nombre?

—Ya te lo he dicho; el infierno.

—¿Y dices que ese hombre ha llegado á Zalgogaray?

—He reconocido su bocina.

—¿Y cómo, si sabia dónde me hallaba, ha tardado tanto?

—Sin duda, para hacer mas terrible su venganza.

—Imposible.

—¿Imposible dices?

—Sí.

—Hace mucho tiempo que empezó su venganza: ahora se aproxima su fin.

—¡Cómo!

—Hace mucho tiempo que te tiene hechizado: yo no sé de qué manera; pero te tiene hechizado.

—Yago; dí que es mentira todo eso que tú dices.

—Si no es así ¿sabes por qué de tiempos acá recatas tus acciones, y te olvidas de los que te rodean? ¿Qué misterios te obligan á abandonarlo todo y te arrastran hácia Zalgogaray?

—Déjame un dia mas con mi secreto. Mañana, si se presenta ese hombre tan terrible que sabe pactar con los espíritus, te lo revelaré todo. Deja que pase un solo dia, y, entónces, si es cierto lo que dices, tú me aconsejarás; tú me salvarás.

—Hasta mañana, Ivan Ivando.

—Hasta mañana, Yago.

VIII.

Pasó un dia y otro dia y muchos, y en el castillo de Berajuan no habia sucedido novedad alguna.

Yago vió correr el tiempo sin que sus fatídicos temores se convirtieran en realidad.

Ivan Ivando seguia encerrado en su silencio, y mas que nunca recataba sus acciones, y apénas se comunicaba con los suyos.

Yago, esperando los primeros dias la visita del adalid almogavar, nada habia dicho al señor del castillo, ni nada podia decirle que tuviera relacion con el deseo de averiguar el secreto que le ocultaba, porque Ivan Ivando

habíale anunciado que cuando se presentara el hombre tan terrible que sabia pactar con el infierno le revelaria todo, y aquel hombre tan temido no se presentaba.

Yago empezó á dudar de sus propios juicios; y, á la verdad, que, con menos conciencia de su valor, se hubiera avergonzado de sus manifestaciones.

Millan, Lope y Marcelo le recordaban á menudo sus pronósticos, y Yago, aunque flaqueaba en su fé, siempre les decia que aguardaran.

Y Millan y Lope y Marcelo esperaban.

Y, esperando, pasaron muchos dias, y cada vez se apartaban mas y mas de Ivan Ivando; y solo la conviccion de que todo lo tenian á su arbitrio les prestaba paciencia para aguardar los sucesos.

Y corria el mes de julio, y amaneció un dia en completa calma.

Dormida la brisa, ni aun siquiera agitaba las inclinadas espigas de las mieses, ni las tupidas frondas que, en inmenso bosque, cerraban la entrada de Ibarra.

Pero aquella calma presagiaba la tormenta.

El calor era sofocante, y la atmósfera pesaba como si fuese de plomo.

Los habitantes del valle acudian solícitos á sus faenas, y á la hora de vísperas tenian á buen recaudo sus haces y se retiraban presurosos ántes que el torbellino les cegara.

El azul del cielo habíase cubierto con las nubes que se desprendian de las montañas, y la inmensa peña de Amboto fué la primera que en sus senos desconocidos comprimió al tifon para redoblar su furia y lanzarlo tempestuoso en lo profundo del valle.

Y el relámpago y el trueno y raudales de lluvia, todo en horrible concierto, parecian preparados para acabar de una vez con aquella exuberante naturaleza.

Hasta que, al fin, la tempestad gastó sus fuerzas y enfrenó sus ímpetus, y solo restaba ya de su voz el impotente gemido, y de su aliento terrible vaporosa niebla cuando el sol trasmontaba.

Y llegó la noche sin luna y sin estrellas;

y al empezar la primera tea sonó una bocina á la parte afuera del castillo de Berajuan.

Y avisaron á Yago del suceso, porque Ivan Ivando, encerrado en su cámara, no queria comunicarse con nadie, y Yago suplia siempre la ausencia de Ivan Ivando, y ordenaba el castillo.

Yago acudió presuroso á la almena, y á la luz de un relámpago vió junto á la estacada á un hombre que llamaba otra vez con su bocina y que, á título de romero, demandaba hospedage por aquella noche.

Aunque la hospitalidad no era la virtud dominante en el castillo, y á pesar de que el acento de la bocina era desconocido, Yago, que experimentó un anhelo inesplicable al oir la humilde súplica del romero, mandó abatir la puente y subir el rastrillo, y al romero se le franqueó la poterna.

Esto era un acontecimiento en Berajuan, y todos lo celebraron.

Y condujeron al romero á la inmensa cámara, donde solian reunirse los servidores del castillo, y le colocaron junto al hogar, y

avivaron la lumbre para que secara su mojada túnica, y le dieron viandas.

Y hasta las meretrices se presentaron por aquella noche en el compartimiento, destinado solo á los hombres de armas, para oir los sucesos que habia de relatar el romero.

Larga era su barba, y blanca como la nieve.

Noble su rostro, y su inteligente mirada, á juzgar por un brevísimo instante de abandono, debia tomar una expresion feroz en los arrebatos de la ira.

Aquel hombre sabia, sin duda, sufrir, y sabia dominarse, cuando pudo disimular un sentimiento que solo brilló en sus ojos con la rapidez del relámpago, pero que llevó el estremecimiento á todo su sér.

—¿Tiemblas, extrangero?.... no será de frio? —le interrogó Yago, que, sin poderlo evitar, sentia la fascinacion del romero y observaba sus acciones desde apartada distancia.

—No lo extrañes: he sufrido en la montaña todo el rigor de la tormenta, y mis miembros, ateridos con la lluvia, y mis fuerzas, debilita-

das por la fatiga, sienten reparadores consuelos con la lumbre amorosa y con las viandas, y me estremezco de placer.

Dió tal acento de ingenuidad á sus palabras el romero, que Marcelo, el bandido mas incapaz de experimentar un sentimiento piadoso, le sirvió una jarra con vino, diciendo:

—Concluye de repararte.

Despues que el romero hubo bebido, añadió Marcelo:

—Ahora refiérenos historias, y canta algun romance que cautive la atencion de este noble auditorio.

—Respóndeme primero: ¿cuál de vosotros es el noble señor de este castillo?

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Para pronunciar su nombre, bendiciendo la misericordia.

Marcelo, á quien, como de costumbre, el vino iba desatando la lengua, contestó:

—Pues es el caso, que podrás bendecir al infierno, si te place, y ello seria lo mismo que bendecir al señor de este castillo.

—¿Por qué?

—Porque el señor no está presente, y te albergas sin su noticia.

—¿No me albergara, por ventura, á saberlo el dueño?

—No.

—¿Dices que no?

—Digo que no, porque Ivan Ivando no necesita que le relaten historias, ni que le canten romances: hartas cantinelas tiene con los espíritus.

—Asombro me causa el oirte. ¡El señor de este castillo entregado á los ángeles malos!

—Ni mas ni menos; y esto te digo para que sepas que, si has de entretener la atencion de los que te rodean, es preciso que refieras muchas maravillas, porque, acostumbrados á la vecindad de los diablos, nada nos sorprenderá como no sea estupendo.

—Sin embargo, puedo maravillaros.

—Mucho presumes.

—Mucho valen mis historias.

—¿Son de remotos tiempos?

—Empiezan en nuestra era.

—¿Y de tierras remotas?

—Abarcan espacios inmensos.

—A luengas vías, luengas mentiras.

—Escucharán tus oidos y juzgará tu conciencia.

—Habla, pues.

Todos estrecharon mas y mas los grupos que formaban en torno del romero, excitados en su curiosidad vivamente con las últimas palabras.

Todos se disponian á oir en respetuoso silencio, cuando Yago, que seguia observando, dijo:

—Extrangero, ¿á dónde te llevan tus votos?

—Aquí.

—¿Aquí?

—Sí, á este valle.

—¿Penitente?

—No.

—¿Y te llamas romero?

—Vengo de Roma.

—¿A qué vienes?

—A traer la paz de Dios y su justicia.

—¿Para quién?

—La paz para un mártir.

—¿Y la justicia?

—Dios hablará en su juicio.

Yago, seguro de obligar al romero á ser mas esplícito ántes que abandonara el castillo, no pasó adelante, contentándose con añadir:

—Tambien pudiera hablar el infierno.

—Cierto, que tambien el infierno, á veces, tiene sus manifestaciones, cuando se apodera de nuestros malos instintos, y obra por su medio.

—¿Lo crees tú así? ¿Crees que los espíritus puedan tomar parte en las acciones humanas y ayudar á sus obras?

—Vaya si lo creo.

Yago sintió desconocida angustia, desapercibida para todos, menos para el romero, que continuó:

—¿Cómo se esplicarian algunas historias, sin la intervencion de los ángeles malditos? Imposible. Yo sé de una, en que el infierno ha empleado toda su fuerza para truncar los destinos.

—Dila, dila; refiere esa historia—exclama-

ron todos los que le escuchaban, movidos por un mismo deseo.

El romero, entónces, empezó la narracion de esta manera:

«Hace mas de cuarenta años que un hombre abandonó la esteva, uniéndose á las mesnadas del conde don Lope, señor de Alava y Vizcaya.

»Sin duda, el infierno, que tanta participacion tuvo despues en todos los sucesos de su vida, le alentó en su designio; porque aquel hombre, en las primicias de la juventud, fué sordo á los ruegos de sus padres ancianos, que imploraban su apoyo en los últimos tiempos de su vida.

»Los padres murieron en desamparo, bendiciendo á su hijo.

»El hijo, con tardío pesar, gustó la hiel que lleva consigo el remordimiento.

»Y el esfuerzo de la desesperacion le arrojó á lo mas temerario de las batallas, y todos apellidaban el brioso y el denodado á quien, no teniendo valor para luchar con su conciencia, buscaba la muerte, sin que jamas

la muerte quisiera recibirlo en su regazo.

»Era una noche en que Dios quiso derramar el bálsamo de la esperanza en los reales de Alfonso á la vista de Toledo, prometiendo á los cristianos la victoria.

»Aquel hombre velaba, y sus fuerzas, agotadas por el hambre y la fatiga, se rindieron al sueño, cuando la divina clemencia permitió que el ángel de la paz depositara todos los tesoros de la gracia en su espíritu conturbado.

»Porque vió á sus padres que desde el cielo le perdonaban y bendecian, alentándole para proseguir en aquella empresa, trabajada en servicio de Dios.

»Al lucir la aurora, le dispertaron de aquel delicioso ensueño las voces de los clarines que llamaban á cabalgar para repeler la última algarada de los moros.

»Y fué tanta su audacia, y tanta su fortuna, que coronó sus hazañas conquistando el estandarte mas preciado de las huestes agarenas.

»Y llegó el dia de San Urban, y con su

preciada enseña guió la escuadra del rey y señor á su entrada en Toledo.

»Y al pasar por la puerta de Visagra, desvanecido con su honra, reparó por acaso en una vieja, hechicera sin duda, que contemplándole exclamaba: — «Gallardo es el mancebo: garrido y con ventura. Lástima que torcérsele há pronto: ántes que el nuevo sol amanezca.»

»El mancebo rió del vaticinio.

»Por la noche, hospedaba con los suyos en la mayor mezquita; y, sin temor á los conjuros, se entregaba al reposo en parage apartado, cuando de improviso vió en su torno aparecidos que, á la dudosa luz de amortiguada lámpara, querian, sujetando su brio, apagar su aliento.

»El mancebo cumplió como bueno, acuchillando en silencio con su tizona á los fantasmas, hasta ahuyentar despavoridos á los que no entregaron sus ánimas al infierno.

»Al siguiente dia, un tumulto de los moros puso en grave riesgo la conquista; porque exasperados los vencidos con la profanacion

de su mezquita, y con la muerte del alfaquí y de los delhíes mas venerados, clamaban venganza.

»Y era que el mancebo tenia en su poder el estandarte santo del pueblo agareno, ganado en buena lid, y querian arrebatárselo.

»Irritado Alfonso de que hubiese uno que, con lo que él juzgaba atropello, comprometiera su victoria, mandó degollar al mancebo.

»Peranzules evitó el desman, poniéndolo en seguro.

»La profecía de la hechicera habíase cumplido.

»Torcióse la ventura del mancebo ántes que el nuevo sol alumbrara.

»Y abandonó los reales de su señor, y tomó rumbo para las tierras de Alavâ; y llegó, por fin, á Adurzaha, junto á Gastehiz, y allí diéronle por muger á una doncella, ejemplar en virtudes, que le hacia dichoso.

»Poco le duró tambien esta nueva ventura.

»Corrió algun tiempo, y el castellano de Gastehiz puso sus ojos en la muger de aquel hombre; mas viendo que no alcanzaban sus

instancias hasta donde querian sus deseos, cometió una infamia.

»La muger murió con su tormento.

»El marido vengó su agravio, matando al castellano, despues de llevar á recaudo á sus hijos y á la madre de su muger.

»Y devoró su dolor en apartado asilo hasta embotarlo, pensando en que tenia su desventura merecida por el abandono de sus padres.

»Y, resignado, vió correr el tiempo en calma, y contaba con morir sin gustar mas amargores.

»Pero el infierno trabajaba por conturbar aquella ánima, y la preparaba nuevos dolores y nunca conocidos.

»Obligaciones de la honra le volvieron á los tráfagos del mundo; y una noche, regresando á su hogar, vió de lejos su asilo en poder de las llamas.

»Y, llegado que hubo en alas de su afanoso deseo, encontró todo aniquilado, y los cadáveres de sus hijas con muestra de brutal atropello.

»En la rabia de la desesperacion, invocó al infierno para que ayudase á su venganza; y el infierno le respondió, mostrándole á los foragidos que acababan de destruir uno á uno todos los consuelos que hacian soportable su vida trabajada.....

—¿Y el infierno le ayudó en su venganza?—interrogó Yago con poco seguro acento.

—El infierno siempre acude cuando se le llama para destruir y aniquilar; porque Dios consiente que se precipiten en el abismo de la nada á los que desconocen sus obras y el poder de su gracia.

El romero, respondiendo así, fijó en Yago con tal intension su mirada, que llevó el desconcierto á todas sus ideas.

—Carguen conmigo todos los espíritus, si tu historia no se parece á otra historia, de la cual tengo yo noticia—dijo Marcelo.

—Todos los sucesos humanos se parecen, cuando son empujados por las malas pasiones —observó el romero.

—Y díme—le preguntó Millan—¿cuándo y cómo se consumó esa venganza?

—La venganza todavía no se ha consumado.

—¿Y se consumará pronto?

—Los juicios de Dios parece que le tienen señalado un término breve; porque aquel hombre, que en los primeros arrebatos de la ira solo se acordó de invocar á los espíritus, despues, resignado, escuchó la voz de su conciencia, y hoy es instrumento de la justicia divina, para ayudar á sus fines, no permitiendo que prevalezca el poder del infierno.

—Acaba tu historia sin ambajes—exclamó Lope á esta sazon—y sepamos á dónde se encamina.

—Solo Dios puede saberlo.

—¿Pero eres ó no el que busca su venganza?

—Soy un pobre romero.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—¿Y es el acaso lo que te ha traido á este castillo?

—A este castillo ha dirigido mis pasos el Cielo, y quisiera no salir de él sin ver ántes á su señor.

—Pues entónces le verás en el albor del

nuevo dia; porque ahora es imposible, si tu gracia no llega á tanto que alcance á desprenderle del trato de los espíritus.

—Pues esperaré al albor para terminar mi historia; que las fuerzas abandonan al anciano, y os suplica determineis parage donde reposar.

En todo su auditorio ejercia ya el romero fascinador prestigio, y no le fué difícil lograr su deseo.

Yago, sobre quien obraba un temor instintivo, fué el primero en manifestarse complaciente, diciéndole:

—Ven conmigo: yo te mostraré sitio para el reposo; pero al primer albor del dia, con Ivan Ivando ó sin él, tú acabarás esa historia.

Y diciendo así, quitaba de sobre su conciencia un peso enorme, por algunas horas al menos, prolongando la duda que tanto atarazaba su alma.

—Yo te lo prometo—respondió el romero.

Y siguió á Yago, que, cruzando galerías y patios, le dirigió á la hospedería; y allí le señaló un compartimiento.

Yago se alejó á paso lento de aquel sitio, y tornó á reunirse con los suyos, ocupados en comentar el suceso del huésped de mil distintas maneras.

Poco les duró aquel entretenimiento.

Una bocina sonó clara y perceptible dentro del castillo, con acentos prolongados y repetidos.

—¡Maldicion!!... —exclamó Yago; —es su bocina!.... la del adalid almogavar!....

Y todos se precipitaron en la direccion que traian los acentos tan conocidos de Yago.

En vano recorrieron el castillo.

A nadie encontraron.

El romero habia desaparecido, sin que dejara señal alguna de su paso.

IX.

La noche en que desapareció Elvira de Zalgogaray de una manera tan inesperada, ocurrieron en la torre accidentes, que importa narrar para seguir, paso á paso, el hilo de esta verídica historia.

A la sazon, el hombre misterioso que la habitaba hallábase en una espaciosa estancia polígona, solada con toba, en cuyo centro habia un hornillo con varios minerales en combustion.

En uno de los extremos, inmediato á un ajimez cerrado con láminas de alabastrita, una mesa enorme de pino y sin pulimento, sobre la cual ardia una lámpara, contenia multitud

de vasijas, y algunos pergaminos in-folio, que consultaba, sentado en una silla de madera.

Su despejada frente, comprimida por las arrugas, y la fijeza de su mirada manifestaban el esfuerzo que su pensamiento, contrariado por alguna doctrina, hacia para desechar la duda y esclarecer la verdad.

Al fin, despues de larga meditacion, y hablando consigo mismo, dijo, acentuando lentamente de una manera particular algunas palabras:

—«Las *cosas,* por medio de la *razon,* se convierten en *ideas;* y las *ideas,* por medio de los *sentidos*, se convierten en *cosas.*» Esto dice el Estagirita..... el hombre mas extraordinario. Comprendió la idea del órden y del gobierno del universo; pero desconoció la potencia que le anima y sus fines. Por eso se extravía; por eso confunde la relacion con la gradacion, y desquicia las cosas en su esencia.

Aquí llegaba en sus meditaciones, cuando oyó el canto del *coblakari,* que le dejó en suspenso.

Luego, el quejido lastimero, ahogado por el

feroz aullo, cuyos ecos repitieron los senos de las montañas.

Entónces dejó la especulacion de la ciencia, para prestar toda su atencion á los sucesos que venian á perturbarle.

Bajó la espiral, salió de la torre y levantó en sus brazos á Hernan, que, junto á la puerta, estaba tendido, sin dar señales de vida.

Al tocar con fatiga en el primer suelo, se encontró con Obeca, que le preguntaba por Elvira; y, enterado del suceso, volvió á bajar en busca de la niña, dejando el mancebo al cuidado de la anciana.

Despues de mil diligencias tan afanosas como inútiles por hallar á Elvira, subia la espiral sin aliento, cuando una muger, vestida de blanca túnica de lana, ceñida á la cintura con esparto, y capucho caido sobre sus hombros, salió á su encuentro.

Aquella muger, en su tremante diestra, sostenia una tea, que iluminaba el cuadro de una manera fantástica.

El hombre de la torre, respetuosamente detenido, con su luenga barba entrecana, de

mirar profundo, de nobles y correctas facciones, con su hopa negra y birrete, tomaba colosales formas; y, confundiéndose con la oscilante sombra que su cuerpo dibujaba en el muro, parecia el destino, evocado por el sufrimiento, retratado en aquella muger macerada, lívida, para acabar de una vez sus dolores.

Hubo algunos instantes de silencio, solo interrumpido por la fatigosa respiracion de la doliente aparecida.

El hombre de la torre, despues de observarla con inmenso interes, guió al primer compartimiento; y por breves momentos desapareció, para volver presto en su ayuda.

—Tomad, os lo suplico, si no quereis que concluya vuestra vida.

Y la ofreció con veneracion un cordial ya preparado.

Aquella muger cogió ávida la taza, y apuró el refrigerante que contenia, evitando así un parasismo inminente.

Por un breve intervalo brilló fulgente la mirada del sabio, al ver la docilidad con que eran obedecidas sus prescripciones; pero tomó

pronto una expresion sombría, penetrando sin duda lo efímero de aquella existencia, para él con tanta reverencia amada.

Bastaron instantes, nada mas, para que la pócima obrara saludables efectos, reanimando las fuerzas de aquel cuerpo extenuado, sostenido tan solo por el vigor de su espíritu.

El hombre de la torre empleó los momentos de silencio en observar con atencion profunda el estado valetudinario de aquella muger, enjugando con un cendal, empapado en aromática esencia, el sudor de su rostro, blanco con el mate del alabastro, y, por fin, la dijo:

—Nuevo dolor tritura vuestra ánima, poniendo en grave peligro vuestra vida.

—Tienes razon— respondió la misteriosa aparecida: —nuevo dolor tritura mi ánima: nuevo dolor, intenso, que yo espero me lo tomará Dios en cuenta de lo mucho que le he ofendido con mis pecados.

—¿Noticias teneis de Ennego?

Y al preguntar así aquel hombre, manifestaba el solícito empeño por desviar de un objeto determinado el pensamiento de aquella muger

envuelta en el misterio, y cuya exaltacion se presentaba con caracteres alarmantes.

—Nada sé del fiel Ennego—respondió ella: —tal vez haya perecido en remotos paises, ántes de llegar al término de su viaje..... Pero no es esta la mayor pena que ahora me atormenta, precipitando el fin de mis males.

—¿Qué otro motivo puede acelerar tamaña desdicha?

A esta pregunta el febril delirio habia llegado á su colmo, y exclamó:

—Tú no sabes el raudal de gloria y de penas que atesora el corazon de una madre..... Tú no comprendes cómo en un momento supremo siente la madre desprenderse una parte de su sér, y cuánta es su gloria, y cuántos son sus dolores presintiendo que la parte de su vida que se desprende de su seno queda ya sujeta á peligros innumerables, sin que la pobre madre pueda hacer otra cosa que consagrar todo su afan y todas sus inquietudes al pedazo de sus entrañas, que desconoce los sufrimientos y las abnegaciones que ocasiona. Tú no sabes nada de esto.

Vosotros los hombres alcanzais todos los secretos de la ciencia; pero nunca podreis penetrar el último de los misterios que encierra el corazon de una madre. No sabeis vosotros que por la salvacion de su hijo, puede una madre arrostrar á las iras del Cielo, faltando á sus juramentos mas sagrados, si el Cielo no compadece sus dolores.....

Y luego, tomándole de la mano, y precipitándose en una reducida estancia contigua, donde se veia á Hernan, tendido en un miserable lecho sin volver del paroxismo, añadió frenética, mostrando al mancebo:

—¡Salva á mi hijo!!...

Llegó á tal punto el pasmo de aquel hombre, que todas sus potencias quedaron en suspenso por algunos instantes.

—¡Qué!.... ¿no me entiendes?.... —exclamaba desolada y sacudiéndole con violencia su brazo. —Te conjuro por todo lo mas santo..... por la salvacion de tu ánima, que le salves..... Porque vive ¿no es verdad?.... Mírale, mírale..... ¿vive?....

Y diciendo así, le arrastraba hácia el lecho.

El hombre de la hopa, vuelto de su asombro, y queriendo calmar la exaltacion de aquella infeliz, reconoció á Hernan, que, con eficaces auxilios, pronto empezó á dar señales de vida.

Aquella muger no se engañaba.

Despues de veinte años, encontraba, de una manera que solo la Providencia divina podia haber preparado, al hijo que le arrebataran de la cuna; y le prodigaba todo el tesoro de su ternura, faltando á las promesas que habia hecho á Dios en aras de la penitencia.

¡Pobre madre, que, en el camino del arrepentimiento, no vió el abismo de dolores que le abrian sus votos, y que solo Dios podia llenar con los infinitos raudales de su misericordia y su gracia!

En aquellos instantes de angustia, sobrevino un nuevo accidente, que ayudó no poco en sus deseos al de Zalgogaray, evitándole manifestar la desaparicion misteriosa de Elvira.

Cuando ya no podia infundir temores por su vida el estado del mancebo, y á punto ya de recobrar su razon, oyóse claro y perceptible

el acento de una bocina, anunciando un suceso con infinito anhelo y por largo tiempo esperado.

Ennego, despues de mil penalidades, sufridas en un dilatadisimo viage; despues de correr infinitos peligros, volvia salvo de remotos paises con un tesoro inestimable, al que nada podia equiparar en el mundo.

—¿Oís?.... — exclamó el hombre de la torre, llamando la atencion de la madre hácia aquellos acentos tan conocidos de entrambos.

—¡Es él!... ¡Es él!... ¡No alcanzan mis fuerzas á tanto!.... ¡Yo no sé si deliro!.... ¡Yo no sé si se acerca el término de mi vida, y si Dios compadece mis dolores y salva mi ánima.....

Y cayó desvanecida.

En poco tiempo habia experimentado aquel organismo, maravillosamente privilegiado, sensaciones capaces de destruirlo, si no le animara espíritu bastante para comunicar la vida hasta el último átomo de la materia, y prolongarla de un modo indefinido contra todas las leyes de la naturaleza.

Por eso, hacia poco, se habia prestado dócil

á las prescripciones del sabio, apurando el cordial, cuando siempre se negaba á recibir sus auxilios, porque sentia que las fuerzas la abandonaban en aquellos momentos.

Y aquellos momentos para ella eran supremos, inefables.

Y necesitaba de todas sus fuerzas.

Y queria vivir, haciendo un esfuerzo de voluntad poderoso; y sentíase desfallecer hasta un punto que, viendo morir al hijo, no podia ni aun llamar en su ayuda..... en ayuda de aquel hijo tan llorado.

Porque la faltaban las fuerzas, le faltaba la percepcion clara de todo lo que acontecia en torno suyo y dentro de su misma conciencia, y se creia bajo el influjo de uno de esos sueños que solo puede infundir el demonio en las tenebrosas regiones de los réprobos.

¡Pobre madre!.... Solo el sagrado de este nombre, con sus congojas, era bastante para alcanzar la eterna misericordia y la gracia divina.

El hombre de la torre atendió á todo, sobreponiéndose á sí mismo.

Hacia muchos años que estaba consagrado al servicio de aquella muger penitente, arrastrado por lo mas sublime de la abnegacion y del martirio.

Y acudió á la madre, y socorrió al hijo; y, respondiendo á los acentos de la bocina, que una, dos y hasta tres veces resonaron en el silencio de la noche por toda la extension del valle, recibió á Ennego en la torre.

Despues de todo esto, Yago, desde una de las almenas del castillo de Turrion, vió salir de la torre de Zalgogaray á la maga con una antorcha, y dirigirse hácia los senos de la inmensa peña de Amboto.

X.

Despues que la penitente abandonó la torre, dirigiéndose hácia las rocas de Amboto con aliento sobrehumano, Ennego supo todos los accidentes que aquella noche habian sobrevenido en Zalgogaray.

Obeca, con sus relaciones ingénuas, fué quien mas ayudó á esclarecer los sucesos; pero la desaparicion de Elvira hubiera quedado envuelta en el misterio, si Ennego no contara con otros auxilios que los que le proporcionaban los habitantes de la torre para averiguar su destino.

Ennego quedó pensativo solo un momento.

Y sus cabellos erizó el espanto, y en sus ojos brilló la ira con expresion terrible.

Aquel solo momento de reflexion le habia bastado para presentir la verdad entera.

Por eso se habia estremecido.

Por eso el infierno despertaba en su alma la mas terrible de las pasiones.

Pero probado en el dolor, supo dominarse, y cuando el hombre de la torre le preguntó asombrado:

—¿Ennego, qué ocurre?

Contestó tranquilo:

—Nada; un momento de vértigo: no tiene que causaros extrañeza. Acaecen tales sucesos..... A pesar de todo, tranquilizaos, amigos mios; que con el favor de Dios, llegarémos á término feliz.

Y respondió así, porque no queria ni aumentar la afliccion de aquel hombre y de aquella muger con los temores que le habian asaltado, ni aterrar á entrambos con la venganza que meditaba.

Aquella noche consagró á Hernan toda su solicitud; y sus desvelos cariñosos le valieron saber la historia del mancebo.

Huérfano, habia sido criado desde la mas

tierna infancia por una muger ejemplar en virtudes, que, al morir, hubo de dejarle por herencia una miserabilísima torre y media medalla, que constantemente llevó Hernan, como preciada reliquia, pendiente de su cuello.

Los pobres recursos de la torre y el oficio de *coblakari* constituian todo su patrimonio.

Ennego logró captarse pronto la voluntad del mancebo; y, al siguiente dia, despues de instalarlo en Zalgogaray, y despues de infundir seguras esperanzas al hombre de la torre y á Obeca por el destino de Elvira, emprendió el camino de la montaña con direccion á Legutiano.

Ennego habia reflexionado, y habíase trazado el camino seguro para llegar á sus fines.

Camino erizado de peligros; pero, resuelto á arrostrarlos, ningun obstáculo era bastante para contener su marcha.

En Legutiano pudo orientarse, y desde allí se dirigió á Estibalez.

La fortuna en esta ocasion se le mostró propicia.

Buscaba en Estibalez á un viejo judío, que hacia muchos años entendiera como alarife en el castillo de Turrion, y encontró al judío.

Y recabó de él cuanto deseaba, y volvió á Zalgogaray.

Ennego era enérgico, tenaz, en sus resoluciones; y no habia fuerza humana bastante para separarle de su objeto, cuando determinaba sus propósitos; y jamas la impaciencia puso á riesgo los resultados que se prometiera.

Habia pensado en los peligros que pudiera correr Elvira, y estremecióse: pero conjeturó tambien que la niña debia ser respetada, y, con fé ciega en los juicios de Dios, se propuso salvarla.

Desde aquel momento su voluntad poderosa fué inflexible.

Y necesitó de toda su fuerza para contemplar sin inmutarse que Elvira en el discurso de tantos dias corria tantos peligros.

En Estibalez habia aprendido los caminos secretos que tenia el castillo de Turrion, con maravilla tal, que sabia de algunos ignorados hasta por su propio dueño.

Pero este conocimiento preciso comprometia mas y mas su diligencia.

Todas las entradas soterráneas del castillo eran inaccesibles por la parte de afuera.

Fuertes cerraduras las defendian, y era preciso franquearlas por adentro.

Y los habitantes de Turrion no se comunicaban con alma viviente en el valle.

Sin embargo, Ennego queria, y á su querer no era posible obstáculo.

Podia esperar, dejar para el mañana lo que la prudencia no le permitiera realizar en el momento presente; pero dejar de obtener, eso nunca.

Por esta razon corrieron tantos dias, preparando su empresa.

Y se ausentó otra vez mas de la torre, y acudió al señor de Alava y de Vizcaya.

Y debia ser grande el prestigio de Ennego para con el conde Diego Lopez cuando este le recibió con amor, y platicó con él, y juntos tomaron sus determinaciones.

Ennego no mintió á sus habitantes la noche en que hubo de hospedarse en el castillo de

Turrion por espacio de las dos primeras teas.

La tormenta le habia sorprendido en la montaña, caminando para el valle.

Cierto, que pudiera muy bien ampararse en Zalgogaray; pero no podia volver á la torre sin nuevas esperanzas, y en Turrion era donde se prometió alcanzarlas.

Audaz fué su conducta en el castillo: primero, provocando el relato de su propia historia, que tan de cerca interesaba en parte á su auditorio; y despues, desafiando sus iras con la llamada de su bocina.

Mas ambas cosas tenian su objeto muy inmediato.

En sus salidas del valle, y en uno de los términos fronteros, Ennego pudo averiguar algo que hacia relacion á Ivan Ivando en aquella coyuntura, y á todos los que con él guardaban pleitesía.

Supo la reserva del uno, y el descontento de los otros, y sus temores de un desastre próximo por la parte que los espíritus tomaban en los sucesos del castillo; relacionando todo esto con la llegada á la torre vecina del

adalid almogavar, para llevar sin duda á término su venganza.

Pero oyó estas cosas, como se oyen en el silencio de la noche los ruidos muy lejanos; de un modo vago, confuso, multiforme.

Y queria saberlas con claridad precisa.

Ennego necesitaba para esto penetrar aquella noche en el castillo de Turrion, y penetró.

Necesitaba, tambien, conocer el predominio de su señor sobre los que mantenia á su servicio; y tuvo tambien ocasion de conocerlo.

Y, por último, vió que le importaba alucinar á los servidores de Ivan Ivando, y los alucinó, echándose en brazos de Dios, y confiando en la rectitud de sus propósitos y en la justicia divina.

Porque Ennego, cuando aprendió los caminos soterráneos de Turrion, supo tambien por el judío de Estibalez, que en un claustro determinado existia una entrada secreta, ignorada de todos, con ramificaciones al valle.

Y quiso la fortuna que aquella entrada secreta correspondiese precisamente al aposento donde le hospedaran.

Pero ni conocia sus salidas, ni mucho menos el estado en que, despues de tantos años, pudieran encontrarse.

Ennego, aquella noche, hubo menester de toda la fuerza de su voluntad, para dominarse, y de todo el brío de su corazon, para no retroceder ante los peligros.

Cuando le introdugeron en la inmensa cámara, donde despues refirió su historia, uno de los primeros objetos que hirieron su vista, fué el estandarte que, en los hermosos dias de su juventud, habia conquistado á las huestes agarenas; aquel estandarte que le valiera tanta gloria, y que en aquella sazon le recordaba todos los dolores mas amargos de su vida.

Ennego se estremeció un momento, imperceptible casi para todos; nada mas: y despues contempló sereno en poder de aquellos bandidos el trofeo de sus estragos.

Y pudo platicar impasible, y recibir viandas, ofrecidas por los verdugos de sus hijas.

Esto repugnaba á su alma de una manera terrible, y lo aceptaba como un nuevo sacrificio.

Despues, cuando en el aposento que Yago le destinara para el reposo encontró la salida secreta, con la intuicion de su fé, echó mano de la bocina de almogavar, que traia guardada entre los pliegues de su túnica, para que el asombro le ayudase á la obra de destruccion que tenia meditada, debilitando el ánimo de sus enemigos.

Y se encerró en la galeria soterránea.

Y, despues de observar la confusion que habia provocado en el castillo, se internó en sus ramificaciones.

Y le alcanzaron horas de angustia muy amarga.

Porque, en aquellos senos, luchó entre la vida y la muerte, abriéndose camino con penalidades infinitas, sin rumbo seguro, no sabiendo el término de su viage.

Pero siguió en su empresa, apelando á un último esfuerzo, y triunfó.

El judío de Estibalez no le habia mentido.

Al apuntar la aurora del nuevo dia, Ennego, extenuado, casi exánime, por entre escabrosidades difíciles, con trabajo supremo, descubria

una salida, para verse en el fondo del valle, al pie de Zalgogaray.

Y bendijo á Dios con toda la efusion de su alma.

Y, despues de cobrar aliento, al dirigirse á la torre, vió que de hácia la parte de Ambo-to, un guerrero, vestido de todas armas, ba-jaba cabalgando.

XI.

Ennego no se habia engañado en sus presentimientos.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, Elvira reposaba á la puerta de la torre.

Era una tarde de otoño.

El tiempo hacinaba aquel dia mas en las regiones de lo pasado.

El sol, hundido en el ocaso, dejaba poco á poco el valle sin luz, como lo iba dejando mustio, sin vigor ni lozanía la proximidad del invierno.

Las hojas, ya secas, caian á impulso de la brisa mas tenue.

Las aves lamentaban el despojo de sus manidas, y solo su plañido, y el murmullo de

la fronda marchita, era lo que turbaba el silencio en aquella soledad.

La muerte armonizaba allí de una manera dulcemente melancólica.

La luz extinguiéndose, las hojas caidas, el aura, que apagaba su aliento..... parecia que todo se marchaba para no volver jamas.

Pero mezclábase el consuelo en la contemplacion de aquel cuadro; porque, á la par que presentia el corazon la muerte, adivinaba tambien el alma su destino, penetrando el pensamiento por la inmensidad del espacio, donde se traslucian ya millares y millares de mundos, sostenidos por el espíritu de Dios.

Y el alma sentia á su Creador, y se comunicaba con ÉL, de esa manera misteriosa, que nunca se puede explicar mientras dura su destierro.

Elvira experimentaba todas estas sensaciones.

Su alma vírgen acariciaba estos encantos, y se abria á las emanaciones celestes, como se abre en la primavera el capullo de las flores para recibir el rocío de la aurora.

Aquella niña, con su blanca túnica de cen-

dal finísimo, en brazos del éxtasis, reclinada sobre el césped, formando su aureola los mustios tallos de las madreselvas agostadas, parecia el ángel del destierro, suspirando por su patria perdida.

Y llegó un momento en que los espíritus infernales sonrieron satánicos.

Ivan Ivando, sin rumbo seguro, impulsado por sus perversos instintos, salió al valle por uno de los caminos secretos que contaba el castillo de Turrion.

Y hubo de dirigir sus pasos hácia Zalgogaray.

Y, ocultándose entre las escabrosidades y maleza, vió á Elvira.

Y el demonio enardeció el fuego de sus pasiones; y, no pudiendo en aquel instante satisfacer su apetito, devoró sus deseos, y esperó la ocasion mas favorable.

Y un dia y otro dia acechó á la niña Ivan Ivando, y cada vez se dispertaba mas su anhelo, y cada vez, tambien, eran mayores los respetos con que la rodeaban á sus ojos prestigios para él desconocidos.

Y seguia y seguia acechando la torre, como sigue el lobo hambriento acechando su presa.

Y vió á Elvira platicando amorosa con Hernan, y lanzó un rugido.

Y oyó, despues, que el mancebo plañia sus ansias, y arrojóse sobre él de improviso, y lo derribó contra la tierra.

Y cuando la niña acudió al quejido, y cayó desvanecida, creyendo á Hernan cadáver, Ivan Ivando la levantó en sus brazos y desapareció.

Ivan Ivando llevó á Elvira desmayada por los caminos soterráneos que conducian á la torre primitiva del castillo, y subió hasta el último suelo.

Y llegado que hubo á la cámara de Ivan el Bueno, dejó á Elvira sobre el mismo lecho en que, hacia muchos años, el varon justo habia-se dormido en el regazo del Señor.

Y sucedió entónces lo que nadie podria explicar.

Porque solo Dios penetra la esencia de todo, y sabe la causa que obliga á veces al protervo á pararse en la mitad de su camino, y á no

proseguir su obra perversa, cuando, al parecer, no tiene obstáculo.

Ivan Ivando el protervo se asustó de su propia obra, y la miró con espanto, y respetó á la niña indefensa.

Y con tierna solicitud acudió á todo lo necesario; y, cuando ya la niña daba señales de volver en su acuerdo, desapareció de la cámara.

Elvira sacudió poco á poco su letargo.

Primero se sintió á sí misma.

Despues apeló á sus recuerdos, y se creyó bajo el influjo de un sueño terrible.

Y transcurrieron así algunos instantes, con su mirada fija en un ajimez.

El alba dirigia en aquel momento su primer rayo de luz por el espacio, precisamente hasta el punto que la niña podia divisar desde su lecho.

Aquel solo rayo de luz fué extendiéndose, y á sus costados nuevos rayos de luz fueron apareciendo y dilatándose tambien; y allá, en el oriente, ligeras nubes de carmin y gualda anunciaron la aurora.

Y la cámara empezó á recibir por los ajimeces claridad dudosa.

Y la niña empezó á reconocer la estancia, y á observar todos los objetos que la rodeaban.

Probó sus fuerzas, y pudo incorporarse.

Luego atendió, y el mas profundo silencio reinaba en su torno.

Entónces recorrió toda la cámara.

Solo por una puerta se comunicaba con el exterior, y aquella puerta cerrada estaba defendida por afuera.

La niña reflexionó nuevamente, y á medida que la luz iba aumentándose, esclarecíanse sus ideas, y recordó, por fin, con toda luzidez los sucesos de la noche que acababa de terminar.

Pero no comprendia la causa de su encierro, ni podia adquirir la certidumbre del sitio donde se hallaba.

Colocada la torre en el centro de aquellos cuerpos agregados, solo se alcanzaba desde los últimos ajimeces las obras que encerraba el muro de defensa y lo mas elevado de las montañas que limitaban el horizonte.

Esto bastaba para desorientar á la niña, acostumbrada á contemplar el valle desde Zalgogaray.

Y cansada de conjeturas, esperó.

Y, esperando, oyó descorrer el cerrojo que defendia la salida de la cámara.

Y la puerta se abrió, y apareció en ella Ivan Ivando.

Ivan Ivando, inmoble, contempló á Elvira.

La voz de su conciencia solo él pudo oir; pero, á juzgar por su turbacion, debió levantarse rigurosa desde el fondo de su pecho.

Elvira vió impasible al hombre de colosales formas, cubierto de hierro.

El gigante se estremeció, cuando la niña, con acento magnético, le preguntaba:

—¿Quién eres?

Esta pregunta llevó el embeleso á todos los sentidos y la perturbacion á su alma.

Era la vez primera que Ivan Ivando se veia frente á frente de Elvira, y la primera vez, tambien, que escuchaba de cerca su acento.

Y aquel acento tenia un encanto imponderable.

Aquel acento fascinaba, y fascinaba siempre de ùna manera irresistible.

Elvira aguardó la respuesta.

Ivan Ivando, trémulo, desconcertado, pudo contestar apénas:

—Soy tu esclavo.

—¡Mi esclavo!

Y entrambos enmudecieron.

El guerrero confundido mas y mas.

La reclusa, por intuicion instintiva, penetrando con su mirada profunda el corazon de aquel hombre perverso.

Elvira, en aquellos momentos, era la encarnacion inefable de todo lo mas sublime que pueda imaginarse en los sentimientos humanos, dimanando de su orígen divino.

La resignacion mas confiada, poniendo su destino en manos de Dios; la fé, el valor del mártir; la conciencia de todo lo noble, de todo lo digno, lo santo, repeliendo lo inmundo de las pasiones, irradiaba Elvira en aquellos momentos.

Podíase dudar si sus plantas tocaban el suelo.

Parecia que la gracia divina, escuchando

solo la voz de la misericordia, mandaba su ángel al protervo para separarlo del pecado.

El protervo, en aquel entónces, sentia todo el influjo de estos encantos, y temblaba en presencia de aquella niña, que, por fin, le dijo:

—Todavía no has respondido á mi pregunta. No sé quién eres, ni por qué causa me encuentro en este parage para mí desconocido.

Ivan Ivando, queriendo ganar su confianza, le respondió:

—Anoche te ví en peligro, y acudí en tu ayuda. Los amigos del *coblakari* te llevaban; y te arranqué de sus brazos y te trage á mi castillo.

—¡A tu castillo!... ¿Estoy en el castillo de Ivan Ivando y en presencia de su dueño?

—Sí.

—Pues bien; condúceme á la torre de Zalgogaray.

Y diciendo así, señalaba con imperioso ademan la salida de la cámara.

Ivan Ivando vióse cogido en sus propias redes.

Queriendo alucinar á Elvira, se alucinó á sí propio con su respuesta, y no pudo encubrir por mas tiempo sus criminales deseos; porque á la actitud resuelta de la niña, solo contestaba con la vacilacion y la duda, retratadas en su semblante.

Elvira, que esperimentaba hácia aquel hombre una aversion invencible, en vez de sobrecogerse con la certidumbre de su peligroso estado, sublevóse con su conciencia, y exclamó indignada:

—Quiero ir á Zalgogaray: ¿lo entiendes?

—No puede ser.

—¡Que no puede ser!... ¿Quién lo estorba?

Ivan Ivando, con la indocilidad de la niña en plegarse á sus deseos, tuvo un momento de vértigo, y exclamó á su vez:

—Yo, que quiero retenerte en mi poder.... Yo, que te amo, y que por conseguir tu amor y tus caricias daria mi ánima al infierno.... Yo, que, sin temor á los maleficios de la torre y de la hechicera, espiaba una noche y otra noche á Zalgogaray, solo por verte.... Porque mi anhelo era tenerte aquí guardada.... Y

hundí en el abismo al *coblakari*, porque te cantaba amores.... Y sin temor á todos los espíritus, te arrebaté de la torre, y estás en mi castillo.... ¿Quién podrá robarme lo que tanto he codiciado?

Aquella niña, admirable por su inteligencia, comprendió el peligro inminente que corria con exacerbar al bandido, y calló.

Y luego, con indecible encanto, le dijo:

—Necesito del reposo: déjame.

Ivan Ivando, sumiso como el esclavo, obedeció.

Y Elvira se vió sola, y pudo entregarse á sus propios pensamientos.

Y ántes que todo, pensó en Hernan estremecida.

Todavía su pecho alentaba una esperanza; pero era tan débil, que pudiera confundirse con la duda, triturando el alma con sus vacilaciones.

Porque recordaba á Hernan tendido en tierra, sin dar señales de vida; y recordaba, tambien, las palabras del hombre implacable, confesando su crímen en los arrebatos de la ira.

Y lloraba por Hernan, y pensaba en la úni-

ca vez que le habia tenido á su lado tan amante, y en las mil y mil veces que, soñando delicias, unia siempre su nombre á todos los celestiales encantos.

Y á estos pensamientos, de angustia acerba, mezclábanse imágenes terribles.

Estaba en poder de Ivan Ivando; de Ivan Ivando, maldito por su ascendencia, y maldito por todos los habitantes del valle, y por todos los que conocian su historia, llena de abominaciones.

Veíase sola, codiciada por un mónstruo en lo inicuo, sin apoyo que tuviera fuerza bastante para contrarestar el poder de aquel hombre perverso.

Todas estas ideas rebulleron crueles en el cerebro de la pobre niña.

Todos estos dolores atarazaron su alma de una manera horrible.

Y, agotadas sus fuerzas, el sueño cerró sus párpados.

Y el sueño acarició las imágenes mas queridas, despojadas de todos los terrores que anublaban la dicha.

Y vió á Hernan, con el amor dulce, tranquilo y satisfecho de los ángeles, sin el desasosiego que enturbia en el corazon humano este sentimiento de emanacion divina.

Y vió á la maga benéfica, que tantas y tantas veces se le apareciera en los sueños, aparecerse entónces tambien, y besar su frente, sus megillas y su boca.

Y el hombre de la torre, y otros muchos guerreros desconocidos, con sobrehumano esfuerzo, la defendian contra el poder de Ivan Ivando, salvándola de su martirio.

Estos encantadores ensueños arrullaron á la niña por largo espacio, restituyendo á su cuerpo las fuerzas perdidas, y vigorando su aliento.

Y dispertó.

Y ya no concebia temores.

Y aguardó impasible al señor del castillo.

Y le vió una y muchas veces, y pudo contenerle siempre en el camino de la perversidad; y cada vez adquiria mas y mas fuerza sobre su voluntad, y cada vez era mayor para con él su prestigio.

Ivan Ivando confiaba seducir á la niña, y la niña alucinaba siempre á Ivan Ivando á su antojo.

Y la niña esperaba con ciega fé.

Un secreto presentimiento la decia que aguardase, y aguardaba.

Pasaban así los dias.

Esperando la niña.

Ivan Ivando creyendo siempre tocar el término de sus deseos.

Y llegó una tarde en que la luz del sol se apagaba en el ocaso sin brillantes matices, repitiendo las montañas el retumbo del trueno lejano.

Elvira, enagenada de los objetos sensibles, meditaba.

Dulces imaginaciones alhagaban su pensamiento de esa manera misteriosa que embelesa el espíritu, transportándolo á regiones desconocidas.

Con el tierno recuerdo de los cariños se mezclaba y confundia el sentimiento piadoso y toda la santidad de la fé con sus verdades eternas.

Y, sin darse cuenta á sí misma, obedeciendo al hábito adquirido desde la infancia, sus labios murmuraban una de las plegarias que su acendrado amor le habia inspirado, consagrada con especial querer á la Santísima Madre de los desvalidos.

¡Vírgen María!
Dulce, inefable;
Reina admirable
De la creacion:
Oye mi ruego,
Madre amorosa;
Dáme piadosa
Tu bendicion.

Siempre en tu gracia
Viva inocente;
Brille en mi frente
Serena paz:
Nunca permitas
Que del pecado
Vea á mi lado
La horrible faz.

Sola en el mundo
Quedé en la cuna;

Caricia alguna
No conocí
De aquella madre
Que el sér me diera,
Y luego huyera
Lejos de mí.

Díla que vuelva,
Vírgen clemente,
Y que en mi frente
Sienta al dormir
En dulces sueños
Dulces caricias;
Que otras delicias
No sé pedir.

Imposible expresar el encanto que las melodiosas cadencias del eúscaro recibian de los labios de aquella niña, embargada por el éxtasis.

Su actitud revelaba la abstraccion mas profunda.

Ni el fuego del relámpago, ni la voz del trueno, ni las sombras melancólicas, revistiéndose en aquella hora de fantásticas formas,

nada era bastante para sacarla de su arrobamiento.

Y sonó una bocina, y la niña experimentó una sacudida eléctrica.

Aquel acento tuvo para con Elvira una virtud magnética que no habian alcanzado todos los fenómenos que la naturaleza exhibia con fuerza tan poderosa.

Y no era que conociese la bocina.

Ni que estuviera prevenida, esperando aquella señal.

Sintió su atraccion sin poder explicarse la causa.

Y desde aquel momento, la niña, que habia tenido tanta resignacion; que habia visto tranquila pasar tantos dias aguardando; que hacia pocos instantes esperaba con calma, probó un desasosiego febril hasta entónces desconocido.

Estuvo atenta observando, y comprendió que algo singular ocurria entre los habitantes del castillo aquella noche.

Y otra vez oyó la bocina.

Despues, nada.

A la turbacion del momento habia sucedido el mas completo reposo.

Y pasaron así las dos primeras teas.

Todo el castillo en silencio.

Elvira observando, con impaciencia tanta, que el instante fugitivo le parecia una eternidad.

Aquella excitacion iba trabajando sus fuerzas, y, á punto ya de rendirse al cansancio, nuevos sucesos vinieron á reanimar su espíritu.

Al terminar la segunda tea, oyó dentro del mismo castillo el acento de otra bocina.

Esta vez no era el acento desconocido.

Aquel acento hizo vibrar en su corazon hasta la fibra mas tenue.

Era uno de los recuerdos mas vivos que conservaba de su niñez.

Ya no le quedaba duda de que la buscaban con afanes solícitos.

Y la perturbacion del castillo la infundia aliento.

Y atendia con ansia.

Y atendia, temiendo siempre que volviera

á suceder el reposo; porque el reposo entónces mataba sus esperanzas.

Y la perturbacion en el castillo seguia, y seguian las inquietudes de la niña, y seguia la esperanza luchando con el temor.

Nunca tanto afan conoció su deseo por que el tiempo precipitara el paso de las horas.

La luz del nuevo dia alumbró, al fin, y con su venida recibieron nuevo pábulo las inquietudes y deseos, las esperanzas y los temores de la reclusa.

Levantándose á un ajimez, vió á todos los guardianes del castillo, armados de todas armas, sobre los muros de defensa, dispuestos á repeler una agresion; y á los intendentes y adalides que se agitaban y atendian á todas partes.

A esta disposicion propulsiva por parte de los mantenedores del castillo no correspondia señal alguna de acometimiento.

Cierto que desde el ajimez no se alcanzaban los términos del valle; pero tampoco se oia el menor indicio de próxima contienda por la parte exterior de Turrion.

Y la verdad era que todo el valle continuaba en reposo, y que solo en el castillo se agitaban y bullian los hombres de armas y todos sus habitadores.

Elvira no podia darse cuenta de tales sucesos.

Y esperaba con ansia aquel dia la llegada de Ivan Ivando, cuando su mayor martirio habia sido siempre sufrir la presencia de aquel hombre, y andar tras de inventos que lo alejaran de su lado.

Ivan Ivando, faltando á su costumbre, aquella mañana no se presentaba en la cámara de Elvira.

La agitacion y el bullicio habian cesado en el castillo; pero seguia la actitud resuelta de sus defensores.

Y vió con terror la pobre niña que, al pie mismo de la torre que la servia de encierro, hombres de feroz catadura hacinaban y hacinaban en abundancia materias combustibles, con intento, sin duda, de envolverla en los estragos del incendio.

Y creyendo que llegaba su fin, cayó de hi-

nojos, é invocó ferviente á la Madre amorosísima de los desvalidos, diciendo:

Tú, que en la tierra, abandonada y triste,
Horas amargas de dolor probaste,
Dulce María:
Tú, que ni sombra de pecado viste,
Y siempre en gracia de mi Dios te hallaste:
Tú, Madre pia,

Oye mi ruego desde el alto cielo,
Y haz que apartada del pecado viva:
Mírame amante:
Sola tambien me encuentro yo en el suelo:
Dame tu amor, y con tu fé reciba
Gracia constante.

Y, faltándola las fuerzas, cayó con letal paroxismo.

XII.

Reinaba en el valle la calma, mientras en el castillo de Turrion acaecian sucesos tan singulares.

La campana habia pregonado la fiesta en el primer albor, y los habitantes de Ibarra saludaron gozosos la aurora del dia dominical, consagrado á la oracion, á los juicios de los ancianos, al esparcimiento de la alegría y al reposo.

Ninguno sospechaba que aquel dia debiera vivir en lo futuro con el recuerdo de una catástrofe, preparada por tantas y tantas abominaciones.

Los rayos del sol naciente doraban ya las

cumbres y las cañadas, y las libres manidas del pueblo eúscaro, que habitaba en las colinas, en los senos y en las ondulaciones de aquella naturaleza lozana, podian determinarse por las espirales que formaba el humo desvaneciéndose por los aires.

Todos se disponian para la fiesta, y por todas partes serpeaban senderos, y bajaban repliegues, y salvaban arroyos formados por cien y cien manantiales, en direccion al santuario.

Hácia el norte, al borde mismo de un promontorio cubierto de abetos, que contenia en su cumbre capaz y despejada planicie, alzábase la iglesia de *Andra María*.

Su ábside, coronado con modesta espadaña, miraba por oriente al abismo.

Por occidente, una reja vestia todo el lienzo del santuario, permitiendo alcanzar hasta de los puntos extremos de la pradera la imágen de la Madre Santísima de Jesus, única venerada allí con el símbolo de la redencion.

La techumbre, prolongándose de un modo capaz para contener bajo sus alas á todos los

habitantes del valle, volaba de la fábrica, sostenida por fortísimos machones.

Fuera del recinto, en uno de sus costados, tan solo un árbol gigante levantaba su tronco robusto.

Era la secular encina, en cuyo torno, los dias dedicados al Señor, se reunia el consejo de los ancianos para oir las querellas y celebrar sus deliberaciones.

El resto del campo presentábase completamente libre, alfombrado de yerbas y de menudas flores.

Límpido amaneció el dia, y refrigerantes corrian las auras de la mañana.

Aquella misma pradera, donde, horas despues, habia de agitarse la multitud bulliciosa, veíase invadida entónces por la misma multitud reverente, formando abigarrados grupos, que determinaban las condiciones todas de aquel pueblo.

El plebano, revestido con la ropa del sacerdocio, ocupaba el ara del santuario, rezando las horas, para celebrar despues el incruento sacrificio.

Los ancianos llenaban el reducido espacio que restara del templo, envueltos en sus clámides y desnudas las venerables cabezas.

La muchedumbre se dilataba por la planicie.

Y veíanse allí los mantos de las mugeres honorables, y la sobrepuesta falda, que, cubriendo la cabeza, ocultaba las desprendidas trenzas de abundosos cabellos.

Y las camisetas y las túnicas y los jubones, indicaban á los preeminentes y á los que, con maravilla de la multitud, sabian trazar y descifrar la escritura, y el sitio destinado por la costumbre para el pueblo.

Y todos uníanse por un solo pensamiento, reconcentrando su alma en una sola idea.

Aquella idea era el eco que brotaba de las fibras de todos los corazones, templadas al acorde magnético de un sentimiento único.

La idea era Dios.

El sentimiento, la veneracion del Sér increado, incomprensible; con la ciega fé de su perfectibilidad inmensa, de su inmensa grandeza, y de su infinita bondad y justicia.

Por eso aquella multitud reverente adoraba los misterios de la fé que recibió de sus padres con las aguas del bautismo.

Y las oraciones subian al cielo, y del cielo bajaba la bendicion para los fieles.

Era la escala maravillosa, suspendida desde las regiones de la eternidad, comunicándose con la tierra.

Porque aquel pueblo prosternado, reverenciando tesoros inefables de vida en su Creador, por intuicion divina, traspasaba los límites de los tiempos y se ponia en contacto con todas las generaciones que le precedieron, transmitiéndoles su vida y sus adoraciones.

Por eso aquel pueblo adoraba; porque sentia con ciega fé á su Dios, al Dios de sus padres, al mismo Dios cuyas adoraciones habian de legar á sus hijos, encarnadas en la piedad mas ardiente, perpetuando así sus libertades y sus leyes.

Cumplidas las prácticas religiosas delante del modesto santuario, reunióse el consejo de los ancianos al pie de la secular encina para oir las querellas, deliberar con prudencia y pronunciar los juicios.

Esto acontecia en presencia de todos.

Y todos veneraban el consejo de los ancianos.

Aquel dia, como siempre, se oyeron sus fallos, y se respetaron, y fueron reverenciados los juicios sin murmurar.

A punto ya de terminarse las deliberaciones, y á punto ya de comenzar los ejercicios que daban esparcimiento al espíritu, ocurrió un suceso que paró la marcha establecida por la costumbre y suspendió los ánimos.

Un hombre de luenga barba entrecana, con hopa negra y birrete, pedia plaza y pedia vez para hacerse oir del consejo, demandando justicia.

Su respiracion era anhelante.

Temeroso de no alcanzar á los ancianos reunidos bajo la encina, habia precipitado su marcha.

El hombre que así se presentaba delante del consejo, era el sabio de Zalgogaray; aquel que conocia los arcanos de la ciencia y penetraba sus misterios.

Todos quedaron embargados por el asombro.

Delante de aquel hombre hasta los mismos ancianos enmudecieron.

Y tenian razon para admirarse todos al ver que invocaba el fuero de la justicia, y que recurria á los ancianos, aquel á quien creian con fuerza bastante para destruir cuanto pudiera perturbar su reposo.

Nunca jamas hubiéranse imaginado este acontecimiento.

Porque todos en el valle respetaban al de Zalgogaray, y temian los prestigios de que disponia, evocando á poderes desconocidos.

Despues que transcurrieron los primeros instantes de sorpresa, el decano del consejo, en medio del silencio mas profundo, levantó su voz para interrogar al hombre de la torre, diciendo:

—¡Singular es lo que aquí hoy acontece! Tú, que conoces todos los secretos de la ciencia; tú, que alcanzas las cosas mas recónditas, y que sabes los misterios de otros mundos para nosotros desconocidos ¿vienes buscando nuestro consejo?

—Sí, ancianos — respondió el de la hopa;

—busco vuestro consejo, y pido vuestra justicia.

—¡Nuestra justicia!

—Sí.

—¿Quién se atrevió á causarte ofensa?

—Un miserable.

—¿Y por qué no le has exterminado?

Porque primero quiero que los ancianos pronuncien su juicio: por eso busco su consejo.

Entónces, el decano, poniendo las manos sobre el símbolo de la redencion, dijo de una manera solemne:

—Por el Dios vivo, uno y trino, prometen los ancianos y juran, segun su leal saber y entender, darte el consejo que les demandas, oida tu querella, y pronunciar el fallo de su justicia.

Todos los ancianos impusieron sus manos sobre la cruz, imitando el ejemplo del primero en gerarquía, que, dirigiéndose al de Zalgogaray, habló así:

—Solo te conocemos por la fama de tu mucho saber, y por los muchos beneficios con

que acudes á los necesitados. Ninguno en el valle se quejó jamas de tí. Todos te respetan, y mírante todos como un misterio desde el dia en que apareciste entre nosotros. Tú solo eres quien alcanza el orígen de la ciencia que penetras, y tú solo eres quien responderá en su dia delante de un juez supremo de la manera con que te fué otorgada esa ciencia, y del uso que hiciste con su dominio. A nosotros nada de esto nos pertenece, porque nada de esto alcanzamos. Pero, tú, sabio de Zalgogaray; ya que, á pesar de tu ciencia y de los misterios que te rodean, vienes buscando nuestro consejo, y pidiendo el fuero de nuestra justicia, habla.

—Ya lo habeis oido. Un miserable ha herido mi corazon del modo mas inicuo, destruyendo mi reposo, y robándome toda la dicha que podia esperar en el mundo. Ancianos: ¿qué castigo merece aquel que, como ladron que es, acecha en la oscuridad de la noche, y se apodera de una pobre niña indefensa, y se la lleva y la retiene, con intento, sin duda, de satisfacer un brutal apetito?

Todos los ancianos pronunciaron á la vez una sola palabra:

—La muerte.

—Vosotros acabais de condenar á Ivan Ivando.

El asombro y el espanto llegaron á su colmo, cuando el de Zalgogaray denunció á la faz de todos el nombre del dueño de Turrion, como perpetrador de aquel delito.

Y no era porque no le creyesen capaz del crímen que se le imputaba.

Si todos se asombraban era de la temeridad, por lanzarse delante de los jueces á pronunciar el nombre temido y aborrecible de Ivan Ivando.

Y espantáronse, porque miraban el castillo como la obra maravillosa de aquellos tiempos, imposible de debelar.

El primero de los ancianos exclamó admirándose:

—¡Qué dices!

—Que Ivan Ivando, una noche, espiando como otras muchas, segun despues entendí, la torre de Zalgogaray, arrebatóme la hija

adoptiva, que deberes santísimos pusieron á mi cuidado, comprometiendo así la tranquilidad y el seguro de todos los habitantes del valle.

—¿Estas cierto de eso que tú aseveras?

—Sí.

—¿Podrás probarlo?

—Si.

—¿Cómo?

—Si no basta la conciencia de todos los que me escuchan para declarar á Ivan Ivando perpetrador de ese y otros muchos delitos, yo prometo, al instante mismo en que ratifiqueis vuestro fallo, evocar en nuestra ayuda un poder supremo, por todos vosotros respetado. ¿Teneis corazon bastante para condenar al inicuo?

—Sí; porque primero que todo, atendemos á la voz del deber y al cumplimiento de la justicia.

Y, despues de un momento de pausa, añadió el mismo anciano, que dirigia las deliberaciones:

—Nosotros, los ancianos, persuadidos á que los actos infames de Ivan Ivando son dignos

de abominacion y de castigo; nosotros, sin temer la fuerza de que dispone para vengarse de nuestro juicio, y aun provocando sus iras, y poniendo nuestro bien y nuestro sér al arbitrio de su venganza, le declaramos perverso y le entregamos con su castillo á los juicios de Dios.

Esto equivalia á pregonar á Ivan Ivando fuera de toda ley, y á entregarle al desenfreno de la muchedumbre, si es que podia la muchedumbre algo contra el magnate.

Y era el único camino que restaba entónces muchas veces al fuero de la justicia, mas que nunca humillado por la fuerza.

Todavía continuaba el asombro, despues de la declaracion del consejo.

El empeño temerario del hombre de la torre, y el valor de los ancianos pronunciando su juicio, hicieron solemnes aquellos momentos.

Pero en breve, un solo anhelo dominó á todos, y acalló sus temores y desvaneció el asombro, al ver la impasibilidad de los jueces, y el ardor bélico, reflejado en el semblante del hombre misterioso de la torre.

Todos invocaron ayuda y pidieron venganza.

El de Zalgogaray, entónces, de entre los pliegues de su hopa, descubrió una bocina, y lanzó sus voces por el espacio.

Y los ecos repitieron aquellos acentos, y los llevaron por toda la extension del valle.

A poco rato, una mesnada de lanzas y ballestas empezó á descender por la parte de Amboto.

Aquello enardeció mas y mas los ánimos contra los defensores del castillo, porque ninguno dudaba que los acentos de la bocina eran un aviso, y que aquellos guerreros respondian á la llamada del hombre de la torre.

XIII.

Los acentos que Ennego lanzó con su bocina dentro del castillo produgeron general perturbacion en la inmensa cámara, y el grito execrable de Yago suspendió los ánimos.

Dispuestos como estaban á recibir imaginaciones fantásticas, creyeron que todo el poder del infierno se revolvia entre los muros para concluir de una vez con lo que guardaba su dueño, maldito de Dios, y maldito tambien de los hombres.

Y subió de punto la admiracion y sorpresa con la certidumbre de que el romero ni se hallaba en la hospedería del castillo, ni quedaba huella ninguna de su paso.

Yago se dirigió entónces en busca de su dueño y señor, y todos quedaron espectantes con ansiedad y temores.

Y acudió á la cámara de Ivan Ivando.

Y golpeó la puerta repetidas veces.

Yago, bajo el influjo de una excitacion terrible, revelaba en aquellos instantes toda la ferocidad de sus brutales instintos.

Su condicion no habia cambiado.

Los mismos eran sus miedos al poder de los espíritus y á sus maleficios; pero el contacto de aquel que consideraba como su mortal enemigo, dispertó la ira hasta el punto de sobreponerse á los temores por el misterio que envolvia el suceso.

Ivan Ivando presentóse, al fin, en la puerta de su cámara.

—Ha llegado á tu castillo el adalid almogavar—díjole Yago de una manera violenta.

—¿Qué dices?—preguntó con asombro el dueño de Turrion.

—Que los almogáraves, precedidos de su adalid, vienen en busca de su venganza.

—Imposible.

—Esta noche, al encender la primera tea, un romero, con bocina desconocida, ha demandado hospedage. Faltando á la costumbre, otorguéle asilo; porque no sé qué fuerza secreta me empujaba. Por mi mandado abatióse la puente y subieron el rastrillo para su paso. El romero fué conducido á la gran cámara; y allí, reunidos casi todos los que te guardan pleitesía, relató una historia: era la nuestra de hace tres años en las montañas de Cantabria.

—¿Y no le has aniquilado?

—No.

—¿Por qué?

—Dijo que para terminar su historia necesitaba la presencia de Ivan Ivando. Entónces, he guiado al romero á la hospedería del castillo, con el firme propósito de obligarle á terminar su historia despues que reposara.

—Vamos á do se halla: quiero ver á ese hombre.

—Pues vé al infierno.

—¡Yago!... — exclamó Ivan Ivando, montando en cólera.

—Apénas instalado en su aposento, y cuando

volví á reunirme con tus servidores para acordarnos, ha sonado una bocina dentro del castillo; pero no era la del romero: era la bocina del adalid almogavar que juró venganza.

—Acaba.

—Todos nos hemos lanzado á la hospedería.

—¿Y habeis exterminado al romero?

—Ni allí estaba el romero, ni quedaba señal alguna de su paso.

—¡Maldicion!

—Sí, maldicion sobre el romero: maldicion sobre los misterios que ocultas en la torre de tu castillo, y sobre los maleficios que se encierran en ella, porque son la destruicion de todas nuestras esperanzas.

Yago, expresándose así, manifestaba la voluntad firme de realizar una idea preconcebida.

El dueño y señor del castillo, al ver la actitud resuelta de Yago, tuvo miedo.

El corazon del necio, tímido en sus pensamientos, no podia resistir á los ímpetus del espanto.

Porque se alzó en soberbia, y habia edificado su castillo con sangre, y asentado sus muros con injusticia.

Yago continuó:

—Ivan Ivando: ha llegado á tu castillo el hombre tan temido que sabe pactar con el infierno: díme ahora tu secreto.

—Nunca.

—Dí los misterios que encierra la torre de tu castillo.

—No puedo.

—¿Que no puedes?

—No.

—Pues bien: yo arrancaré los misterios de la torre, y descubriré tu secreto.

Y lanzando sobre su dueño y señor una mirada de abominacion y desprecio, Yago se alejaba.

Ivan Ivando, impulsado por fatídico presentimiento, precipitóse tras de Yago, estorbándole su paso, y diciendo:

—¿Qué pretendes?

—Abandonarte á tu destino, y defender tu castillo, defendiéndonos nosotros.

La idea de verse abandonado de los suyos en aquellos momentos aterró á Ivan Ivando.

Yago era el señor.

Ivan Ivando el esclavo.

Yago, terrible, añadió aun:

—Solo un camino te queda.

—¿Cuál?

—Sujetarte á nuestro arbitrio, y presenciar, sin separarte de nosotros, la destruicion de la torre; porque en ella estan todos los maleficios, y queremos asolarla con incendio.

—¡Oh! eso jamas.

—¿Qué puedes tú contra todos? Si llamas ninguno te ayudará. O te arrancamos al poder de los espíritus, ó te traga el infierno.

Ivan Ivando no pudo resistir, y se dobló á todo, con la esperanza de salvar á Elvira, aprovechando algun momento favorable.

Por eso no se habia presentado en la torre.

Lleno de angustia, vió cómo hacinaban combustibles.

Y empezó el incendio.

Y, embriagados con el espectáculo, todos

los defensores del castillo abandonaron las murallas.

Y su alegría rayó en frenesí al ver que las llamas envolvian la torre, y que la candescian y calcinaban.

Todo lo mas feroz de la supersticion animaba el cuadro, y los aullidos y las imprecaciones parecian salir del abismo por lo que tenian de execrables.

Ivan Ivando sufria en su corazon horribles dolores.

Jamas habia conocido sentimiento alguno piadoso, y el infierno atormentábale el alma con sus mismas abominaciones.

Queria cumplir los deseos de la carne, y desesperaba.

Si pudo por algun tiempo dar tregua á su torpe codicia, era porque, á pesar de su protervia, habia penetrado hasta el fondo tenebroso de su pecho corrompido un rayo lumínico de la brillante aureola que circundaba la inocencia, defendida por la divina gracia.

Y el protervo no conocia la causa de sus respetos, y se engañó con las promesas que á

sí propio se hiciera de atropellar la inocencia cuando llegara el antojo.

Y por eso esperó.

Y el Señor y Dios defendió así la inocencia de Elvira de la abominacion del pecado.

Y permitió despues que el infierno se llevara su presa, exacerbando las pasiones en el corazon del impío.

Ivan Ivando no pudo resistir mas á su deseo.

Viendo que las llamas voraces se apoderaban de la torre entera, precipitóse frenético con feroz rugido en medio del incendio.

Y otro rugido unísono, mas feroz aun, retumbó entónces potente, lanzado por todos los servidores del castillo.

La duda no tenia ya lugar allí.

Los espíritus habitaban la torre; y, con atraccion irresistible, arrastraban á su dueño maldito para llevárselo al abismo.

Ivan Ivando, con el esfuerzo del vértigo, superando imposibles, corrió entre las llamas todos los suelos de la torre, y alcanzó el postrero.

Y arrojóse en la cámara de Elvira.

Y un grito execrable ahogó su garganta.

Elvira no se hallaba en la cámara.

Y corrió la torre con alaridos feroces, y vieron los incendiarios la sombra del castellano desvanecerse; sepultándolo, por fin, los escombros.

El infierno acababa de cobrar su tributo, llevándose á Ivan Ivando, tanto tiempo hacia conquerido por sus delitos y sus abominaciones.

Y los que habian perpetrado la ruina del magnate alzándole su pleitesía, cuando mas libres se imaginaban del poder de los espíritus y celebraban su triunfo, viéronse de súbito acometidos dentro del mismo castillo por guerreros desconocidos y por los habitantes del valle.

El asombro hizo pronto lugar á la desesperacion, y la desesperacion multiplicó las fuerzas de aquella legion de bandidos, probados en la perversidad.

Y trabóse combate horrible, alentado por lo mas fiero de las pasiones.

Y las mazas aplastaban, y tajaban las hachas

y las espadas y cercenaban, y las picas y alabardas herian penetrantes, y una y mas luchas se trabaron crueles cuando faltaron los medios de acometer.

Y, completando la desolacion, el incendio se apoderaba con rapidez de los cuerpos agregados, y todo el castillo se veia presa de las llamas.

Y las meretrices y rufianes se penaban y maldecian su estrella, cayendo al golpe de la maza en medio del estrago.

Y, allá, donde sucumbian los postreros defensores del castillo, Yago, jadeante y cubierto de heridas, medía la tierra despues de un último esfuerzo, cediendo al terrible mandoble de un guerrero, que, alzando su visera, se le manifestó, diciendo:

—Vesme aquí, dispuesto á concluir mi historia.

—¡Satanas bajo la forma del romero!—exclamó el bandido con gutural acento y revolviéndose en las convulsiones de su agonía.

—¡El juicio de Dios!—respondió implacable Ennego.

Yago, con una execracion horrible, lanzó su postrimer aliento.

Y ya no quedaban defensores en el castillo, ni manidas donde guarecerse; porque todo lo destruia el incendio y el furor de sus enemigos.

Y, desde entónces, el sitio de Turrion se llamó *Berajuan;* porque todos creyeron que *aquel,* su último señor y dueño, *se fué* á las regiones malditas.

XIV.

Cuando buscares allí al Señor Dios tuyo, le hallarás: si le buscares de todo corazon, y con toda la tribulacion de tu alma.

DEUT. IV, 29.

I.

AMBOTO, la inmensa roca, desnuda en su cima, irguiéndose gigante á la parte boreal de Ibarra, guardaba en sus antros desconocidos un mundo de misterios para los habitantes del valle.

Amboto era *lo oscuro,* lo que no se podia penetrar.

Allí residian los genios benéficos, y residian tambien los espíritus.

Y mil y mil veces empeñábanse á la lucha; y, cuando esto acontecia, el valle todo la contemplaba con ansia.

Porque si densa nube cubria los senos ennegrecidos de la montaña, y, fija, inmoble, apegada al peñasco, luego se desvanecia, era que los ángeles buenos no consentian á los hijos del abismo desbordarse en sus iras, y los rechazaban á lo profundo de sus regiones malditas.

Por eso la nube negra se desvanecia, y se la tragaban los senos desconocidos: porque la nube no era otra cosa que el aliento hediondo de los espíritus, que, con sordo rugido, volvian á sepultarse en las entrañas de la tierra.

Pero ¡ay! si nube negra, muy negra, se levantaba de entre los senos de la roca y subia y subia hasta envolver y cubrir su coronamiento..... entónces, los ángeles malditos, por la permision divina, lanzaban la tempestad sobre el valle con todos sus estragos para castigar los pecados de los hombres.

Si blanca su cima se destacaba en el azul

purísimo del cielo despues de bienhechora lluvia, y si el crepúsculo vespertino la engalanaba con matizada aureola..... las frescas auras matinales, y el calor vivificante luego, venian al siguiente dia á fecundar la tierra.

Amboto, la inmensa roca, con sus múltiples formas para los horizontes lejanos, guardaba un mundo de secretos para los habitantes del valle, bajo el símbolo de impenetrable misterio, representado en su cúspide.

Y, en la callada noche, cuando el valle dormia, parecia complacerse en el deseo de pregonar sus arcanos.

Porque de los oscuros senos salian gemidos, que el silencio llevaba en sus alas, derramándolos por do quiera.

Y á la muerta luz de la macilenta luna, veíanse las hadas undosas sobre los bordes del abismo.

Tal vez lloraban el apenado extremo de alma dolorida, sepultada en las mansiones del horror y del espanto.

Quizas, espíritus errantes, lamentaban su propia desdicha, sin rumbo seguro ni regazo

cariñoso donde pudieran depositar los tesoros de su amor.

Acaso, tambien, aquellos gemidos eran anhelos de penitente, que agonizaba suspirando por la patria prometida.

Amboto, la inmensa roca, en la callada noche, con sus oscuros senos, pregonaba sus arcanos; pero el valle dormia, y los ecos repetian sin logro los gemidos, y en vano el silencio recogia los ecos y los derramaba por do quier.

Nadie los escuchaba.

Y si alguno velaba con audaz aliento, y pretendia alcanzar las quiméricas regiones, sentia en su corazon el yelo del espanto para no volver á templarlo jamas.

Porque Amboto era lo desconocido, lo impenetrable; el mundo de los prestigios, rodeado de misterios, donde nunca la razon del hombre alcanzaba la idea: porque su pensamiento se perdia en los antros desconocidos, donde los ángeles buenos luchaban de contino con el poder de los espíritus que habitaban las regiones malditas.

II.

Esto era la inmensa roca de Amboto para los habitantes del valle.

Y ayudaba mas y mas á perderlos en los espacios de la fantasía la hechicera que, hacia mucho tiempo, hubo de ampararse en los senos de la montaña.

Y si la maga favorecia los prestigios de Amboto, era solo por el misterio que envolvia su existencia.

Porque jamas la hechicera causó desdicha.

Y daba espanto, porque en el silencio de la noche, cuando vagaban los espíritus por la selva, y gemian y suspiraban, y tomaban mil y mil formas fantásticas, la maga recorria el valle en toda su extension, desde los oscuros senos de Amboto hasta la pobre y desamparada ermita de Mariaca.

Por eso temian á la penitente; á la que con sobrehumano aliento alcanzaba el martirio, cumpliendo sus votos de todo corazon, y con toda la tribulacion de su alma.

Pero aquellos temores debian convertirse pronto para los habitantes del valle en sentimientos de veneracion y piedad.

La penitente tocaba ya el término de su martirio; y la gloria del sufrimiento, acompañando á su nombre, habia de pasar á las generaciones futuras.

III.

Era el tiempo santo de adviento, y era uno de los últimos sábados en aquel año de gracia 1124.

La luz del dia se apagaba en el ocaso, y los postrimeros rayos desaparecieron, por fin, tras las empinadas cumbres de Albina.

La nueva luna bañaba con tibia claridad el

valle, sumiendo en lobreguez las cañadas y los repliegues de los montes.

Sin fronda la selva, multiplicaba el pábulo del temor á la hora del reposo.

Soplaba el norte desapacible, y la escarcha ganaba en intensidad conforme subia por las montañas, hasta confundirse en las cumbres con el manto de nieve que cerraba el horizonte.

Andra María destacaba la silueta en la falda de Amboto, y la campana de aquel modesto santuario habia enmudecido, despues de pedir á los fieles la oracion de la tarde.

Los últimos ecos habian apagado tambien la última plegaria.

Incitaba todo al recogimiento en torno del hogar, donde al amor de la lumbre gozaban dulce tension los miembros ateridos.

Un hombre habia, sin embargo, en el valle, que, impasible á todo, cruzaba por delante de *Andra María* con direccion á la sierra, y se internaba en las escabrosidades que servian de basamento á la roca.

Aquel hombre fiaba mucho en su brío, ó

importábale mucho el recato, cuando se perdia en aquel término sin tea que le alumbrara y evitase acometidas de lobos lanzados de la montaña por el rigor del invierno.

Toda su defensa era una lanza, cuyo cuento le ayudaba de contínuo para afirmar su paso.

Y fué tanta su fortuna, que llegó al cabo de su viage sin desgraciado accidente.

El hombre, que así arrostraba tan inminentes peligros, era el sabio de Zalgogaray.

IV.

Detúvose al pie de un peñasco, que servia de fundamento á rocas prominentes, sobre las cuales otras rocas levantaban sus picos mas prominentes todavía.

Y con segura confianza rodeó aquella mole, y emprendió la subida por uno de sus costados hasta llegar á un punto de difícil acceso, im-

posible de alcanzarlo las fieras que merodeaban los contornos.

Allí, una ojiva perfecta, como si capaz alarife la hubiese trazado, descubria una caverna.

El hombre de la torre penetró en su ámbito tenebroso, y lo alumbró encendiendo una tea.

Era una bóveda de forma tan caprichosa, que multitud de líneas se perdian en infinitos encuentros, y las curvas y espirales, producidas por mil cristalizaciones, ofrecian calados que sorprendian el ánimo y deslumbraban con sus reflejos, adelantándose la naturaleza de este modo á las creaciones del arte.

El sabio de Zalgogaray, con inquieta mirada, que ponia de manifiesto sus temores vehementes, dirigióse á un punto determinado.

Allí, en un rincon de la gruta, tendida sobre un pobre lecho de yerbas agostadas, hallábase una muger doliente, tan macerada, tan lívida, que parecia exhalar en aquel instante su postrimer suspiro.

Su rostro rígido, cubierto con la palidez fria de la muerte, casi pudiera confundirse con el ceniciento color de la grosera túnica que cubria su cuerpo, si los negros cabellos, caidos en desórden sobre los hombros, no determinaran su borde, haciendo destacar con fuerza la expresion de agonía.

El sabio dobló una de sus rodillas apoyándola en el suelo, é inclinóse para observar aquella vida espirante.

—¡Infeliz!—murmuró, hablando consigo mismo:—en la multitud de tus caminos te fatigaste, y ahora se avecina el momento del eterno descanso.

Luego, despues de algunos instantes mas de atencion profunda, dijo aun:

—No es la muerte; pero es el paroxismo que anuncia su llegada.... Todavía prolongará por algunas horas la vida.... ¡Oh! sí: la prolongará. Dios no puede permitir que la criatura que, oyendo sus voces, ha sabido hacerse una atalaya, y poner delante de sí amarguras, y enderezar su corazon al camino derecho, muera de muerte. No, no morirá.

Todavía la esperan inefables consuelos ántes de dormir en el seno del Señor y Dios para dispertar en el mundo de la luz inextinguible.

Y destapó con resolucion el pomo que, hacia un instante, contemplaba en sus manos con estremecimiento, y lo aplicó á los labios de aquella muger, vertiendo algunas gotas del líquido que contenia.

Y creció el ansia del hombre de la torre, aguardando los efectos temibles de aquella absorcion.

Los efectos no se hicieron esperar mucho tiempo.

La contraccion de los nervios empezó á ceder pronto, de una manera solo perceptible para la perspicacia de la ciencia, ofreciéndose despues mas determinada la dilatacion de los músculos.

Luego, un sudor frio se presentó en el semblante, corriendo glacial por sus megillas, y un suspiro tenue, y otro mas prolongado, y un rayo de luz en aquella mirada vidriosa, anunciaron el último esfuerzo que hacia la

vida, tal vez para prolongar algunos momentos mas los dolores; quizas, por la divina clemencia, para vislumbrar lo inefable de la gloria ántes de penetrar en los umbrales de la eternidad.

Y esto debia ser lo seguro.

Porque aquella mirada, en medio del sufrimiento, reflejaba la paz del espíritu.

El sabio aguardó todavía, y aguardó con ciega fé.

No se le ocultaba lo efímero del socorro; pero presentia de un modo intuitivo lo que podia esperar de aquellas horas postreras de la penitente; y esperaba, sentado sobre la fria roca, junto á la muger agonizante, abstraido de todo lo que no fuera llegar al complemento de su obra, comenzada con el mas ardiente deseo.

V.

Y veló una hora y otra hora, siempre solícito, apurando toda la ciencia.

Y corrió así la noche, con horas de ansiedad y duda, y con horas de resignacion y de calma.

Y amaneció el dia consagrado al Señor, y lució el sol esplendente, como en mañana de primavera, y pasaron las horas de prima y tercia, y empezaba la hora de sexta cuando el sabio tocó el término de sus afanes.

El paroxismo habia desaparecido.

Pero la muerte acechaba.

La penitente recobró, por último, toda su inteligencia, y con debilitado acento, dijo tranquila, clavando en el sabio la mirada de sus ojos hundidos, y tendiéndole sus manos descarnadas:

—Acércate, hijo mio: acércate mucho á mi

rostro..... Dios me concede aun, en su gracia, siempre infinita, un esfuerzo mas..... Acércate, para que la fatiga me permita hablar contigo.....

Gruesas lágrimas rodaban por las megillas del hombre de la torre.

—¿Lloras?..... ¡Llorar por mí, que tan pesada carga te he sido en la vida, robándote los cuidados de la ciencia con mis propios cuidados!.....

—¡¡Señora!!—moduló apénas el sabio, ahogado por la congoja.

—Cálmate, mi buen Pero Alonso, y escucha; que urge para la salvacion de mi ánima.....

Y despues de cobrar aliento, humedeciendo su boca con un cordial que le administró el sabio respetuosamente, dijo así la moribunda:

—En estos momentos supremos, no sé si el enemigo de la salvacion me acosa; porque todo lo mas abyecto de mi vida en los caminos del pecado recuerda con fuerza mi memoria; y los remordimientos quieren conturbar mi espíritu.

—Vestíos la armadura de Dios, Señora, para

que podais estar firme contra las asechanzas del demonio.

—Tienes razon..... Confío en la misericordia divina que todo me será perdonado; pero necesito recordar una vez mas á don Pedro Assurez; al noble conde, que llevó por mí su abnegacion y sacrificios hasta el heroismo, cuando tanto le habia ofendido con mis arrebatos y locuras..... ¡Y el venerable anciano todavía me sirvió leal en dias bien amargos!....

—Abandonad, Señora, todos esos recuerdos penosos, y pensad solamente en vos.

—Y en mis leales servidores..... y pedirles me perdonen lo mucho que les he ofendido..... Tú, Pero Alonso, perdóname..... y perdóname á nombre de todos.....

—¡¡Señora!! ¡Que os perdone!... yo, la criatura mas abyecta!.... ¿Olvidais que Moises el judío debe á la munificencia de vuestro padre augusto el nombre que lleva en la comunion de Jesucristo?

—Sé que, despues de regenerado en la gracia del bautismo, con tu ciencia iluminas los caminos de los que andan en tinieblas y los

conviertes..... y que por tí he sido redimida del pecado..... Perdóname..... perdona todos mis desvaríos, y todas las ofensas de la muger mas digna de lástima por sus miserias.....

Llanto doloroso embargaba el alma del sabio judío converso, de tal modo que á la moribunda penitente le fué preciso avivar la clara luz de aquella privilegiada inteligencia, diciendo:

—No es hora esta para llorar..... Advierte que se apaga mi vida por instantes..... y recuerda bien todo lo que espero de tí en estos momentos..... La paz del espíritu, ó los torcedores mas horribles..... Mi salvacion, ó condenacion eterna.

Estas palabras, con acentos de temor y duda y de ansiedad infinita, arrancaron del pecho de Pero Alonso la pena letárgica y secaron su llanto, haciéndole recobrar el dominio sobre su propio corazon.

En aquel entónces, Ennego, cuidadoso, desde el pie del peñasco que servia de basamento á la gruta, llamaba.

El sabio de Zalgogaray, respondiendo al

aviso, salió de la caverna por un brevísimo intervalo de tiempo, y volvió al punto.

Poco despues, Ennego, en alas de su afan, bajaba la montaña.

VI.

Corria la hora nona de aquella tarde apacible, y la fiesta del domingo en Ibarra tocaba su término.

Las pláticas de los ancianos, y los juegos de la muchedumbre, y las danzas de los mancebos, habian cesado en la pradera de *Andra María*.

Solo faltaba el ejercicio de los *coblakaris*.

Todo aquel concurso, momentos ántes tan bullicioso, se agrupaba en silencio por los extremos de la planicie, respetando su centro y ambos puntos capitales.

En uno de los términos veíase á un mancebo con jubon y calzas de paño burdo y abarcas,

completamente aislado, dando frente á otro mancebo colocado en el opuesto término, y en las mismas condiciones de aislamiento, que vestia calzas atacadas y dalmática de honorable.

Eran los *coblakaris*, los trovadores que improvisaban cantos eúscaros, celebrando la hermosura de las doncellas, las virtudes de los ancianos y las glorias de su pueblo.

La luz del crepúsculo era ya tan débil, y tenian aun tan poca intension los rayos de la creciente luna, que apénas podia distinguirse otra cosa que sombras durísimas en los bordes del campo y la silueta de los *coblakaris* aislados en ambos puntos extremos.

Los dos guardaban actitud uniforme.

Su brazo derecho tendido en direccion á su competidor: levantado el izquierdo hasta llegar al oido con la mano, ahuecándola, para percibir mejor las voces que recíprocamente debian remitirse.

Solo esperaban una señal para dar principio á las improvisaciones, y el decano del consejo alzó su voz en medio del recogimiento mas profundo.

Y empezó así el de la dalmática honorable:

—Dime, tú, hermano, si sabes,
¿adonde se halla el Destino?
—En las entrañas de Amboto,
en lo mas desconocido
de sus lóbregas cavernas,
allí reside tranquilo,
preparando los sucesos
de los mortales.
—Camino
vayamos los dos de Amboto.
—Son peligrosos caminos:
¿para qué quieres correrlos?
—Para encontrar al Destino.
—¿Y qué pretendes, hermano?
¿quieres, hermano, decirlo?
—Há poco tiempo que, triste,
lloraba yo desvalido:
apenada era mi suerte,
y me atendió compasivo.
Dióme una hermana que adoro;
pero huérfanos nos vimos
entrambos desde la cuna:
y es un horrible suplicio
no conocer una madre,

que, con celestial cariño,
atienda nuestras miserias,
y gima, si ambos gemimos,
y goce en nuestra ventura,
y abrace amante á sus hijos.
Los dos su ausencia lloramos,
y una cosa ambos pedimos:
el regazo de una madre,
que es un destello divino
del fuego santo que alumbra
de la vida los caminos.
Guia camino de Amboto:
quiero encontrar al Destino,
y penetrar sus misterios,
y dar al dolor alivio,
recogiendo de mi madre
siquiera un solo suspiro.

Aquí llegaban los *coblakaris* en sus improvisaciones, cuando fueron interrumpidos por Ennego, que invadió la pradera, y presentándose á los ancianos, les dijo:

—En nombre de todo lo que mas reverencias, venid.

—¿Adonde?—preguntó el primero en gerarquía.

—Camino de Amboto.

—¿Para qué?

—Para presenciar la muerte de una penitente, derramando la paz sobre su espíritu en los últimos momentos de su vida.

—Condúcenos, Ennego: dispuestos estamos á seguirte.

—Esperad.

Ennego se dirigió entónces á uno de los grupos mas próximos á los ancianos, y de entre las doncellas vestidas de abarcas y sayos de abigarrada estofa, tomó por la mano á Elvira, que, cubierta con el rebozo de su manto, escuchaba inundados de lágrimas sus ojos el ejercicio de los *coblakaris*.

Fernando, el *coblakari* de la dalmática de honorable, habíaseles ya reunido.

—Partamos—dijo entónces Ennego.

Y á la luz de la luna emprendieron el camino de la montaña.

Y el plebano, y los ancianos, y multitud de habitantes del valle, seguian, sin temor á la hechicera ni á los espíritus que habitaban los senos desconocidos.

VII.

—¡Tardan, Pero Alonso, tardan!.... y mi vida va llegando á su término!....—exclamaba la penitente en la gruta con el pobre aliento que le permitia su espíritu agonizante.

—Vendrán; no lo dudeis: confiad en Dios; porque no quiere la muerte del que muere—respondia el sabio, alentándola y confortando su alma.

Y con ciega fé, Pero Alonso aguardaba.

Y le pareció percibir vago rumor.

Y atendió con afan; y aquel rumor vago, confuso, se acercaba mas determinado cada vez.

Y salió de la caverna, y desde la punta de la roca, que servia de base á la cueva, observó.

Y á la luz de la luna, allá, en el fondo, entre las escabrosidades y maleza, vió sombras

que se movian y que avanzaban, y subian por entre las rocas; hasta que, por fin, llegaron al pie de la mole que defendia la gruta.

Eran Ennego y todos los que conducia, con tanto anhelo esperados.

Sin perder un momento subieron al espalto que la naturaleza habia formado delante de la entrada, y allí se detuvieron silenciosos, penetrando solo el sabio de Zalgogaray.

Y acercándose á la moribunda, le dijo:

—Llegó ya el instante supremo; y el omnipotente Señor y Dios, que marcha entre la tempestad y el torbellino, y debajo de sus pies ve nubes de polvo, se apiada de vuestros dolores, y os atiende.

—¡Dios mio!... no apartes de mí tu rostro!... ¡Derrama sobre mis pecados tu misericordia!...

Y aquella vida espirante hizo un esfuerzo postrero para continuar:

—Habla, Pero Alonso, habla: rompe ya el velo que ha encubierto mi destino en la vida de penitencia....

—Señora, bien lo sabeis: el Vicario de San Pedro prohibió á Ennego presentarse

á vos hasta que os halláseis en el último trance.

—¡Ennego!!.... ¡Ennego!!....—clamaba la infeliz.

VIII.

Ennego penetró en aquel antro de dolor y de miseria.

El fiero adalid almogavar, que habia tenido imperio bastante sobre sí mismo para sufrir con ojos enjutos los tormentos mas horribles, anegado en llanto, sacó de entre los pliegues de la tunicela un pergamino sellado, que constantemente guardara sobre su corazon.

El sabio de Zalgogaray tomó el pergamino; y despues que examinó las prescripciones contenidas en torno del sello que lo cerraba, llamó al plebano del valle y á los ancianos del consejo, y, delante de todos, lo desenrolló y leyó, vertiéndolo así al eúscaro:

«Calixto, siervo de los siervos de Dios, á mi muy amada hermana doña Urraca, hija en el amor de nuestro Señor Jesucristo, salud y bendicion apostólica.

»Como nos enviáseis á Ennego, vuestro fiel criado, para cosas que importan mucho á la salvacion del ánima vuestra:

»Nos, que siempre admitimos los deseos que dirigen al camino de la santidad, invocando la gracia y la misericordia divina con dolor verdadero y verdadera penitencia:

»Porque sinceramente os amamos en el Señor y Dios:

»Y sabemos vuestras maceraciones y propósito de permanecer en ellas por todo el tiempo que durare vuestra vida:

»Exhortamos á vos, doña Urraca, aparte de estas letras, á persistir con valor y ciega fé, sin dudas ni vacilaciones, en ánimo firme:

»Teniendo siempre vivísimo en la memoria, que: cuando buscares allí al Señor Dios tuyo, le hallarás: si le buscares de todo corazon, y con toda la tribulacion de tu alma:

»No con indeterminaciones del espíritu:

»Porque el mismo Satanas se transfigura en ángel de luz:

»Y así como fué vuestro pensamiento el descaminaros de Dios; diez tantos mas le buscareis, cuando de nuevo os convirtiéreis:

»Que como para maldad ofrecísteis vuestros miembros, que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad, así para santificacion, ofreceis ahora vuestros miembros, que sirvan á la justicia:

»Porque la senda de los justos, como luz que resplandece, adelante va, y crece hasta el dia perfecto.

»Quien ama su alma, la perderá; y quien aborrece su alma en este mundo, para vida eterna la guarda:

»Porque los gages del pecado son muérte: mas la gracia de Dios es vida perdurable en nuestro Señor Jesucristo.

»Acordaos que fuisteis sierva en el pecado, y que os sacó de allí el Señor Dios vuestro con mano fuerte:

»Y habiendo persistido siempre en la santidad de vuestros propósitos, todos vuestros pecados os serán perdonados:

»No habiendo comunicado con los hijos concebidos en la iniquidad, segun hicísteis vuestros votos:

»Y en el postrer momento de vuestra vida, si así lo cumpliéreis, como hicisteis vuestras promesas, los vereis y bendecireis:

»Y todos vuestros pecados os serán perdonados:

»Y la bendicion de Dios sobre vuestros hijos:

»Y perpetuarán sus generaciones.

»Hermana mia muy amada:

»Gozo y celestial deleite inunda mi pecho ahora:

»Porque presiento estas cosas que os digo; y que ambos á dos tendrémos un mismo fin, y en la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

»Ofrezcamos nuestros dolores por la paz de su esposa la Iglesia, que conturbada con los cismas y relajada se halla.

»Y la bendicion de nuestro Señor y Dios sobre nosotros.»

Aquí terminó Pero Alonso.

IX.

El semblante de la penitente se habia transfigurado.

El horror, la duda, los estremecimientos que atormentan á el alma, cuando toca temblorosa los límites de la eternidad, habian desaparecido.

Aquel semblante, dulce, tranquilamente inefable, revelaba el éxtasis divino.

La bendicion del Cielo le habia sido otorgada, y aquella muger espirante gozaba ya de todas las delicias de los mundos maravillosos, conocidos tan solo y sustentados por el increado pensamiento del infinito Dios y Señor del universo todo.

La muerte se presentaba sin el cortejo lúgubre que acompaña su agonía, lanzado de allí por la gracia regeneradora de la penitencia.

—¡Oh!..... qué apacible cosa es dormirse tranquila en el seno de Dios.....—dijo en su arrobamiento con deleitoso encanto.

Y luego continuó:

—¡Pero Alonso!.... ¡mis hijos!!... ¿dónde se hallan?.... Dios nos perdona y bendice á todos..... y quiero bendecirles tambien..... y morir abrazándoles.... Hernando!!... Elvira!!...

X.

Los hijos respondieron á la voz espirante de la madre, que les llamaba, tendiendo sus brazos, para bendecirles y estrecharles contra su corazon.

XI.

La cueva entónces ofrecia tan grande cuadro de admiracion y de pasmo y de sublime ternura, que absorbia los ánimos con poder irresistible.

Y la naturaleza vigoraba mas y mas el sentimiento, envolviéndolo con sus creaciones misteriosas dentro de aquel ámbito en una existencia desconocida.

Porque la luz de las teas, penetrando cien y cien senos perdidos entre arcos de variedad infinita, irradiaba en mil prismas de cristalizaciones, y deslumbraba con sus reflejos, y confundia y multiplicaba los límites, hasta llevarlos á lo desconocido.

Y la penitente, rindiendo su mortal tributo, se desprendia de los lazos terrenos, con ciega confianza en los futuros destinos.

—¡Hijos de mis entrañas!!....—decia, recogiéndoles en sus brazos descarnados.

Y la emocion ahogaba su pecho, y la daba fuerzas al mismo tiempo, y retenia su espíritu algunos instantes mas para bendecir y besar á sus hijos, y para leccionarles en el acerbo camino de la vida.

Y los hijos lloraban y recibian los besos de la madre, y confundian su aliento con su aliento; y la madre les acariciaba y bendecia, diciendo:

—Perdonad, hijos mios, á la madre, que siempre os ha llevado en el corazon..... Dios nos perdona y bendice..... Perdonadme tambien vosotros y bendecidme, como yo os bendigo..... Amad á Dios, hijos mios, y amad mi memoria..... Amaos vosotros..... Amad y haced bien á vuestros semejantes..... Así cumplireis la ley de Jesucristo, y sereis perfectos.....

Luego, buscando con su mirada casi extinguida, entre los que rodeaban su lecho de yerbas, á Pero Alonso y á Ennego, todavía pudo pronunciar palabras de amor:

—A vosotros, mis leales amigos, debo toda mi ventura y la de mis hijos..... Mirad por ellos..... y, desde lo alto, velaré por todos.....

Y, haciendo un esfuerzo aun, dijo al plebano:

—En el nombre del Dios y Señor mio, bendecidme.....

Y, por fin, alzando su mirada:

—¡Padre!!... en tus manos encomiendo mi espíritu.....

XII.

La madre del emperador Alfonso, la hermana de aquel que ocupaba el solio pontificio en la capital del mundo cristiano, acababa de exhalar el último aliento en un rincon apartado, en una cueva, despues de años de retiro y de penitencia para conseguir el perdon de sus muchos pecados.

XIII.

Y aconteció entónces un singular accidente, que todos contemplaron como suceso divino.

Tenues nubecillas, flotando ligeras por los aires, hacináronse compactas por un instante tan solo, y ocultaron el disco de la luna, que caminaba para el ocaso.

El seno de la gruta, donde se hallaba tendido el cadáver de la penitente en lecho tan miserable, apartado de los senos que con variedad infinita prolongaban aquel ámbito, permanecia en penumbra.

Aquella nube que acababa de formarse, negra, muy negra, rompióse por su centro, dejando pasar un rayo de luz.

El rayo de luz que mandaba la luna, penetrando por la ojiva de la caverna, caia sobre la frente de la que acababa de morir en los bra-

zos de la penitencia y del arrepentimiento, y formaba fúlgida aureola.

—¡Ha muerto en santidad!—exclamaron todos los circunstantes, admirándose, y bendiciendo el nombre de Dios.

XIV.

En aquel mismo dia y en aquella misma hora, en la ciudad eterna, en Roma, reuníase el cónclave para dar sucesor al Vicario de San Pedro.

Calixto II, agobiado por las tribulaciones, acababa de morir.

XV.

Mientras Pero Alonso y Ennego levantaban del lecho de la muerte á Elvira y á Hernando desvanecidos, el plebano y los ancianos y el pueblo, hincados de rodillas, oraban por la eterna paz de la reina que recibia en el cielo su mas brillante corona.

XVI.

Todos pregonaron el suceso, y la memoria de Doña Urraca, de La Dama de Amboto, guardóse con respeto y veneracion en el valle.

Y Pero Alonso y Ennego y el señor de Alava y de Vizcaya Diego Lopez, hijo de don Lope, partidario en gran manera como su pa-

dre de la reina de Castilla, y que con sus mesnadas ayudó á la destruicion del poder de Ivan Ivando, cuidáronse de la suerte de Hernando y de Elvira, y afincáronlos en la tierra, cumpliéndose los augurios favorables de Obeca.

Sus hijos y sus nietos se perpetuaron en muchas generaciones.

EPÍLOGO.

El valle de Aramayona conserva hoy tan viva la memoria de la penitente, de La Dama de Amboto, que, al crepúsculo vespertino, cuando el sol se hunde por el ocaso, ó en las altas horas de la callada noche, cuando duerme la naturaleza el sueño del reposo, si blanca nube se desprende de los senos de la montaña, y se dirige con estela brillante á las peñas de Aitzgorri, es que La Dama, dejando el valle, lo abandona al poder de los genios maléficos.

Pero, si, desde los senos de Aitzgorri, la nu-

be brillante se dirige á las peñas de Amboto, vuelve á los pechos la confianza; porque la maga benéfica vela desde allí por los que respetan su memoria.

Y su memoria no solo se conserva en el valle.

Todavía, de generacion en generacion, se transmite á los hijos, perpetuándola en la familia de los Hurtados de Mendoza.

La presente obra responde á una idea hace algun tiempo concebida, para honra y bien del pais vascongado. Cien veces se ha proyectado y otras tantas ha caido en el olvido este pensamiento, á causa de mil diversas circunstancias que todos conocemos y que por lo mismo ni tratamos de enumerar siquiera.

Con la formacion del *Centro literario Vascongado*, cuyas únicas aspiraciones se reducen á propagar la afi-
cion á la lectura de la historia patria, sin mas esperanzas de beneficio que las que el pais en general reporte para si, tenemos la seguridad de que ha de hacerse efectivo el proyecto, puesto que cuenta con los elementos mas precisos que para llevarlo á cabo se puede apetecer. Numerosos apuntes, recuerdos, trabajos inéditos y estudios históricos; un establecimiento tipográfico montado conforme á las exigencias que una casa editorial requiere; la colaboracion de cuantas personas de nota literaria encierra el pais, y sobre todo una grande aficion hácia los estudios de este género y un vehemente deseo de trabajar en pró de la idea, por parte de los fundadores del *Centro literario*, son la garantía mejor que podemos ofrecer á nuestros amigos y favorecedores como prueba de los elementos en que cifranos nuestras esperanzas.

Ademas, las condiciones especiales en que nuestro proyecto se encuentra hacen que los precios de las publicaciones sean pequeños y solo los precisamente necesarios para cubrir los gastos tipográficos. Por eso, en las próximas publicaciones, sin desmerecer en nada el mérito de la impresion, aunque variando acaso la forma, para hacer los libros mas manuables, aun han de darse á precios mas reducidos que la presente. La casa editorial, suficientemente conocida ya, ha hecho largos trabajos y sacrificios por la idea de la propaganda literaria, y á su asiduidad y celo se deben obras tan estimadas y notables como la *Reseña histórica de la Sede Vascongada* de los señores Fernandez de Navarrete y Manteli; la *Coleccion de obras inéditas ó poco conocidas de Samaniego* y los Estudios sobre la poblacion rural, del Excelentísimo Sr. D. Fermin Caballero, ambas precedidas de dos apreciabilísimos trabajos del señor Fernandez de Navarrete.

Con la publicacion de estas obras se pudo llegar á entrever la posibilidad de establecer un centro de estudios literarios pura y esencialmente vascongados que respondiese á una necesidad civilizadora y social, creciente cada dia, y en el cual tuviesen cabida para darse á la prensa todos los asuntos históricos, tradicionales, novelescos y descriptivos, que por su índole especial merecieran ser conocidos y estudiados en nuestro pais.

Para establecer el centro literario han tomado parte como fundadores los señores D. Francisco Juan de Ayala, D. Sotero Manteli y D. Ricardo Becerro de Bengoa, asociando tambien al pensamiento el nombre del malogrado é inolvidable literato D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, cuyos notables y curiosísimos trabajos, inéditos en su mayor parte, han de tener un lugar preferente en las publicaciones que hagamos, como justo tributo

pagado á su ilustracion y renombre y á su entrañable aficion á los estudios vascongados, de los que con tan infatigable laboriosidad como raro saber se ocupó mucho en sus últimos años.

A la invitacion hecha para fomentar nuestro plan, tomando parte en la suscricion de esta obra han respondido con un cariño que nunca sabrémos agradecer bastante muchos de nuestros convecinos y amigos, cuyos nombres tenemos hoy la honra de inscribir á continuacion. A todos ellos, y á cuantas personas han contribuido y contribuyen á que llevemos á cabo este propósito, mandamos la mas sincera expresion de nuestro agradecimiento. Como aun estamos formando las listas de los suscritores de fuera de la poblacion, no podemos dar casi ninguno de sus nombres en este volúmen, así como tampoco harémos indicacion de las adhesiones que de los centros americanos esperamos, y que por falta de tiempo no han llegado todavía.

Ayuntamiento de Vitoria. (Dos ejemplares.)
Ateneo de Vitoria. (Dos ejemplares.)
Instituto.
Círculo vitoriano.
D. Antonio Cerain.
» Andres de Salazar.
D.ª Adela A. de Itúrbide.
D. Antonio Pombo.
» Adrian de Herran. (Dos ejemplares.)
» Bruno de Aragon.
» Bartolomé Anza, Tolosa.
Sr. Baron de Rada.
D. Cristóbal Vidal.
» Domingo de Aragon.
» Daniel Ramon de Arrese.

Excmo. Sr. Duque de Veraguas, Madrid.
Excmo. Sr. Duque de San Fernando.
D. Dionisio Perez Mediano.
» Eugenio de Garagarza.
» Eduardo Orodea.
» Eduardo de Echevarría (Dos ejemplares.)
» Eduardo de Velasco.
» Eusebio Iradier.
» Eugenio Gomez de Carrero.
D.ª Encarnacion Vega.
D. Estéban Unzueta, Laguardia.
» Emilio Fernandez de Arellano.
» Fausto de Garagarza.
» Fernando de Casas.
» Francisco Echánove.
» Francisco Sabino Calvo.
» Francisco de Zubeldia. (Dos ejemplares.)
» Faustino Herrero.
» Francisco Garita-Onandia.
» Francisco Iturralde.
» Francisco de Paula Hueto.
» Félix Eseverri.
» Francisco Aracama.
» Francisco de Paternina, Labastida.
» Francisco Ruiz de la Peña. (Seis ejemplares.)
» Gerónimo Roure.
» Genaro Fuertes.
» Gumersindo Tournan.
» Horacio Olenga, Bilbao.
Sta. D.ª Isabel de la Pezuela. (Dos ejemplares.)
D. Isidoro Arellano.
» Joaquin Corres.
» Juan de Ciórraga, Coruña. (Dos ejemplares.)
» Juan Egea.

D. Juan José de Dolara, Mondragon.
» Juan Francisco Aguirre.
» Joaquin Caro, Madrid.
» Juan Leon Sarralde.
» José María Zabala.
» José Ibargoitia.
» Juan de Ibarrondo.
» José de Gancedo.
» Juan de Aldama.
» Jacinto de Arregui.
» Juan Arcaute.
» Juan Asteasu.
» Juan Herrero.
D.ª Josefa de Rusío.
D. Juan Galindez y Pallares.
» José Fresco.
» Justo Oquendo.
» José Garaizabal, Valladolid.
» Juan Gualberto de Gorosabel, Mondragon.
» Julian Quiroga.
D.ª Joaquina Lopez.
D. Lorenzo Garrido.
» Martin Tosantos. (Dos ejemplares.)
» Mateo Moraza.
» Manuel de Ciórraga. (Dos ejemplares.)
» Miguel Godon.
» Mateo Sanz y Gomez.
» Manuel de Echávarri.
» Miguel Sainz de Indo, Madrid.
Sr. Marques de la Alameda. (Diez ejemplares.)
Sr. Marques de Legarda.
Sr. Marques de Caracena, Madrid.
D. Narciso Diaz.
» Obdulio de Perea.

D. Prudencio P. Villaoz.
» Prudencio Chinchurreta.
» Pedro Vicente de Zabala.
D.ª Petra Ibañez.
D. Pedro de Lahidalga.
» Pedro de la Pezuela, Madrid.
» Pantaleon Iradier. (Dos ejemplares)
» Pedro Mallaina.
» Pedro Herrero.
» Ricardo Medina.
» Ramon O. de Zárate.
» Ramon Rios.
» Ramon de Verástegui. (Dos ejemplares.)
» Robustiano O. de Echagüen.
» Ramon Ortés de Velasco. (Tres ejemplares.)
» Ramon S. de Llanos.
» Ramon Elorrio, Madrid.
» Ramon Montalvo, Madrid.
» Ricardo Sarove.
» Ricardo de Alava, Madrid.
» Salvador Gonzalez Montero, Madrid.
» Segundo de Aguirre.
» Saturnino Ormilugue.
» Teodoro Mendizabal.
» Tomas Martinez de Yuso.
» Telesforo de Nestares.
» Tirso Herrero.
» Vidal Amárica.
Sra. Viuda de Osaba.
Sras. Viudas de Arroyo y Armentia.
D. Víctor G. de Echávarri.
» Víctor Velasco.

.RO LITERARIO VASCONGADO.

Entre las primeras publicaciones, que han de darse á luz, formando ediciones económicas, figuran las siguientes:

Vida del ínclito marino vascongado

JUAN SEBASTIAN DE ELCANO.

Precioso trabajo, enriquecido con numerosos datos poco conocidos, escrito por el malogrado literato y académico correspondiente de la Historia D. Eustaquio Fernandez de Navarrete.

RECUERDOS ALAVESES.

Coleccion de leyendas del pais con la descripcion de los lugares históricos mas notables de nuestra provincia por D. Ricardo Becerro de Bengoa, y en la cual se consignan memorias de Armentia, Arriaga, Badaya, Estivariz, Judimendi, Avendaño, Torre de Zárate, Jundiz, etc., adicionada con varios estudios de costumbres alavesas por D. Sotero Manteli, académico correspondiente de la Historia.

Para la correspondencia y pedidos dirigirse á la Administracion del Centro literario vascongado, Cuchillería, 63, Vitoria.